



JOAN SUBIRATS (dir.)

Fragilidades vecinas

Narraciones biográficas de exclusión social urbana

Icaria  Antrazyt

238

FRAGILIDADES VECINAS

JOAN SUBIRATS (dir.)

FRAGILIDADES VECINAS

NARRACIONES BIOGRÁFICAS
DE EXCLUSIÓN SOCIAL URBANA

JORDI BONET I MARTÍ
MARTA FERNÁNDEZ PRAT
AINA GALLEGO DOBÓN
ANNA OBRADORS PINEDA


IGOP
Institut de
Govern i
Polítiques
Públiques

UAB
Universitat Autònoma de Barcelona

Icaria  Antrazyt
ANÁLISIS CONTEMPORÁNEO



El papel de este libro es 100% reciclado, es decir, procede de la recuperación y el reciclaje del papel ya utilizado. La fabricación y utilización de papel reciclado supone el ahorro de energía, agua y madera, y una menor emisión de sustancias contaminantes a los ríos y la atmósfera. De manera especial, la utilización de papel reciclado evita la tala de árboles para producir papel.

Este libro tiene una licencia Creative Commons Reconocimiento-No comercial-Sin obra derivada 2.0 Spain. Para ver una copia de esta licencia visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/es/legalcode.es> o envíe una carta a Creative Commons, 559 Nathan Abbot Way, Stanford, California 94305, USA.

Esta licencia permite:

- Copiar, distribuir, exhibir e interpretar este texto.
Siempre que se cumplan las siguientes condiciones:
- Ⓜ **Autoría-Atribución:** Deberá respetarse la autoría del texto y de su traducción. El nombre del autor/a y del traductor/a deberá aparecer reflejado en todo caso.
- Ⓒ **No comercial:** No puede usarse este trabajo con fines comerciales.
- Ⓓ **Sin obra derivada:** No se puede alterar, transformar, modificar o reconstruir este texto.
- Se deberá establecer claramente los términos de esta licencia para cualquier uso o distribución del texto.
- Se podrá prescindir de cualquiera de estas condiciones si se obtiene el permiso expreso del autor/a.

Diseño de la colección: Josep Bagà
Fotografía de la cubierta: La Finestra 2005

© Joan Subirats, IGOP

© De esta edición
Icaria editorial, s.a.
Arc de Sant Cristòfol, 11-23 / 08003 Barcelona
www.icariaeditorial.com

Primera edición: julio 2006

ISBN: 84-7426-840-0
Depósito legal: B-10.303-2006

Impreso en Romanyà/Valls, s.a.
Verdaguer, 1, Capellades (Barcelona)

Todos los libros de esta colección están impresos en papel reciclado.
Printed in Spain. Impreso en España. Prohibida la reproducció total o parcial.

ÍNDICE

- I. Presentación 7
- II. Prólogo, *Victor Renes Ayala* 9
- III. Juego de miradas sobre la exclusión social 25
 - Introducción 25
 - Breve contextualización histórica de la exclusión social 28
 - El debate sobre la exclusión social 30
 - De la pobreza a la exclusión social 32
- IV. Biografías narradas 37
 - La violencia de género a lo largo de la vida 39
 - Contexto de la entrevista 40
 - Narración de Rocío 41
 - Mujeres de papel maché 51
 - Contexto de la entrevista 56
 - Narración de Ana María 57
 - Cuando el hogar se vuelve un infierno 63
 - La adolescencia en riesgo 67
 - Contexto de la entrevista 68
 - Narración de Manu 69
 - Vidas intervenidas 74
 - Personas dependientes 81
 - Contexto de la entrevista 82
 - Narración de Enriqueta: del miedo y la vergüenza a la soledad 84
 - Traducción de la narración de Enriqueta 91
 - Algunas reflexiones sobre los relatos de vida de Enriqueta y Montserrat 98

Contexto de la entrevista	102
Narración de Montserrat	103
Traducción de la narración de Montserrat	111
Cronificación de la exclusión	119
Contexto de la entrevista	120
Narración de Antonio	122
La pobreza heredada	129
Migración y género	133
Contexto de la entrevista	134
La entrevistada	135
Narración de Fátima	136
Ilusiones y padeceres de una emigrante/inmigrante saharauí	145
Adicción y enfermedad mental	149
Contexto de la entrevista	150
Narración de Jaume	152
Traducción de la narración de Jaume	157
Patología dual y calidad de vida	162
Debilidad de redes sociales y de apoyo	165
Contexto de la entrevista	166
Narración de María José	167
El precio vital de la monomarentalidad	176
V. Desvelando la trastienda de la investigación	179
Medir, explicar, comprender	179
Una apuesta por la polifonía	182
La construcción de narrativas	187
El acabado final	188
Bibliografía	189

PRESENTACIÓN

La presente publicación muestra el resultado de una serie de invitaciones. Una invitación, la primera y más importante, puesto que sin ella no hubieran sido posibles todas las demás, fue la que indirectamente nos formularon el conjunto de personas que viven en situaciones de vulnerabilidad o de exclusión social. Personas que nos invitaron a escuchar la narración de su vida, de sus experiencias, de su trayectoria vital. Aunque en este libro sólo se presente la narración de nueve de esas más de veinte personas entrevistadas, tenemos que dar las gracias a todas ellas sin excepción, ya que su colaboración desinteresada ha sido decisiva.

La segunda invitación la dirigimos a personas que, por su profesión, por su ámbito de estudio y, sobre todo, por su sensibilidad conocen muy bien algunas de las temáticas que constriñen la vida de los y las entrevistadas. A estas personas les pedimos que hicieran un comentario sobre una o dos narraciones. Un comentario personal que permitiera arrojar más luz sobre la situación que ilustraban los y las protagonistas de las entrevistas, aunque evidentemente, por razones de espacio y tiempo, ese comentario no alcanzara a ser exhaustivo o globalmente explicativo. Finalmente, extendimos la invitación a una persona, Víctor Renes, director de estudios de Cáritas, quien por su posición y trayectoria resulta ser un conocedor difícilmente parangonable de las distintas realidades sociales existentes en nuestra sociedad. Le agradecemos a él y a todos los demás comentaristas que aceptaran contribuir a este trabajo.

La última invitación la formulamos a nuestros lectores. A las personas a quienes llegue este volumen y que más allá de la preo-

cupación por su quehacer cotidiano están dispuestos y dispuestas a leer, a escuchar la voz, a compartir las experiencias de algunas personas cuyas vida nos quedan demasiado lejos (quizás de tan cerca que las tenemos), impensables (porque rehusamos a pensarlas) e inimaginables (porque imaginar al «otro» en una situación precaria nos hace probablemente más vulnerables y más próximos a una realidad que, por existente y por cercana, sabemos que puede llegar a afectarnos).

PRÓLOGO

Víctor Renes Ayala, responsable de Estudios de Cáritas España

Dejar oír; otra mirada

No sólo «dejar hablar», que ciertamente sí, sino «dejar oír» para que todos «oigamos». Porque las vidas hablan, pero generamos demasiados ruidos desde los que no dejamos oír; ruidos también por las muchas palabras que se interponen entre las vidas y nosotros, y que impiden que las vidas nos «impriman de realidad». Por ello, yo mismo con este prólogo no quisiera hacer ruido, sino ayudar a oír. Y, para ello, hay que dejar oír lo que las vidas dicen.

Y no para quedar callados, sino para que nuestro diálogo sea respetuoso. Dicen sus realidades, las oímos, y sólo así dialogamos entre interlocutores. De lo contrario sólo serían nuestra excusa para nuestros consejos, dictámenes, recomendaciones, pláticas; no para dialogar, que sólo se produce desde un plano que nos iguala; al menos en el aprecio a la propia realidad que cada vida es. Hablar, pues, desde el silencio que oye, no que se enclaustra en sí, sino que se abre a la relación dialogal.

Esa escucha es, en su anverso, «otra mirada». Porque oír vidas no es igual a oír quejas. Al menos es dejar oír la vida en, con y a través de las quejas. Las quejas, existir existen, valer valen, reales muy reales, fundadas muy fundadas. Pero así acabamos sólo oyendo quejas. Y en este caso, aun intentándolo, no sería un diálogo, salvo de plañideras. Porque un diálogo se sustenta en realidades y las quejas son las realidades desde el anverso, desde la negación, desde el «no» (no hay derecho, no hay humanidad, no hay justicia...). Y en

un «no» no se sustenta nada; en una negación no hay base sustantiva para construir, para vivir.

Oír las vidas, aun a través de las quejas, necesita trascender sus propios ruidos para alcanzar sus realidades; las que son; las que pudieron ser y las que pudieran ser; las que murieron y aún no están enterradas, y «van» en las que son; y las que andan «sepultadas» en las que son. Todas, las que pudieron, las que pueden, las que podrán ser.

¡Extraño juego!, se podrá pensar; y quizá un poco macabro ¿No tienen bastante ya estas vidas como para que encima se bromea con ellas? Pero yo me niego a enterrarlas, como restos, sobrantes, sin remedio. ¡Ése sí sería un «elocuente» resultado de este «extraño» juego! Me niego a pensar estas vidas como puras carencias. Si son vidas hay potencialidades, aun debajo de las quejas, quejidos y quejumbres. Ahí sí está la potencialidad de diálogo, en las potencialidades que todas las personas tenemos, aun debajo de los desastres carenciales, y por más que las apariencias desdigan sus realidades. Un pobre no es la pobreza, es persona.

No hay «otra mirada» cuando queda debilitada por sus situaciones carenciales; sino cuando está fortalecida por sus realidades. Es necesario, pues, oír otra realidad, ver otra realidad, la de la real consistencia de sus carencias en relación dialógica con sus realidades de potencialidad y con sus potencialidades de realidad, de vida. Dialogar con ellas nos obligará a asumir esta dialógica en la propia «impresión de realidad» de lo que son las necesidades humanas, superando el fácil descenso por la pendiente de las carencias para ascender a su realidad por el camino de las potencialidades, aun por muy escarpada que sea la subida. O no será dialogal la relación entre la vida que por sí misma protesta por su situación, y exige un futuro. Dejar oír su realidad como potencialidad, dejar oír su potencia, aun en el desgarró, aun en su impotencia; dejar oír el futuro, aun en los catalogados al margen del presente, más aún del futuro.

¡Fácil poesía!, se suele apostillar a esta «otra mirada». ¿Poesía como arma cargada de futuro? dijo el poeta ¡Claro que sí! ¿Poesía como cómoda distancia con los seres humanos que están construyendo su vida desde las condiciones de sufrimiento? La protesta contra esta propuesta de «dejar oír otra mirada» no está en lo idílico de creer en las potencialidades de estas vidas, sino en que esto nos obliga.

Resulta que en la mirada que tengamos sobre estas vidas, cualquiera sea ella, estamos implicados. Porque la exclusión no existe, no tiene cuerpo que pasear por entre los mortales. Lo que existen son vidas, y sus realidades; muy muertas, muy dolidas, muy...; pero vidas, realidades que han adquirido las señales de la ruptura, del sufrimiento, de la expulsión. Es decir, la exclusión no existe, «la hacemos ser». Pero, y es lo que ocurre habitualmente, la hacemos ser «alojándola en los individuos». Individuos, o sea, islas aisladas de nosotros, «los normales». Y no «alojándola en las personas», pues la idea «persona» nos pone delante de «dignidad», lo que nos obliga a una relación dialógica, y eso nos implicaría y nos complicaría con las realidades de estas vidas. Por eso «otra mirada» nos complica, ya que sitúa delante de nosotros no la exclusión sino personas que «entran en relación con nosotros», portando con ellas sus condiciones de vida que son de exclusión.

Otra mirada, otro sentido

Haciéndola ser en los individuos, hacemos que la exclusión pase a ser un elemento extraño a nuestra propia relación con ellos, y a la propia relación con la sociedad, con las estructuras, instituciones... Y ésta es la clave. Porque la exclusión no existe salvo que consideremos «las personas en sociedad». Por tanto la exclusión sólo existe «siendo» personas en sociedad. En esa relación es en la que se da la exclusión. No en los individuos. En los individuos existen estudios, aun fracasados; salud, aun quebrada; economía, aun escasa; relaciones, aun conflictivas... Y tienen vivienda, aun mala; empleo, aun precario... Pero por más que indagemos no encontramos la exclusión como una nota constitutiva de los individuos, más aún de las personas; o sea, la exclusión no existe en los individuos, no es algo que «posean». La exclusión está, por tanto, en «las relaciones», está en «las personas en sociedad», y en «la sociedad en las personas». Por eso la exclusión no es un «*fatum*», sino un «*factum*». La exclusión existe en la relación social, o sea, «siendo».

Oír esas vidas desde «otra mirada» no permite quedarnos en cómo las propias personas «se encargan» de ellas mismas, y eso al margen de cualquier otra relación, próxima o lejana, familiar o estructural, social o institucional. Y tampoco nos permite quedarnos

en cómo la sociedad «se encarga» de esas personas, y eso al margen de cualquier reacción por parte de tales personas. Lo que, de muy diversas formas, esas vidas nos dicen es cómo se produce el encuentro entre esos dos «encargos»; ésa es la cuestión. La cuestión de la exclusión es, pues, «relacional», pero una relación que tiene consistencia. Debemos tener cuidado en no banalizar la realidad relacional de la exclusión a un nivel puramente formal; hay que desvelar cuál es la estructura que da consistencia a esa relación excluyente.

Ésta es una cuestión que nos obliga a modificar algo que solemos considerar intocable. Lo consistente está en lo tangible, más aún cuando consideramos lo tangible en su mensurabilidad contable; por ejemplo, cuántos estudios tiene, cuántos ingresos dispone, cuánta salud, etc. ¿Qué más consistente que la disposición de materialidades tangibles? Así es el pensamiento, y el imaginario colectivo, en nuestra sociedad. Y apostilla: ¿dónde está lo consistente de lo «intangible», cómo son las relaciones? Indudablemente materialidades tangibles, como disponer de recursos, estudios, vivienda, empleo, servicios sociales, instituciones de la sociedad que protegen, etc. son elementos sustanciales e indispensables. Pero, ¿qué dicen cada uno de ellos por sí mismos y por sí solos? Porque cada uno de ellos «significa» algo cuando «entran en relación» con cada uno; o sea, adquieren un sentido y un significado social en —y desde— la relación concreta en una sociedad concreta, en una historia concreta (concreta, en cuanto «situada social e históricamente», no en cuanto reducida a lo individual). Un significado, un sentido, que se convierten en un activo que activa esas vidas «significando» el giro de carencias a potencialidades en la satisfacción de las necesidades; o en un pasivo que des-activa esas vidas derivándolas a una historia de ruptura, sufrimiento, expulsión.

La exclusión está, pues, en lo «intangible», en las relaciones, sentidos y significados, que una vida, una persona, puede construir/ destruir en la relación con los «tangibles», los propios y los que la sociedad le aporta/no le aporta. Por tanto necesitamos una comprensión diferente del «sentido», o sea, hacernos cargo y encargarnos de la exclusión como un «fenómeno social»; un ser personas las propias personas y un ser sociedad la propiedad sociedad, de determinada manera. Es decir, de la manera y de la forma en que hay «personas en sociedad» y «sociedad en las personas» cuyo sentido de vida queda

construido/destruido desde las realidades, las potencialidades, las capacidades, o desde las negatividades, carencias, incapacitaciones para realización. Así pues, la exclusión debemos situarla en la relación entre las condiciones de las personas y las condiciones de las propias sociedades como tales sociedades. Así la exclusión está «en el proceso de ser» personas en sociedad y sociedad en las personas; «siendo», y por ello, una permanente interrogación.

La exclusión como relación, como proceso de ser personas, de ser sociedad, de ser personas-sociedad recursivamente, nos desajusta. Estamos acostumbrados a mirar carencias, aun diversas y cada vez más no económicas, y ver en ellas la exclusión; es lo habitual. Así entendemos la situación y nos «reconciliamos» con ella, o sea, «entendemos qué es lo que está pasando» y nos quedamos tranquilos. Eso nos permite razonar la situación, encontrar sus causas, «encausar» a los propios individuos. Y, quizá mejor, no de sus carencias sino de sus «problemas», pues al categorizarlos como tales descargamos en ellos el peso de la responsabilidad quizá culpable de sus propias carencias, quedándonos a salvo y salvando a la propia sociedad. Menos a los políticos a los que trasferimos el peso que nos pudiera agobiar, y a los que encausamos como responsables de los efectos que, según nuestra sentencia, produce la exclusión en el resto de la sociedad «normal».

¿Hemos llegado a algún lugar en este viaje? ¿Es algo más que un exordio de literatura irregular, tirando a mala, a cuenta de unas vidas que sufren? No tengo más remedio que decir que sí, al menos como declaración de conciencia de no haber estado jugando a banalidades, con la responsabilidad de plantear, proponer, algunas cuestiones que, desde las ciencias sociales, se desea y se debe contribuir a hacer frente al sufrimiento y a la expulsión de estas vidas de las potencialidades de su plenitud. La conciencia de que al estar mirando «le da el sol en la espalda»; o sea, a mí mismo, y a todos los que se posicionen frente a la exclusión desde las propias ciencias sociales. Para que nos pese el sol, pero para que nos alumbré. Porque a las vidas concretas y a la oscuridad de sus realidades les da el sol, aunque desde el anverso, pues su espalda carga con el sufrimiento de sus rupturas y sus rostros reflejan los oscuros más que los claros. Quedándonos en esos reflejos de oscuridad no percibimos lo que en su anverso sería claridad. Hay que mirar el anverso si queremos

que nos dé el sol de la luz. Por lo que también el sol da en nuestra espalda, en lo que no solemos mirar pero que debemos ver para andar por los caminos de los conceptos sin desandar los caminos de la existencialidad de lo humano, los caminos de la vida.

Asumir la complejidad

«Otra mirada», es el primer compromiso. Frente a la mirada mecánica, lineal y fragmentada que es dominante en nuestras sociedades, una mirada «relacional» que recupere la relación entre biografías, historia y sociedad.

La cuestión no es simple, porque la realidad es compleja. Las carencias, los problemas que detectamos y constatamos en las situaciones de exclusión tienen biografía, y como en toda biografía hay «acontecimientos» especialmente relevantes para sus condiciones de vida. Si se quiere conseguir «significados» en la comprensión de las mismas, igual que si se quiere conseguir actuaciones «significativas» frente a tales situaciones, es necesario analizar la relación de tales acontecimientos con los «procesos» sociales portadores de los riesgos de vulnerabilidad y exclusión social. Por lo que el concepto de exclusión no es un concepto abstracto sino «relacional»; o sea, su «significado» es nulo mientras no entendamos la relación entre biografía, historia y sociedad, lo que dará sentido y significado a los acontecimientos que han conformado la situación de exclusión social.

Por tanto, para una adecuada formulación de los conceptos, de pobreza y de exclusión social, hay que introducir el concepto de proceso,¹ su dinámica relacional, su relación con la estructura social (que es compleja, mediada y responde a la «flecha del tiempo», pues se retroalimenta).² Dar cuenta de la lógica de la exclusión social debe tener una doble perspectiva: como situación compleja y como

1. Cfr. *Las Condiciones de vida de la población pobre en España. Informe General*, F. Foessa, Madrid, 1998, pp. 467-473.

2. Es necesaria una nueva epistemología, que haga accesible la comprensión de la exclusión desde una visión dialógica, recursiva y holística. Cfr. Edgar Morin, «Los principios del pensamiento complejo: la dialógica, el bucle recursivo, el principio hologramático», *El Método V. La humanidad de la humanidad*, p. 326.

proceso. Es una lógica que se mueve bidireccionalmente: hacia la necesidad (hacia la situación concreta) y, cada vez más, hacia la dialéctica exclusión/integración (el proceso social y sus relaciones con las estructuras sociales).

Dicho este exordio de rango conceptual, debemos detenernos en las vidas sobre cuyas trayectorias se ha realizado un estudio de conocimiento que se nos presenta en esta publicación. De la mano de ellas, y reflexionando desde el sol que da en la espalda sufriente de ellas, podemos ver alguna luz cuando nos acercamos desde «otra mirada».

Apuntaré cuatro breves notas que pudieran ayudar a que se produzca el encuentro entre las vidas narradas y los conceptos para narrar:

1. *En situación de.* En nuestro propio lenguaje existe ya una elección estratégica de fondo cuando pretendemos hablar de ellas. Solemos denominarlas personas excluidas o, simplemente, «excluidos sociales». Este lenguaje es mucho más que una manera de hablar, pues concreta, corporeiza, encarna en las personas el concepto, de modo que se unifican uno y otro aspecto. Pero al unificarlo, reduce la identidad de las personas a su situación.

Por muy grave que sea, y en la exclusión social se da en grado máximo, no es la identidad de la persona. Su situación puede haber minado seriamente la identidad personal, pero ni aun así se pueden unificar las características con la identidad de las personas. O sea, hay que recuperar la «relación» (siempre la relación) entre persona y condiciones de la persona; de la persona, de la familia, del grupo, del colectivo, de la situación social global.

De nuevo, la exclusión no es una condición de las personas, sino una caracterización de las situaciones, de las sociedades, y de las estructuras de esas sociedades (las más macro, las más micro, incluso las de proximidad, familiares y personales). La cuestión está en la relación entre las condiciones de las personas y las condiciones de las sociedades. Si olvidamos esto, reducimos la persona y su dignidad a unas condiciones que en sí mismas son modificables, por lo que no las podemos constituir en su «tarjeta de identidad».

2. *Complejidad construida*. Dado que lo fundamental es la relación entre condiciones personales y sociales, la situación es una situación «compleja», no monodimensional, de modo que la «situación» es una situación «construida», pues la componen diversos elementos. Su resultante no es la simple suma de esa diversidad, sino la construcción que esa diversidad realiza de forma compleja. Y, por ello, es específica para cada caso, grupo, colectivo; e, incluso, para cada grupo según las diversidades de sus contextos comunitarios, sociales y estructurales. Así lo podemos ver en las trayectorias de vida que se presentan en esta publicación.
3. *Matriz de exclusión*. Si la realidad es compleja, su comprensión no puede ser simple. Y aunque para abarcar la totalidad debemos proceder progresivamente, no podemos caer en la tentación de aislar un elemento sin redimensionarlo desde su significado dentro de un todo. De lo contrario se acaba construyendo el fragmento como un todo.

Esto nos cuestiona un aspecto previo importante. Es decir, de lo que se debe tratar es de entender y captar la «matriz» de exclusión de las personas, grupos, colectivos, y situaciones sociales. O sea, debe realizarse respondiendo siempre a cómo se produce en cada situación concreta la articulación de los procesos sociales y estructurales con las condiciones biográficas, personales, contextuales. Se trata de entender el entrecruzamiento entre «biografía», «historia» y «sociedad», aun tratándose de situaciones cuyo constructo implica complejidad.

4. *Retroalimentación*. Todos los análisis, especialmente los que parten de nuestra propia experiencia de acción, nos indican que estamos actuando ante situaciones cuya dificultad viene agravada por su propia naturaleza; o sea, que es una situación que por sí misma tiende a agravarse.³ Es decir, la «matriz» de exclusión es una matriz viva pues se trata de procesos de desarrollo cuyas condiciones potencian el que «crezcan» sus efectos que

3. En la investigación *Trayectorias laborales: entre el deseo y la impotencia*; publicada por la «Asociación Caminar», Madrid, 2004, he realizado una aplicación a las trayectorias de vida de los elementos teóricos de la «matriz de exclusión social» propuestos en la publicación de F. Foessa antes citada.

retroalimentan sus condiciones. Recorriendo las vidas que aquí se presentan constatamos cómo han ido a peor cuando han quedado dejadas a su propia lógica y a su propio devenir. Y cómo se detecta en este propio proceso de empeoramiento la manera en que se podría haber revertido muchas veces con elementos que hubieran potenciado las propias capacidades de las personas.

Habilitarnos para entender

«Otra comprensión de la realidad' es el segundo compromiso. Frente a las necesidades como carencias, la reducción al individuo, la pérdida de capacidad y poder, una nueva teoría para otra concepción de las necesidades, del sentido y de la activación de los sujetos.

Evidentemente la exclusión tiene perfiles y características «nuevas», las propias de la sociedad en que estamos. No en vano se trata de un fenómeno social, relacional. O sea, no se trata de un descubrimiento de «nuevas exclusiones» que se añaden a las ya existentes. De lo que se trata es de re-comprender que estas realidades van evolucionando con la propia sociedad. Por tanto se trata de una «nueva» mirada sobre las situaciones que vemos habitualmente y sobre las que podemos seguir teniendo «viejas» miradas que velan más que desvelan. De hecho, siguiendo las trayectorias de vida aquí narradas, podremos ver vidas que se repiten y que conocemos.

La cuestión, pues, es dónde está la novedad. En primer lugar, si la comprensión de la exclusión nos lleva a entenderla como una «relación», la cuestión será de qué tipo es esa relación. Y, por ello, hemos entendido que es necesaria una nueva mirada para una re-comprensión de la relación entre biografías, historia y sociedad. Lo que nos exige un nuevo modo de conocer desde la complejidad.

Ahora bien, con ello no está declarado todo lo que en la «relación de exclusión» está comprendido. Entender la relación de exclusión, en segundo lugar, necesita una nueva comprensión de la relación entre condiciones de vida, antropología y sociedad. Frente a las necesidades como carencias, la reducción al individuo, la pérdida de capacidad y poder, hay que proponer una nueva concepción de las necesidades, del sentido y de la activación de lo sujetos. Para lo que habrá que establecer una nueva relación entre necesidades y satisfactores, entre sujetos y objetos, entre demandas y capacidades:

1. Una teoría de las necesidades que, en relación con la pobreza y la exclusión social, nos de una nueva comprensión y un nuevo estatuto conceptual a los bienes. Para satisfacer nuestras necesidades utilizamos determinados bienes. Pero nunca se produce una relación directa necesidades y bienes, pues siempre se produce la mediación de un tercer elemento: los satisfactores. Se trata de que la relación entre necesidades y bienes siempre está mediada por formas históricas y culturales según las distintas sociedades. En cada sociedad hay distintas formas de ser, tener, hacer y estar en la satisfacción de las necesidades.

Y que la relación entre bienes y necesidades nos proporcione una nueva comprensión del «enriquecimiento/empobrecimiento» humano; o sea, del proceso de personalización. Y esto es debido particularmente al tipo de satisfactores que se utilicen en la relación entre necesidades y bienes. En concreto cuando se utilizan satisfactores sinérgicos, pues dinamizan la satisfacción de las necesidades y convierten a las propias necesidades en potencialidades, o sea, en motor de su satisfacción. Lo cual quiere decir que desvelan la cara oculta de la necesidad como carencia para convertirla en potencialidad.⁴

2. Una nueva teoría del sentido que, en relación con la pobreza y la exclusión social, nos de una nueva comprensión y un nuevo estatuto conceptual de los derechos sociales, del significado social de la ciudadanía y de las relaciones de societalidad en la doble dirección de las sociedades a las personas, el ejercicio de sus derechos, y de las personas a las sociedades, y el ejercicio de sus deberes.

Y que esa relación entre derechos/deberes y ciudadanía/sociedad nos proporcione una nueva comprensión del proceso de «socialización con sentido» (de integración social) donde los «mundos vitales», y los elementos de identidad y de sentido de las personas refuercen su responsabilidad.

4. Tanto para esta nueva propuesta acerca de las necesidades como para otros muchos aspectos de esta nueva teoría, considero imprescindible: Cepaur, *Desarrollo a escala humana* (1986). Publicado en España por Icaria, Barcelona, 1994. Nuestra reflexión es plenamente deudora de este trabajo.

3. Una nueva teoría del empoderamiento que, en relación con la pobreza y la exclusión social, nos de una nueva comprensión y nuevo estatuto conceptual de la «activación» de su poder, de los «poderes»/«potencias» sociales, como dominación de los medios, recursos, contextos y procesos.

Y esa relación entre activación y dominación nos proporcione una nueva comprensión de las capacidades como fundamento del desarrollo humano y de construcción compartida del espacio humano.

Con ello entraremos en un nuevo nivel de la reflexión que hoy apenas está esbozado⁵ pero que considero imprescindible en tanto que necesitamos pasar de la pura comprensión de los factores personales a su relación con la sociedad y sus estructuras y con la historia y sus procesos. No podemos plantear la comprensión de la exclusión como una realidad relacional para luego no asumir todas sus dimensiones. Y la nueva comprensión de las relaciones entre biografía, historia y sociedad así nos lo proponen. Por ello, para poder dar cuenta de lo que la exclusión nos indica cuando llegamos a su mayor nivel de profundidad, o sea, como la cara anversa de la sociedad y de su historia, es cuando no tenemos más remedio que asumir la necesidad de una nueva teoría. El que sólo cuente con primeros esbozos no indica sino la urgencia. Y poder asumir lo que estas narraciones vitales nos exigen debe constituirse en un reto para todos.

5. Cfr. la propuesta de Fernando Vidal: «La exclusión remodelada. Teoría y remodelación de la exclusión social»; en *Informe sobre la Exclusión Social*, FUEM, de próxima aparición. Por nuestra parte hemos realizado una propuesta en la misma dirección, en la ponencia presentada en la Escuela de verano de Cáritas de 2005, «Las pobreza antropológicas», Parte II, Entender». Cfr. la propuesta de diagnóstico de los procesos de «trascrición espacial de la pobreza» en esta misma dirección, en *Las condiciones de vida de la población pobre desde la perspectiva territorial*, Foessa-Cáritas, Madrid, pp. 242-247.

Modificar la comprensión de la exclusión

Así pues, desde estas líneas que apuntan la necesidad de una nueva teoría de la exclusión social, la relación «condiciones de vida-antropología-sociedad» nos permite apuntar, como aportación provisional para la reflexión y el debate, que:

1. *La exclusión social supone una «modificación» del sentido en que se desarrolla el sistema de necesidades.*

Así debemos reinterpretar la exclusión como «el proceso que se genera al hacer desaparecer el concepto de satisfactor».

Al no realizarse desde las potencialidades sino desde las carencias, ni como sujetos ni como actores en el espacio-tiempo, las necesidades se realizan desde el anverso, es decir, no desde la dinámica del desarrollo promocional sino desde la dinámica exclusión-marginalización. La asociación directa del bien a la necesidad, haciendo aparecer el bien como el «objeto de deseo», hace desaparecer la necesidad como potencialidad, reduciéndola a una carencia que demanda un bien. Esto produce la alineación de las necesidades, pues se privilegian las «cosas» que se convierten en el fin pues su posesión se considera igual a la satisfacción de la carencia. Y esta «cosificación» hace desaparecer al sujeto-que-satisface-necesidades.

Aquellos que no pueden/saben/quieren acceder directamente al bien entran en una dinámica de exclusión; y esta dinámica no está referida sólo a la necesidad de subsistencia, sino a su conjunto. Por ello no es suficiente con decir que la exclusión no es sólo cuestión de la necesidad de supervivencia, sino que es cuestión de todas y cualquiera de las necesidades. Se trata de ver cómo las necesidades de subsistencia, protección y participación quedan desvirtuadas, y cómo en las situaciones de exclusión quedan afectadas la necesidad de creación, para quienes cuya actividad sea marginal, no reconocida o directamente pasiva; la necesidad de entendimiento, sin rol o papel histórico reconocido, con rupturas de comunicación frente a lo «normalizado social»; la necesidad de identidad, des-integración, subculturas, etc.

2. *La exclusión supone una modificación del sentido de las relaciones sociales.*

Así debemos reinterpretar la exclusión como «el proceso que se genera cuando se confunde la integración social con la integración sistémica».

Las relaciones sociales en que los seres humanos gestionan su cotidianidad deben construir formas de vida que les den un sentido de pertenencia y un sentido significativo a su vida en esta sociedad. Pero nos encontramos que muchas personas no encuentran fácil ajuste a los mecanismos que la sociedad exige como normalizadores, siendo ésta la base que otorga «sentido social aceptable y aceptado» a su vida. Y en nuestra sociedad este sentido se ha reducido a poder tener acceso al mercado normalizado (trabajar/consumir) y seguir las normas de «individualismo ciudadano» en tanto miembros de una ciudad (de un Estado) que regula la convivencia y la cultura social.

La integración en estos mecanismos como propuesta de integración es la considerada integración social. Pero esto es confundir la integración social con la integración sistémica, pues olvida los «mundos vitales», y reduce a los sujetos a su rol en el mercado (trabajo-consumo) y en el Estado. Sin embargo la integración social se conforma desde la articulación de «mundos vitales» (y todas las relaciones de proximidad y de reciprocidad), participación en el mercado (los intercambios económicos en sus diversas manifestaciones), y la participación en la polis (las relaciones de redistribución y el ejercicio de la ciudadanía). Al hacer desaparecer la «subjetividad social» (que no se da sólo en las relaciones cálidas, sino que recorre todas las relaciones, también las de intercambio y las de redistribución) este paradigma se confronta con situaciones que no pueden/saben/quieren ajustarse a los «estándares normativos» y, aún más, no se ajustan con las formas de vida que se van construyendo en la dinámica de exclusión de los mismos mecanismos y del sistema de relaciones de los que se reclama la integración.

3. *La exclusión social supone una modificación del sentido de la participación en el desarrollo de la sociedad.*

Así podemos reinterpretar la exclusión social con «el proceso

que se genera cuando la vinculación social no es una vinculación de activos social».

Quien no participa en lo que debe ser la tarea común de todos los ciudadanos, o sea, su contribución a las necesidades y al desarrollo de la sociedad, ejerce un rol «parasitario». Más aún, pues una persona no sólo forma parte activa de su comunidad, sino que sin el reconocimiento de su aportación a la comunidad nadie puede sentirse plenamente humano. Este reconocimiento permite a la persona situarse «en el mundo» entendido como ámbito donde se entretije el destino común, donde cada persona pueda desarrollar al máximo sus capacidades.

Por eso a los que no pueden/saben/quieren ejercer su potencia social, su poder como «activos sociales», no sólo no se les otorga un rol creador, sino destructor, pues su participación en la sociedad es considerada como una participación «negativa», y su espacio social es considerado como un «objeto de gasto» y un espacio a desaparecer, pues no hay dinámica de sujeto, de actividad, de aportación. Por ello el «medio social», y el espacio humano que la exclusión social construye, es considerado como un espacio «a desaparecer», pues no es un espacio social de inversión que aporte riqueza ni económica ni social, sino justamente lo contrario. Por lo que no sólo no se considera que se dé un poder de creación, sino que se le adjudica un poder de destrucción. Es decir, la exclusión social se constituye «bajo el límite» de la capacidad de empoderarse de sus propias condiciones de desarrollo y de su participación en el desarrollo de la comunidad.

La exclusión, ¿un problema menor?

Le daba el sol en la espalda y quemaba. A pesar de las proclamas de que la exclusión es un fenómeno que pone en cuestión la cohesión social, de ahí que debiera ser declarado como una amenaza al ejercicio de la ciudadanía; y a pesar de que la exclusión debiera ser considerada un despilfarro de recursos humanos, de ahí que debiera ser considerada como un coste intolerable en nuestras sociedades, la exclusión social sigue siendo un tema «invisible» en la agenda política, y social.

Hemos visto, y las vidas aquí narradas así lo proclaman, que la exclusión social no sólo plantea cuestiones e interrogantes de tipo

social y económico, sino también de tipo ético y político. Porque no es un problema menor que las propias tendencias sociales, económicas y políticas generen exclusión, y no sean capaces de promover la integración. Pero el problema mayor es la falta de cohesión social derivada de las condiciones de exclusión del ejercicio de derechos básicos. Lo que la convierte en un problema político de primer orden, que plantea cuestiones de ética social.

Porque no es sólo una cuestión política; hay otros interrogantes referidos a la cultura y a la ética social. O sea, la exclusión no sólo cuestiona los parámetros de la competitividad y del crecimiento, va más allá. Porque cuando la valencia en que se apoya el entramado social es la «competición» en un mercado que actúa como catalizador de lo que deba ser considerado como «valor» social, la exclusión queda como situación «des-valorizada», esto es, carente de valor social reconocido. Y aunque en sí misma la exclusión sea considerada un contravalor, el problema está en que con la desvalorización de la exclusión social quedan «des-valorizadas» las personas excluidas y no sólo su situación como tal.

La exclusión, pues, es una situación moralmente inaceptable. Y lo es desde ambos ángulos: desde las condiciones que impiden que determinadas personas puedan realizar plenamente sus derechos fundamentales, lo que pone en juego su dignidad; pero lo es también desde la consideración social de las propias personas en situación de exclusión, ya que el rechazo social a estas situaciones viene acompañado del rechazo a las personas que la padecen.

Por tanto, no debe ser considerado un problema menor la «invisibilidad» social y la debilidad política de la exclusión. Cuando la necesidad del crecimiento económico y de los cambios que impone la vida económica y social se impone como un axioma imperativo, la exclusión social queda «invisibilizada» como fenómeno social. Esto supone que se difumine aún más su conexión con la estructura social y con los efectos de los cambios sociales. Es decir, se está produciendo la «naturalización» del problema, que desliga a la exclusión social de la estructura social que lo produce.

A medida que se «invisibiliza» el fenómeno de la exclusión, el imaginario colectivo, y político, lo va dejando reducido a una situación «marginal» que afecta sólo a los pobres más pobres. De esta manera intenta, y consigue, que el problema quede reducido a

un muy limitado número de personas y de grupos, para los que se arbitran algunas medidas, en cuya tímida realización siempre nos encontramos aprisionados, como efecto necesario de la separación entre situaciones de exclusión y los procesos sociales y estructurales que la generan. Así plantamos a estos grupos una serie de exigencias de integración como contraprestación a unas medidas sociales, que acaban siendo valoradas en función de los «costes» y no de la promoción y el desarrollo social. O sea, la exclusión social queda consignada como un «gasto» sin eficacia. Ya no sólo queda invisibilizada la exclusión, ¡sino «culpabilizados» los que se encuentran en ella!

Evidentemente, situaciones sociales desligadas de procesos y de vínculos sociales acaban construyéndose como situaciones de «impotencia». No existe, por ello, el «grupo de los excluidos» como grupo social. Si existieran serían «tejido social», por lo que podrían formar red social; es decir, ya no serían excluidos o, al menos, podrían plantear las condiciones de su integración. Un grupo social «sin sujeto», no es tal.

Las trayectorias y las vidas aquí narradas nos aportan fundamento para una nueva mirada a una nueva realidad. Pero, y en esto también, la cuestión es «relacional»; o sea, por sí mismas no van a hacer «magia», no nos van a convertir mágicamente a otra forma de mirar la realidad de la exclusión. Depende de nosotros que establezcamos una nueva relación de complicidad con la «potencia» que esas mismas vidas encubren para que pueda eclosionar.

III. JUEGO DE MIRADAS SOBRE LA EXCLUSIÓN SOCIAL

Introducción

El objetivo de este libro es doble: por un lado, queremos dar voz y escuchar a las personas que viven en situación de vulnerabilidad o exclusión social a través de sus propias palabras, a través de la narración que desinteresadamente nos hacen de su vida, de sus experiencias, de sus sufrimientos, pero también de sus ilusiones. Por otro lado, pretendemos aportar nuevos elementos al debate actual sobre las características y los condicionantes de la exclusión social urbana rehuyendo una visión más convencional, de «estudio clásico» sobre el tema (con una teoría, unos resultados, unas conclusiones). Por ello y con el fin de que la presente publicación reproduzca, aunque sólo sea parcialmente, la complejidad del fenómeno de la exclusión social en nuestra sociedad, hemos optado para presentar una obra abierta,⁶ es decir, con distintas voces —todas ellas igualmente válidas— y sin conclusiones cerradas que lleguen al lector o lectora de manera ya formateada y aparentemente completa.

En este libro, por tanto, no se trata de dar recetas, de explicar las causas de la exclusión y todo lo que la rodea desde un punto analítico-objetivador. Se trata, esencialmente, de dar voz a las personas cuyas

6. En el capítulo «Desvelando la trastienda de la investigación» se expone con más precisión el concepto de «obra abierta».

vidas trascurren sin ser vistas ni conocidas por amplias capas de la población y que difícilmente tienen la ocasión para manifestar sus vivencias, sus esperanzas y fracasos, su malestar o su falta de recursos, y muchas veces su impotencia. Se trata, también de ofrecer posibles explicaciones coherentes pero no exhaustivas, o dicho de otra manera, de apuntar miradas que no pretenden ser «la mirada», sino que quieren contribuir a entender, a conocer de primera mano ciertas trayectorias de personas que viven en situaciones de vulnerabilidad social.

El heterogéneo mosaico de situaciones que engloba el concepto de exclusión social así como el entramado extremadamente complejo de causas que pueden determinarlas es inabordable en un texto como el que presentamos. Eso es así tanto por su amplitud como por el dinamismo constante que las caracteriza en una sociedad cambiante como la nuestra. En este sentido, hemos intentado establecer un paralelismo entre el contenido y la forma de presentar esta publicación y la realidad misma que pretende ilustrar.

Las páginas que vienen a continuación no tienen por qué leerse necesariamente de forma lineal (un tema tras otro), sino que animamos al lector y a la lectora a decidir el orden de los distintos capítulos al mismo tiempo que le invitamos a dar la última interpretación de todo cuanto ofrece esta obra.

De todos modos, y para hacer más fácil la elección de los capítulos expondremos brevemente la estructura de la presente obra: el primer capítulo está destinado a contextualizar teóricamente el punto de partida de los autores y de las autoras del libro, puesto que, como ya se argumentará en el último capítulo «Desvelando la trastienda en la investigación», aunque intentemos dar la voz a los protagonistas de las entrevistas y aunque intentemos abrir la interpretación de la obra al público en general, tenemos que aceptar que nuestra mirada previa ha condicionado, aun sin pretenderlo, la estructura y el contenido de estas páginas. En este sentido, y para que el lector y la lectora puedan ser conscientes de la perspectiva desde la que «hablamos» o «hemos escuchado», preferimos explicitar nuestra base teórica en ese apartado.

El grueso del libro lo constituye el capítulo «Biografías narradas». Un capítulo que está dividido en siete temáticas constitutivas, desde nuestro punto de vista, de factores de exclusión social. Concretamente, tratamos el tema del género (y más particularmente

el hecho de ser mujer) relacionándolo con la violencia doméstica. Apuntamos ciertos aspectos del riesgo de exclusión en la etapa de la adolescencia. Hacemos cierto hincapié en las dependencias derivadas de una enfermedad propia o de una de las personas con la que se convive. También hemos querido acercarnos a los mecanismos de reproducción de la exclusión de una generación a otra, o a apuntar una cierta triangulación entre el fenómeno migratorio, la exclusión y el hecho de ser mujer. Finalmente, no nos hemos olvidado ni de las adicciones y enfermedades mentales, ni de lo importante que es para las personas disponer de redes sociales y de apoyo.

Cada uno de estos temas está ilustrado por una o dos narraciones biográficas. Cada narración tiene un pequeño preámbulo en el que se comenta el contexto en el que se hizo la entrevista. Los bloques temáticos van acompañados también o de un comentario hecho por los mismos autores del libro o de una persona experta en el tema del que se habla y, en algunos casos, los bloques disponen de ambos tipos de comentarios. Los primeros no van firmados puesto que sus autores son los mismos del libro. En cambio, los segundos aparecen firmados por la persona que los ha escrito. Finalmente, en el último capítulo, que hemos denominado «Desvelando la trastienda de la investigación», mostramos las herramientas y el bricolaje utilizado para llegar a configurar el volumen que tienen en sus manos.

Uno de los objetivos que teníamos era el de escuchar atentamente y sin interrupciones las personas que nos han querido contar su vida. Por todo ello hemos querido presentar las narraciones biográficas desde el principio hasta al final sin comentarios que pudieran distraer al lector o lectora. Por otro lado, y también con la finalidad de intervenir el mínimo en las narraciones, hemos respetado la lengua en la que se nos dirigieron las personas entrevistadas, del mismo modo que hemos respetado en la medida de lo posible sus formas de hablar, sus expresiones y los usos gramaticales que utilizaban esas mismas personas. Lo que sí hemos modificado es todo lo que hace referencia al nombre de las y los entrevistados con el fin de mantener su anonimato. Por ello hemos evitado todos los datos que pudieran identificarlos: nombres propios (de ellos y ellas y de las personas de las que hablan), poblaciones, nombres de las calles, etc.

Esperemos que todo ello acabe redundando en una mejor comprensión colectiva en relación a ese fenómeno que denominamos exclusión social.

Breve contextualización histórica de la exclusión social

Si a mediados de los años cincuenta del pasado siglo nos hubieran dicho que a principios del siglo XXI, en pleno apogeo de la sociedad de la información, comunicación y de la tecnología, tendríamos que seguir hablando de la pobreza («nueva» y «vieja») o de lo que hoy se denomina exclusión social, quizás no lo hubiéramos creído. De hecho, el mismo error que ya se había cometido en el siglo XVIII —cuando se creía determinísticamente que los avances científicos iban aparejados de un mayor bienestar individual y colectivo— se ha repetido ahora. La creencia de las pasadas décadas se fundamentaba en la convicción de que la puesta en escena a gran escala de la tecnológica y el crecimiento económico revertirían en el conjunto de nuestras sociedades reduciendo al máximo las situaciones más extremas de pobreza.

El despliegue del Estado del bienestar, tanto por su contribución a regular los desajustes de la economía capitalista como por su apuesta para garantizar ciertas protecciones sociales a anchas capas de la población, fue concebido como un gran mecanismo político para solventar grandes problemas sociales derivados de la desigual estratificación social.

Entonces, ¿qué ha pasado? ¿Cómo es que actualmente es tan necesario estudiar aquellos fenómenos que creíamos que habrían desaparecido de nuestras sociedades como el de la pobreza, la marginalidad y la desafiliación? La respuesta se halla fundamentalmente en que han habido unos cambios económicos y sociales en sentidos que no se habían previsto. Las modificaciones en los procesos productivos y en el mercado laboral, derivados de la crisis económica de los años setenta, han abierto profundas grietas sociales, de modo que algunos de los lazos que vinculaban a determinados individuos o grupos sociales a la sociedad se han quebrantado en gran medida. A la par han aumentado sobremanera las desigualdades sociales en el contexto europeo en las últimas décadas y la pobreza ha crecido significativamente en este período. Todo ello va profundamente

ligado a las transformaciones que caracterizan la transición de la sociedad industrial a la sociedad posindustrial. El agotamiento del modelo del pleno empleo junto con el cuestionamiento del modelo keynesiano de bienestar, los cambios en las estructuras familiares y los ciclos vitales de los individuos han generado nuevas situaciones sociales que conllevan otras necesidades.

La sociedad industrial, con su Estado del bienestar, nos había acostumbrado a estructuras relativamente estables y previsibles. Hemos asistido, en poco tiempo, a una acelerada transición desde esa sociedad hacia una realidad compleja caracterizada por una multiplicidad de ejes cambiantes de desigualdad. Si antes las situaciones problemáticas se concentraban en sectores sociales que disponían de mucha experiencia histórica acumulada al respecto, ahora el riesgo se ha democratizado (Beck, U., 1998), castigando más severamente a los de siempre pero golpeando también a nuevas capas sociales y personas.

Es en este contexto que se produce un relanzamiento del discurso sobre la pobreza, la marginalidad, la exclusión, la desafiliación, en la medida que determinadas desigualdades se agravan y este agravamiento no está repartido por igual en función de la estratificación. Además el hecho de ver cómo aumenta el número de personas desfavorecidas socialmente hace crecer un cierto temor por parte de muchas personas que ven a su alrededor un aumento de la precarización laboral y de las tasas de paro. La democratización del riesgo va aparejada con una sensación de incertidumbre, la cual, a su vez, se ve alimentada por la desestabilización de los estables. Como dice Castel: «la entrada en una situación de precariedad de una parte de aquellos que habían estado perfectamente integrados en el orden del trabajo es lo que produce la sensación de desestabilización, de incertidumbre» (Castel, R., 1995).

Esta situación, lejos de percibirse de forma puntual, tiene todos los ingredientes para ser duradera, lo cual provoca una mayor sensación de temor ante la inestabilidad: «La incertidumbre endémica es lo que caracterizará el mundo de la vida y la existencia básica de la mayoría de personas —incluyendo las clases medias aparentemente acomodadas— en los años venideros» (Beck, U., 2002).

Todo lo que llevamos dicho, a parte de ser un problema que atañe a un número creciente de individuos, pone en peligro la cohesión

social pero también los mecanismos fundamentales de las democracias. Así lo advierte Kronauer: «El retorno de las altas tasas de paro y el incremento de la pobreza ponen en peligro lo social en dos sentidos. Por un lado, para los individuos representan —si el estado de pobreza y las tasas de paro elevado perduran— una pérdida de posibilidades de participar de la vida social correspondiente en la que se han generalizado estándares de utilidad del consumo, de seguridad material, de influencia pública y del reconocimiento social. Por otro lado, para la sociedad, el paro y la pobreza muestran la pérdida de su capacidad de asegurar las bases sociales de la democracia universal, por lo menos para todos sus miembros» (Kronauer, M., 2002).

El debate sobre la exclusión social

En 1974 el francés René Lenoir emplea por primera vez el término «exclusión» en el libro *Les exclus, un Français sur dix* para referirse a la situación que sufren las personas más desfavorecidas socialmente. A partir de este momento, y con más intensidad a principios de los años ochenta, el debate académico y político sobre la pobreza y su relación con la desigualdad social se va extendiendo, asentando y profundizando. La importancia de estudiar y acotar este concepto surge, como acabamos de exponer, no por unas ganas de teorizar sin rumbo sobre un término, sino porque se hace cada vez más patente la urgencia de la situación de precariedad, pobreza, de pérdida de lazos familiares y sociales y, cada vez más, por la presencia de un grupo creciente de personas provenientes de otros países y que no gozan de los derechos de ciudadanía (residencia, trabajo, participación política).

El debate teórico sobre las actuales desigualdades crecientes, que en cierta forma pretende cristalizar en actuaciones políticas destinadas a mitigar estas situaciones de desigualdad social, aparece en Francia con el término de «exclusión social», que se extendió posteriormente a otros países de Europa. Paralelamente, en Estados Unidos emerge y se desarrolla otro término: «infraclassa urbana» (*underclass*), para referirse también al conjunto de personas que se encuentran en la parte más extrema de la línea de desigualdad social. Aunque ambos conceptos, «exclusión social» y «*underclass*», tienen sus matices y diferencias, es obvio que la aparición de concep-

tos tan similares en un mismo período de tiempo (mediados de los setenta) y su desarrollo (mediados de los ochenta) obedece no sólo a una realidad que se va imponiendo en Europa y América del Norte, sino también a una voluntad más o menos firme de hacerles frente.

No dedicaremos ahora más tinta para exponer los límites y matices de lo que se denomina *underclass*, puesto que no es nuestro objetivo. Solamente añadiremos que es un término que se refiere a enormes bolsas de población en las grandes ciudades americanas.

En el contexto europeo, no sólo se había utilizado el concepto «exclusión». De hecho, a principios de los años setenta se había introducido el concepto de «*underclass*» sin que en aquel momento desencadenara una controversia académica. En la República Federal Alemana se utilizó el concepto «*Ausgrenzung*» (fuera de las fronteras sociales), que se desarrolló a propósito de la discusión sobre la «nueva pobreza» y tuvo un gran eco en el marco de las ciencias sociales. Fue la Unión Europea quien, de hecho, optó por el concepto francés, lo introdujo en su programa y, a partir de ahí, se ha ido extendido y es utilizado en todos los países que la conforman.

La adopción del término «exclusión social» en el discurso oficial de la Unión Europea ha reforzado y ha hecho emerger nueva literatura sobre dicho concepto, las formas de investigarlo y posibles soluciones políticas desde el ámbito académico y político. Así, con la definición del I Programa Europeo de Lucha contra la Pobreza (1975-1980) sólo se habla de pobreza y ésta se entiende como la resultante de la desigual participación económica en términos estrictamente monetarios. Posteriormente se establece el II Programa Europeo de Lucha contra la Pobreza (1984-1988), en el que también se subraya la falta de recursos económicos, pero ya introduce una dimensión de privación cultural y social. En este programa la pobreza es vista como una forma de exclusión en términos de plena ciudadanía.

Con posterioridad a estos dos programas, el concepto de «exclusión social» aparecerá citado en materiales de la Comunidad Europea (en el preámbulo de la «Carta Social Europea» de 1989; y en la resolución del Consejo de Ministros del mismo año sobre la lucha contra la «exclusión social»). No obstante, no es hasta 1991 que queda fijado el término oficialmente mediante el Programa de la Comunidad Europea para la integración Económica y Social de

los Grupos menos favorecidos, llamado «Pobreza 3», y las indicaciones del «Observatorio de Políticas Nacionales de Lucha contra la Exclusión Social».

En este sentido, la «exclusión social», según la Unión Europea, «sería un fenómeno que atañe a sectores amplios de población; es algo más que desigualdades monetarias y también más que desigualdad social; implica el riesgo de una sociedad dual o fragmentada; viene dada por la negación o la inobservancia de los derechos sociales e incide en el deterioro de los derechos políticos y económicos de los ciudadanos y ciudadanas; y es susceptible de intervención política» (IGOP, 2003).

De la pobreza a la exclusión social

¿Qué es la exclusión social? Pobreza, pero no sólo pobreza; más que pobreza y a la vez algo distinto.

M. KRONAUER

La definición de pobreza se ha vinculado tradicionalmente a la idea de carencia o insuficiencia de recursos financieros y, más concretamente, a la insuficiencia salarial o la falta total de trabajo. En este sentido, inicialmente se definió este concepto desde una óptica estrictamente económica sujeta al ámbito del mercado laboral. Posteriormente se amplió el concepto y se relacionó también con la cobertura de las políticas sociales a los mecanismos de transferencias. En este contexto se generaron dos tipos de medidas de la «pobreza»: las medidas de «pobreza absoluta» y las de «pobreza relativa».

Nosotros no pretendemos negar ni la realidad de la pobreza ni la utilidad del término. Sin embargo, para entender el fenómeno creciente de las desigualdades sociales y estructurales nos hemos de abastecer de un concepto que vaya más allá de los aspectos estrictamente económicos, puesto que, como hemos visto, los cambios económicos y sociales de las últimas décadas han provocado situaciones distintas a las que había antes del establecimiento del Estado del bienestar.

La gran diferencia entre ambos conceptos se podrían exponer de la siguiente forma: mientras la pobreza se restringe a una sola

dimensión (carencias económicas), la exclusión integra una pluralidad de dimensiones, puesto que contempla aspectos laborales, económicos, sociales, culturales, políticos y de salud (Tezanos, J.F., 2004). En otras palabras, el término «exclusión social» además de englobar las situaciones clásicas de pobreza incorpora otros aspectos como las condiciones laborales, el reconocimiento de la ciudadanía, los déficits formativos, las situaciones sociosanitarias más desatendidas, la inexistencia de redes de protección social o familiar, etc. En este sentido la exclusión social se define también por la imposibilidad o dificultad intensa de acceder a los mecanismos de desarrollo personal e inserción sociocomunitaria y a los sistemas preestablecidos de protección.

Desde nuestra óptica, definimos el concepto de exclusión social como una situación de acumulación y combinación de factores de distintas desventajas, vinculados a diferentes aspectos de la vida personal, social, cultural y política de los individuos. De ahí que este término haga referencia a un fenómeno poliédrico, que se manifiesta y se define más como un proceso que como un estado. Es un fenómeno, por lo tanto, que responde a las lógicas de producción y reproducción de las desigualdades que imperan en nuestras sociedades.

Más concretamente, y con la intención de explicar un poco cada uno de sus aspectos, entendemos la exclusión social como un fenómeno estructural, dinámico, multifactorial y multidimensional.

La exclusión, en tanto que *fenómeno estructural*, en un contexto de creciente heterogeneidad, no implica sólo la reproducción más o menos ampliada de las desigualdades verticales del modelo industrial. Va más allá, implicando fracturas en el tejido social y la ruptura de ciertas coordenadas básicas de integración.

Por otro lado, concebimos la exclusión como un *fenómeno dinámico*, es decir, como un proceso o conjunto de procesos y no como una situación estable. Es decir, no afecta sólo a grupos predeterminados concretos (en este sentido podemos hablar de pobreza heredada), sino que también afecta y de forma cambiante a personas y colectivos a partir de las modificaciones que pueda sufrir la función de vulnerabilidad de éstos a dinámicas de marginación (Tezanos, J.F., 1999). La distribución de riesgos sociales —en un contexto marcado por la erosión progresiva de los anclajes de seguridad de la

modernidad industrial— se vuelve mucho más compleja y generalizada. El riesgo de ruptura familiar en un contexto de cambio en las relaciones de género, el riesgo de descalificación en un marco de cambio tecnológico acelerado, el riesgo de precariedad e infra-salarización en un contexto de cambio en la naturaleza del vínculo laboral, etc. Todo ello puede trasladar a personas y colectivos variables, en momentos muy diversos de su ciclo de vida, hacia zonas de vulnerabilidad a la exclusión.

También hemos definido la exclusión como un *fenómeno multifactorial y multidimensional*, puesto que no se explica con arreglo a una sola causa. Se presenta, pues, como un fenómeno poliédrico formado por la articulación de un cúmulo de circunstancias desfavorables, a menudo fuertemente interrelacionadas. La exclusión difícilmente admite definiciones segmentadas, dada la interdependencia de todos los factores que inciden en ella. Una breve explotación de las estadísticas nos muestra las altísimas correlaciones que existen entre, por ejemplo, fracaso escolar, precariedad laboral, desprotección social, monoparentalidad y género; o bien entre barrios guetizados, infravivienda, segregación étnica, pobreza y sobreincidencia de enfermedades. Todo ello conduce hacia la imposibilidad de un tratamiento unidimensional y sectorial de la exclusión social.

Finalmente, hemos argüido que la exclusión es un *fenómeno politizable*, ya que es susceptible de ser abordada desde la acción colectiva, desde los valores, desde la práctica institucional y desde las políticas públicas. Ahora bien, esta acción colectiva y las prácticas institucionales, si quieren tener éxito en su implantación, tendrán que tener en cuenta e incidir no sólo en una causa o factor de la exclusión, sino en todos ellos simultáneamente.

Bibliografía

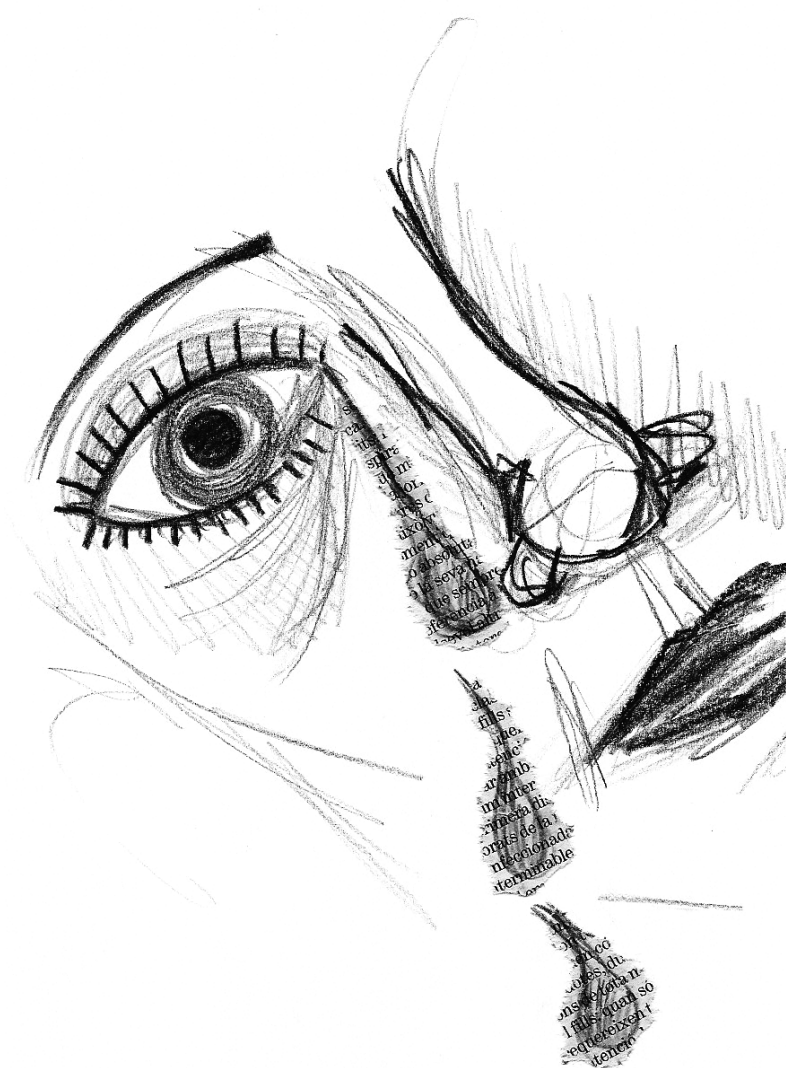
- BECK, U. (1998), *La sociedad del riesgo*, Paidós, Barcelona.
— (2002), *La sociedad del riesgo global*, Siglo XXI de España Editores, Madrid.
— (2002), *Individualization*, Sage, Londres.
CASTEL, R. (1997), *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*, Paidós, Buenos Aires.

- (1995), «De la exclusión como estado a la vulnerabilidad como proceso», *Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura*, n. 21, revista trimestral, verano, pp. 27-36.
- Comissió Europea (1992), «Towards a Europe of Solidarity: Intensifying the Fight Against Social Exclusion, Fostering Integration», COM, p. 542.
- ESTIVILL, J. (comp.), BREUER, W.; ENGELS, D. y VRANKEN, J. (2004), *Pobreza y exclusión en Europa*, Hacer, Barcelona.
- ELIAS, N. (1994), *The established and the outsiders: A sociological enquiry into community problems*, (2ª ed.), Sage, Londres.
- GALLIE, D. y Paugan, S. (2000), *Welfare regimes and the experience of unemployment in Europe*, Oxford University Press, Oxford.
- GALLEGO, R.; GOMÀ, R. y SUBIRATS, J. (2002), *Políticas sociales y descentralización en España*, Tecnos-UPF, Madrid.
- GIL, F. (2002), *La exclusión social*, Ariel, Barcelona.
- IGOP (2003), *Un paso más hacia la inclusión social*, Plataforma de ONG de Acción Social, Madrid.
- KARSZ, S. (coord.) (2004), *La exclusión: bordeando sus fronteras. Definiciones y matices*, Gedisa, Barcelona.
- KRONAUER, M. (2002), *Exklusion. Die Gefhårdung des Sozialen im hoch entwickelten Kapitalismus*, Campus, Frankfurt/Main.
- LENOIR, R. (1974), *Les Exclus. Un français sur dix*, Le Seuil, París.
- LEVITAS, R. (1998), *The inclusive society?*, Macmillan, Londres.
- LITTLEWOOD, P. (1999), *Social exclusion in Europe*, Ashgate, Londres.
- MORENO L. (comp.) (2002), *Pobreza y exclusión: la malla de seguridad en España*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto de Estudios Sociales Avanzados, Madrid.
- SUBIRATS, J. (dir.) GOMÀ, R. y BRUGUÉ Q. (coords.) (2005), Análisis de los factores de exclusión social, Documentos de trabajo 4, Fundación BBVA, Madrid.
- (2005), *Riesgos de exclusión social en las Comunidades Autónomas*, Fundación BBVA, Madrid, Documentos de trabajo 5, próxima publicación.
- SUBIRATS, J. (dir.) (2004), *Un paso más hacia la inclusión social*, Colección «Estudios», Plataforma de ONG»s de Acción Social, Madrid.
- SUBIRATS, J. (dir.) (2004), *Pobresa i exclusió social. Una anàlisi de la realitat espanyola i europea*, «Estudis Socials», n. 16, Fundació «La Caixa», Barcelona.

- (dir.) (2005), *Perfils d'exclusió social urbana a Catalunya*, Servei de Publicacions de la Universitat Autònoma de Barcelona, Bellaterra.
- TEZANOS, J.F. (2004), *Tendencias en desigualdad y exclusión social*, Editorial Sistema, Madrid.
- (1999), *Tendencias en desigualdad y exclusión social*, Editorial Sistema, Madrid.
- VVAA (1997), *La pobreza y la exclusión social en España*, Centro Económico y Social, Madrid.

IV. BIOGRAFÍAS NARRADAS

LA VIOLENCIA DE GÉNERO A LO LARGO DE LA VIDA



Contexto de la entrevista

Conocí a Rocío a través de un maestro jubilado y a la par conocido activista social del barrio. Él mismo fue quien, a petición mía después de haberle presentado nuestro trabajo, concertó la entrevista con Rocío una tarde de otoño en la parroquia. El día acordado, Rocío llegó tarde. No se acordaba de la cita, pero tras llamarla por teléfono, acudió corriendo. En menos de quince minutos estaba allí. Llegó jadeando, y las primeras frases que intercambiamos fueron acerca de la edad, que según ella, no perdona, y las grandes cuestras que dominan en esa parte de la ciudad. Me dijo que tenía sesenta y un años aunque a mí me pareció que aparentaba muchos menos. Era una mujer alta, de constitución delgada, piel tostada y ojos verdes que llevaba el pelo teñido de negro y suavemente recogido hacia atrás. Vestía unos pantalones negros, botas de tacón mediano, una americana entallada, también negra, y una camiseta debajo. Con unos pendientes dorados y un bolso colgado de su hombro derecho, se podría decir que la imagen de Rocío era la de una mujer moderna y elegante.

Después de las presentaciones de rigor nos quedamos solas en una sala del edificio con varias sillas y mesas. Apenas sentarse, y con las primeras palabras de presentación, Rocío empezó a hablar de lo útil que le era el taller de autoestima que está siguiendo desde hace varios meses para empezar a repensar su propia vida y experiencias desde que era niña. Inmediatamente, empezó a llorar y a contar primero desordenadamente y luego ya con mayor precisión los abusos y la violencia de que fue víctima una gran parte de su vida. En nuestro primer encuentro, la trayectoria reciente de Rocío, y el punto de reflexión sobre su pasado en que ella misma se hallaba, dieron lugar a una narración biográfica muy lineal, en la que nos iba relatando los sucesos y episodios de su vida encadenándolos en el tiempo uno tras otro y pasando del llanto a la risa a lo largo de las más de dos horas que duró esa cita. Al terminarse el tiempo que más o menos habíamos dispuesto que durase la entrevista, le propuse que nos volviéramos a ver otro día para continuar y poder entrar más tranquilamente en algunas cuestiones y ella, con mucha amabilidad y explicando que la experiencia del relato también había sido interesante para ella, me invitó a continuar dentro de una semana en su casa.

Rocío vivía en un segundo piso, más bien pequeño, en una agradable callecita bastante céntrica del barrio. En la entrada, un diminuto recibidor donde empezaba el pasillo, desembocaba en una pequeña sala dedicada, básicamente, a distintas actividades de su hijo menor, que dispone de una pequeñísima habitación ciega en casa de su madre. La sala tenía una sola puerta que daba acceso a una minúscula cocina donde apenas cabrían dos personas. Al final del pasillo, en el que estaban contiguos el baño y la pequeñita habitación individual, estaba el comedor donde Rocío me invitó a pasar, no sin haberme mostrado primero todo el piso. El comedor era mediano, de forma rectangular y con una ventana a la calle por donde entraba la luz. Un sofá, un televisor bastante grande y una mesa en la que podrían caber hasta seis personas eran los muebles que dominaban en la sala. También en la pared opuesta a la ventana había una cómoda con el teléfono. Desde un rincón de la sala se entraba a la habitación de Rocío, que también tenía ventana a la calle. En la habitación, que también quiso mostrarme, solamente había una cama de matrimonio, un armario y dos mesillas de noche.

En este segundo encuentro Rocío me explicó muchísimas más cosas sobre su vida, pero sobre todo sobre sus hijos y sus nietos, mientras me enseñaba algunas fotos que tenía colgadas en casa y otras que iba sacando. Su experiencia, aunque tremendamente negativa y muy cercana a la exclusión social, parece que se ha convertido un nuevo punto de partida para ella misma y quizá incluso para sus hijos.

Narración de Rocío

Asisto regularmente a un taller de autoestima. El profesor nos cuenta que tenemos que recordar la infancia, que todo procede de la niñez que hemos pasado. Retengo todo guardado en la cabeza: me veo cuando era niña en un pueblo de Sevilla, con cinco años, apoyada frente la puerta de una mujer que tenía mucho dinero. Me ponía allí a pedir pan y comía las cáscaras de plátano que encontraba en la calle. A menudo iba también a ver a una mujer muy vieja, a quien le compraba el vino y me daba algún dinero, quizás un céntimo. Yo

veía a los otros niños comer helados que nunca podía comprarme, así que un día decidí quitarle una peseta a mi madre y me comí tres o cuatro. Cuando mi madre se enteró me pegó una paliza con el palo de la escoba.

Mi padre trabajaba en el juzgado del pueblo. Era hijo del maestro de la escuela, alguien importante. Tenía dinero que le venía de su familia, pero era muy mujeriego y muy borracho y a nosotros no nos daba nunca nada. Se lo gastaba en prostitutas. ¡Lo echaron del trabajo por robar dinero! Mi madre se casó con él con veintiséis años, lo quería mucho, aunque la maltratara. Una vez ella cogió una sábana y salió a la calle dispuesta a arrojarla a la acequia, pero al final no lo hizo. Enfrente de la acequia estaba la casa de prostitutas donde iba a menudo mi padre. Junto allí había un barranco donde tiraban condones y otros desechos. La acequia gorda, la llamábamos, era un río por el que unas veces pasaba agua y otras no, donde solíamos jugar los niños. Robaba caña dulce y, como hace cualquier niño de pueblo, andaba siempre tirada por la calle, sin bragas porque mi madre no me las ponía, me meaba en los portales... Mis hermanos y yo teníamos mucho miedo cada vez que nos encontrábamos a nuestro padre por la calle en el pueblo. Nos meábamos encima, porque siempre nos pegaba palizas.

Cuando era niña mi padre me «tocaba» mucho. En un principio pensaba que «me tocaba» como padre, pero luego me di cuenta que no. Esto duró hasta que lo trasladaron a Barcelona y nos fuimos a vivir en el casco antiguo de la ciudad. Se puso a trabajar en una fábrica de esparto y mi madre entró a trabajar en casa de unos señores. Fue entonces cuando mi padre empezó a violarme, todavía era una niña y callaba, porque me amenazaba con que si decía algo a mi madre me pegaría con la correa. Aun y así, una vez se lo conté a ella, pero no me hizo ni caso. Mis hermanos tampoco se daban cuenta. Ellos las han pasado crudas, pero como son hombres la vida les ha sido distinta. Al mayor se lo llevaron los curas a San Sebastián para que estudiara para fraile. El otro, trabajaba en un colmado, pero como aún era muy niño no se enteraba de nada de lo que a mí me estaba pasando. Cuando mi padre iba a la cama siempre decía: «Que venga la Rocío y me rasque la espalda». Iba y lloraba, con los ojos cerrados, pero no podía aguantar las lágrimas. Una vez, mi padre me susurró al oído: «Si fueras mayor, Rocío, ¡ya te enterarías de lo bien que se pasa!». Él me contaba que los niños se hacían de esta manera, mientras él me hacía «eso», yo temblaba.

En esa época, cuando mi familia vino a Barcelona, vivíamos en una casa vieja en el Raval con la cocina llena de cucarachas. Mi padre las mataba y, para asustarme, las ponía debajo de mi almohada. También me pegaba a menudo con la correa. Le tenía miedo y prefería no decirle nada a mi madre. Cuando ella me preguntaba, yo callaba y él le respondía que me encontraba mal. Así fueron pasando los años, hasta que mi madre empezó a sospechar y habló con los señores de la casa donde trabajaba, que tenían amistad con una monja de la Casa Provincial de Caridad, para encerrarme en un colegio.

En 1952 me internaron. Estuve con las monjas hasta los catorce años. Era un colegio de pobres, de separados, donde nos daban sopas de «matalassos».* ¡No sabía catalán pero esa fue la primera palabra que aprendí! ¡Parecía agua caliente con algunos trozos de pan! Las monjas fueron muy malas conmigo, me pegaban golpes, incluso puñetazos. En esa época no sabía hablar bien, lo hacía tartamudeando, me comía las palabras. No había ido nunca al colegio y me comportaba como si fuera una niña pequeña. Las otras niñas que ya habían aprendido a leer y escribir me insultaban. No tenía nadie con quien hablar. Venía del pueblo y es como si no supiera nada. Las monjas siempre me hacían salir a la pizarra y yo nunca sabía responder. Lo pasé muy mal en el colegio. ¡Después aprendí incluso un poco de francés! Todavía, cada mañana cuando rezo lo hago en francés. También me enseñaron a coser. Me acuerdo que cosíamos todas las niñas en una sala y yo, mientras cosía me acordaba de las cosas, me sentía sola, sin amigas... En la escuela nos obligaban a confesarnos todos los días y, cuando me tocaba a mí, ¡yo nunca sabía qué responder! ¿Qué podía confesar? ¡Si no podíamos hacer nada! Luego, decía que había desobedecido las reglas... El colegio me parecía una cárcel. Sólo salía durante unos días por Navidad y durante el verano, pero prefería estar allí que en casa con mi padre. Mi padre nunca vino a verme a la escuela, en cambio mi madre venía una vez al mes y las monjas siempre amenazaban con que si te portabas mal no me dejarían tener la visita.

Cuando tuve catorce años se crearon los Hogares Mundet y trasladaron allí el colegio, pero estuve poco tiempo, porque mi madre decidió sacarme. Cuando salí del colegio ya era mayor y ya había tenido mi pri-

* Colchones.

mera menstruación. Mi padre, cuando volví me ofrecía cosas y me decía: «¿Vamos?», y yo me negaba sobre todo por miedo a quedar embarazada. En esa época empecé a trabajar en la sastrería de los Pellicer en el barrio del Eixample, y no tardé mucho tiempo en conocer a mi esposo. Me acuerdo que era el día de San José y celebrábamos el santo de mi padre y de mi hermano mayor que había venido a visitarnos. También estaba con nosotros una amiga mía mayor y después de cenar me dijo: «Rocío, ¿por qué no te vienes? ¡Vamos al baile!» Yo tenía catorce o quince años y era muy ingenua. Fuimos al baile y allí conocí a Pedro, mi marido. Nos llevábamos diez u once años. Nos vimos algunas veces y empezamos a ser novios. Yo tenía muchos reparos en decirle que no era virgen, porque en aquella época la mujer que no era virgen, no se casaba. Dudé acerca de cómo contárselo, pero finalmente decidí decirle la verdad sobre mi padre. Le pedí que no contara nada a nadie y le dije que sí, que me quería casar con él. Entonces estuvimos medio año de noviazgo, viéndonos, y nos casamos, aunque como no teníamos dinero, nos fuimos a vivir con su madre.

Mi suegra solía regañarme todo el tiempo y, como lo sabía porque su hijo se lo había contado, me reprochaba la conducta de mi padre. Me decía que yo tenía que empezar a ganar dinero para ayudar en casa, que su hijo estaba enfermo y no podía trabajar, y que me tocaba a mí hacerlo puesto que me había casado con él. Mi marido era bueno, pero era un vago. Hacía... de proxeneta. Él nunca trabajó, ni quiso hacerlo. Simplemente ganaba dinero con algunas mujeres que trabajaban de prostitutas bajo su protección. Con todo, no teníamos suficiente y, como a mí me gustaba la música, empecé a cantar y a bailar en algunos bares, y a trabajar de camarera. Mi marido me llevó por todos los bares de ahí abajo. A veces se quejaba de que hacía poco dinero y me decía que con el cuerpo que yo tenía podría estar ganando mucho más. Pero yo no quería hacer de puta. Cuando trabajaba en los bares tenía que «alternar» porque si no los clientes no te invitaban a copas. A veces tenía que ir con ellos al reservado y dejar que me tocaran un poco, pero aunque las he pasado muy duras, nunca hice de puta. Mis compañeras me decían que era tonta, que debía aprovecharme de mi tipo para trabajar y poder vivir sola, pero yo... Me salieron novios, algunos con dinero, pero yo siempre me quedaba con mi marido. Me había acostumbrado tanto que me encontraba a gusto con él. Creo que me obsesioné un poco con él y nunca aproveché otras oportunidades que me salieron.

A los veintidós años quedé en estado de mi primera hija y dejé de trabajar. Una y otra cosa hizo que las relaciones con mi suegra fueran cada día peor y, una vez tuve la niña, mi madre me buscó un pisito de un solo cuarto y me trasladé allí sola con mi hija. Compré una máquina de coser y hacía sobre todo pantalones. Al final, un amigo de mi hermano mayor, que lo había dejado la mujer, me dijo si quería juntarme con él y cuidar a sus dos hijos, uno de cinco añitos y otro de seis. Yo tenía veinticuatro años y él casi cuarenta, y nos juntamos, pero tampoco salió bien. Él me puso un piso donde vivíamos juntos: él trabajaba y yo cocinaba y cuidaba a los niños de ambos. Íbamos mucho al teatro al Paralelo y al final me quedé embarazada. Tenía mucho miedo que mi marido se enterara y aprovechara para quitarme la niña. Así fue como me llevó a un médico amigo suyo que vivía por las Ramblas y, mientras me estaba practicando el aborto me dijo: «¡Si llego a saber que es de tres meses no te lo hago». Ese día estuve a punto de morir. Volví sola a casa, no sé todavía cómo, porque el médico me dijo que tenía que hacer reposo y beber mucha agua. Vinieron entonces mi cuñada y mi hermano a casa y, al verme, me dijeron: «¿Pero qué te pasa Rocío?» Les respondí: «¡No lo sé!» Estaba toda empapada de sangre. Me llevaron al hospital y claro, me preguntaron qué había pasado. Yo no les dije nada. No les dije el nombre del médico para no comprometerlo. Tuvieron que ponerme mucha sangre y entonces me ví entrar llorando a la madre de mi marido que gritaba: «Ay mi niña que se quedó sin su padre y ahora sin su madre». Ya me daban por muerta, incluso vino un cura a darme la extremaunción, y nadie sabía que todo era por un embarazo. Tras ese episodio volví otra vez a vivir con mi marido y empecé a trabajar fregando habitaciones en un hotel. Me levantaba a las cinco de la mañana, hacía la comida de los niños, me iba a trabajar, volvía, les daba la cena, los acostaba y algunas noches me iba a cantar a bares. De esa época guardo una fotografía en la que salgo ataviada como Cleopatra, con el pelo muy estirado, casi desnuda. Era guapa y me salían muchos pretendientes, incluso médicos.

Mi padre en esa época había mejorado y se había convertido en gestor de una empresa importante. Pero nuestra relación había cambiado. Venía a menudo a mi casa a comer y un día que se acercó a mí, mientras estaba en la cocina pelando patatas, me giré hacia él con el cuchillo y le dije: «Mira papá, te voy a decir una cosa: cuando era pequeña no pude defenderme pero como ahora me toques, te clavo el cuchillo y te mato». El se quedó asustado y seguí diciéndole: «¡No te pases, que te mato! ¡Así que no intentes tocarme y vete por donde has llegado!» Ésa fue la última vez que

lo intentó. Mi madre, la pobre, era muy bonita y estaba muy enamorada de mi padre y claro, sufría muchísimo porque estaba siempre celosa. Entonces no lo comprendía, ahora sí porque mi padre siempre andaba con una mujer u otra. ¡Era su obsesión! Al final, mi padre murió de cáncer de páncreas. No sentí lastima, más bien pensé: «¡Que le den por el culo!» En realidad, me puse muy contenta, porque eso representaba un descanso para mi madre, aunque poco después, ella se quedó ciega. Así, empezamos que yo la cuidaba y ella me daba algún dinero a cambio, en vez de pagar una enfermera.

En ese tiempo Concha, una amiga mía que tenía un bar y vivía en la costa, me dijo: «¿Por qué no te vienes con tu niño una noche, el fin de semana? En el bar vienen muchos ingleses, muchos extranjeros y a esa gente les gusta mucho el cante flamenco. Tú eres guapa y bailas muy bien, así te ganarás un dinero más.» Como a mí me gusta mucho cantar y bailar, me puse a trabajar en su bar que llevaba conjuntamente con un inglés, y el sábado me quedaba en su casa. Allí conocí a James, un inglés que trabajaba de camionero. Tendría unos treinta y tres años y yo cuarenta. Se fijó en mí y vi que manejaba dinero. En esa época, tuve que ingresar a mi madre en una residencia ya que se había quedado totalmente ciega por una subida de azúcar. Tenía miedo de que me sucedería a mí cuando ella muriese porque ya no dispondría de ningún dinero. Así que cuando conocí a James, pensé: «Si éste me dice que me caso, me caso». Él sólo estaba conmigo los fines de semana porque el resto del tiempo se iba con el camión hasta Alemania. Iba y venía cada semana del puerto de Barcelona, hasta Hannover. Cuando estaba aquí conmigo, casi siempre estaba borracho. Era feo y tenía unos dientes que parecían un cementerio. Pero yo iba a por el dinero, y para que no les faltara nada a mis hijos. James se enamoró de mí, me propuso casarnos y lo hicimos en Inglaterra. Yo todavía no estaba legalmente divorciada en España, solamente separada, pero tampoco quería hacerlo. Él tampoco lo estaba, pero yo se lo impuse como condición.

Cuando me casé con James mi hija tenía unos veintidós años y todavía vivía conmigo pero, al poco tiempo empezó a trabajar de modelo y se fue de casa a los veintitrés años. Poco después de que ella se hubiera ido, mi marido, enfermo de cáncer, murió. Para mi hija, pero en parte también para mí, fue difícil. La verdad es que él nunca nos maltrató, jamás. Y si venía borracho, pues se acostaba. A veces sí que me decía que eres una inútil, o que no sirves para nada, pero nunca dejó de ser mi marido y, aunque fuera

un vago, nunca me pegó, a diferencia de James, que cuando venía borracho me pegaba unas palizas tremendas con la correa.

Cuando mi marido murió estaba viviendo con otra mujer en una de aquellas calles del centro que entonces ni los taxistas entraban. Estuve junto a él cuando murió. Estaba tirado en el suelo, en un colchón, mi hija se encontraba a su lado con la mano tendida. Mi marido, que siempre había sido un tipo guapo, alto, se quedó con cuarenta kilos, tenía un aspecto irreconocible. Mientras él se moría en la cama, la «fulana» suya iba diciéndome de todo. Estuve aguantando porque mi hija me pidió que fuera con ella y porque él todavía era mi marido. Yo no iba a reclamar nada de él porque, de hecho, él nunca se hizo cargo, por ejemplo, de mi hijo pequeño. Entonces le dije a mi hija: «Tu padre está respirando mal, cariño, siéntalo un poco...» Y fue levantarlo y se quedó muerto, con la mano de mi hija agarrada a su mano que se le había quedado dura y no podía quitársela. Una escena horrible: mi hija llorando, la fulana gritando... Había un pajarito en una jaula y ella lo abrió y le dijo, como si hubiera perdido las entendederas: «¡Vuela pajarito como mi amor! ¡Vuela!» Entonces empezó a insultarme, me acusó de que yo había ido ahí para buscar la cartilla. Le respondí: «Mira, yo no vengo a buscar la cartilla, pero si se comprueba que te corresponde a ti la paga, por los ocho meses que has estado con mi marido, te la daría... Pero tengo tres hijos de este hombre y era mi marido; y la paga me corresponde a mí. Luego de la muerte de mi marido, mi madre empeoró y también murió con mucho sufrimiento.

He pensado varias veces en suicidarme, en quitarme la vida. La última vez fue cuando estaba con el inglés. Cuando me casé con él se pasaba todo el día bebiendo jarras de cerveza y llegaba borracho perdido todos los fines de semana. Teníamos broncas continuas y mis hijos se encerraban en la habitación sin salir. Entre semana, todas las noches me llamaba para controlarme. A veces llegaba a casa como una cuba y se meaba encima. Cuando me pegaba yo callaba, porque no quería que me oyeran las vecinas, ni mis hijos. Me maltrataba y yo le puse muchas denuncias; una vez en la jefatura de policía me preguntaron por qué aguantaba las palizas. Les respondí que a veces es porque no tienes dinero, otras porque no quieres escándalos o porque tienes dos hijos en la habitación. No hicieron nada. Nunca hacen nada.

Poco después de casados, un día, al hacer el amor empezó a arañarme el cuerpo. A mí no me gustaba que lo hiciera, pero él me dijo: «Mira, he visto por la tele que hay mujeres que atan a los hombres pegándoles, y

cosas de estas, creo que me gustaría». Me traje de Inglaterra unas botas y un corsé, y me dijo que yo tenía tipo de «mandona». Me hacía ponerme el pantalón, con los pechos fuera, igual que una puta, y me pedía que le pegara, que le atara las manos, que le insultara. Primero lo hice para evitar que se enfadara y me pegara él a mí. Luego me di cuenta que era de esos hombres que si le haces el amor «normal» no pueden y, en cambio, le pegaba palizas, patadas y eso y se ponía como loco. Hasta que un día le dije: «no quiero seguir haciendo el amor así, no quiero ni que tú me pegues, ni yo a tí». Así que cogí el traje y lo tiré a la basura.

Mi vida con él fue un calvario. A veces le acompañaba con el camión. Un día me llevó a un club, allí me presentó a dos chicas con las medias rotas y me dijo que se había acostado con ellas, discutimos y se marchó con el camión. Eran las doce de la noche y me dejó tirada en el club. No sabía como volver, hasta que un camionero se ofreció a llevarme de vuelta, pero en vez de acompañarme, me condujo a un descampado y me violó. Luego James me encontró, yo pensaba que se liaría a puñetazos con el otro camionero, y, en cambio, me llevó a su camión y me pegó a mí. Estuve tres días fuera de casa para que mis hijos no vieran qué cara me había dejado tras apalizarme. Luego volví a casa, y aguantaba, porque prefería aguantar su visita cada fin de semana, por el dinero. Él ganaba mucho, conducía un camión internacional. Pero a mí me daba lo justo, porque se gastaba la mayor parte en bebida y en jugar a las máquinas.

James me amenazaba: «Tú nunca me vas a dejar, porque si no yo te mato», le veía capaz, incluso de quemarme el piso. Y por miedo aguantaba, aguantaba. Yo siempre procuraba ir a cenar con él, porque si no, cuando iba solo volvía borracho perdido. Así mis hijos estaban solos en casa y disponían de mayor libertad. Otro día, salimos y empezamos a beber. James podía tragarse catorce jarras de cerveza, aunque meara y meara, era capaz de bebérselas. Me sentí mareada y decidí volver a casa, me puse en la cama. Luego, llegó acompañado de una travesti que había encontrado por la calle. Quería que hiciéramos un trío, pero a mí esas cosas no me gustan y al final me fui al balcón, mientras los dos hacían el amor en la cama.

Aguanté mucho tiempo todo esto hasta que mi hijo mayor se empezó a pelear con él cada vez más fuerte hasta que un día llegaron a las manos. Yo tuve mucho miedo que lo denunciara y más porque él me amenazaba siempre con que nunca se separaría de mí. Era fin de semana y James dijo que tenía hambre y se fue a buscar un pollo asado. Cuando volvió, estaba borracho perdido y empezamos a discutir. Me tiró el pollo por encima, las

patatas, el reloj del comedor... ¡Todavía me quedan señales! Entonces mi hijo pequeño intervino y empezó a llamarlo maricón y que si quería bajarse los pantalones. Se pelearon y al final, menos mal que cogió la bolsa y se marchó. Yo podía aguantar todo, pero no estaba dispuesta a que insultara y pegara a mi hijo. Hace dos años que se marchó y que yo me quedé sin un duro.

Entonces me ayudaba mi hijo, pero no tenía trabajo fijo y me encontré sin nada. Me fui a casa de mi hermano, que siempre me dice que lo hago todo mal. Le llamé para que me pagara la luz, los gastos. Estaba desesperada, me fui a ver la asistenta social del barrio y le comenté que estaba sin trabajo; me dijo que su función no era pagar los gastos ni buscarme empleo. Le supliqué que me ayudara, pero ella ni caso. Mi hijo no tiene ni para comer, mi otro hijo y mi hija trabajan, pero no ganan suficiente. Muchas mujeres aguantan a los maridos por el tema económico. Si la juventud no tiene trabajo, ¿cómo puede encontrarlo una persona de cincuenta y ocho años? No puedo trabajar, tengo sólo el PIRMI.⁷ Ahora estoy viviendo con mi hijo pequeño, pero si se enteran me quitan el PIRMI. Por ello, mi hijo no puede empadronarse, ¿dónde le mandaran las cartas?, ¿qué dirección pondrá en el carnet ahora que tiene que renovarlo? Cuando le pedí consejo, la asistenta me respondió que yo me puedo ir a vivir con mi hijo donde quiera pero, ¿cómo pueden vivir dos personas pagando un alquiler, los gastos y la comida con mis trescientos euros de PIRMI y los trescientos euros de nómina de mi hijo?

Me dirigí a una abogada de oficio para denunciar a James y conseguí que le pidieran ciento cincuenta mil pesetas para mí, porque hemos estado dieciséis años juntos, y él ha trabajado veinte años en Inglaterra, por lo que me corresponde otra paga cuando muera. Sé que la Guardia Civil está buscándolo. Ahora estoy amenazada y dice que me va a matar, pero de momento no sé nada más de él. Cuando se fue él, vendí mi anterior casa y me compré una casa nueva, no tengo ni un duro, pero para mí lo más importante era comprarme una vivienda. Tengo problemas de salud por el

2. PIRMI: Programa Interdepartamental de Renta Mínima de Inserción. El PIRMI consiste en la concesión de una renta mínima por parte de los poderes públicos, a aquellas personas o familias que se encuentran en una situación de pobreza o marginación. La finalidad principal del programa es la integración social y la inserción laboral.

azúcar y eso me recuerda a lo que pasó con mi madre. Ahora me puse a régimen y he perdido quince kilos. Me estoy cuidando porque no me quería poner enferma. La salud es lo único que tengo.

Por las noches me siento delante de la tele, veo todo lo que hechan. No necesito ningún hombre, pero a veces me siento sola. La asistenta social me dijo que a partir de ahora cada mes tengo que devolver veinte euros, que supuestamente he cobrado de más. No lo comprendo. Estoy cobrando una pensión de trescientos euros y me quieren quitar veinte. Mi hija trabaja en un bar y paga ciento veinte mil pesetas al mes por el alquiler. Mis hijos trabajan mucho, los sábados ella trabaja con su hermano hasta las cuatro de la mañana para ganarse un dinero de más. Después vuelven juntos con un taxi que lo pagan con las propinas. Los días de cada día mi hija vuelve a las seis de la tarde y viene a buscarme a la plaza donde estoy con sus hijas. Me ofrece un café con hielo y me dice que ya me puedo ir. Si le diera dinero no haría tanto por ella como cuidándole las niñas.

MUJERES DE PAPEL MACHÉ

La primera sensación, leyendo las historias de Rocío y Ana María, no puede ser otra que una combinación entre tristeza, desconcierto, enfado, emociones ampliadas y complicadas por un trasfondo de impotencia. No cabe duda de que se trata de dos historias paralelas en las que aparecen prácticamente todos los elementos más crudos de las prácticas de dominio heteropatriarcal: violaciones infantiles, malos tratos en la pareja, abnegación y sacrificios extremos para la defensa de los hijos, explotación laboral generizada,³ explotación sexual... Abusos que, además, se desarrollan en un contexto de violencia generalizada, de «familias desestructuradas», de allegados que abusan de sustancias (en concreto alcohol y droga) y, por supuesto, de extrema pobreza. Están presentes todos los elementos para poder construir a estas mujeres como estereotipos de la exclusión enmarcando sus experiencias de vida en la casuística de la excepcionalidad, otreizándolas⁴ e infantilizándolas.

Así, sería muy fácil llorar de modo solidario con ellas y sentirnos a la vez aliviadas en cuanto nos podemos considerar a salvo de los dramáticos episodios vitales a los que ellas están, supuestamente, sumisas. Sin embargo, sin negar las dificultades y las injusticias en las que Ana María y Rocío se han visto involucradas, creo importante intentar, en este contexto, salir de este análisis

3. Se usa el termino generizado para definir aquellos procesos que se constituyen de manera diferencial según los géneros a los que se refieren, o sea, que (re)producen discriminaciones de género.

4. Otreizando: creando al otro como algo distante y diferente de un supuesto nosotros que se constituye como la normalidad en base a la cual podemos evaluar las demás. Por una crítica a la otreización en las ciencias sociales Biglia B., San Martín C. (2005), «La creació de l'altra en la investigació psicosocial», pp. 35-46, en *Investigació Recerca Activista i Moviments Socials*, El viejo topo, Barcelona.

fácil y superficial, apuntando brevemente tres líneas alternativas de reflexión a manera de semillas que, quizás, encontrándose con las fértiles imaginaciones colectivas de las lectoras, broten en prácticas de transformación social.

La primera reflexión quiere resaltar que las experiencias que nos causan tanto dolor en estas narrativas, lejos de representar excepciones, son mucho más comunes y cercanas a nosotras de los que nos podamos creer. Algunos datos (en relación al contexto del Estado español) nos pueden ayudar en este camino.

Miremos así en un primer momento los datos relativos a la «pobreza» que tendemos a considerar como algo muy poco presente en nuestra sociedad: el 10% de la población vive por debajo del umbral de pobreza (HDR, 2004)¹⁰ y la pensión de minusvalía es de poco más de doscientos ochenta y ocho euros al mes (2005).

Estos datos están relacionados con la situación laboral generizada presente en nuestro país: la tasa de paro de las mujeres sigue doblando a la de los hombres (INE, 2005)¹¹ y, en concreto, el 31% de las madres que cuidan solas de sus hijos están en paro o inactivas (2004).¹² Además la diferencia salarial de género a iguales características era en 1995 de un 18,22%, obviamente en detrimento de las mujeres.¹³

Por lo que concierne a la violencia de género, los datos son como mínimo escalofriantes: en el año 2004, ciento nueve muje-

10. Fuente: Human Developed Report (2004), http://hdr.undp.org/statistics/data/country_fact_sheets/cty_fs_ESP.html.

11. La tasa de paro femenina en el Estado español es del 15%, la masculina del 8,2%: INE (2005), *España en cifras*, disponible en: <http://www.ine.es/produser/pubweb/escif/escif05.htm>.

12. Explotación de datos del INE por el Instituto de la mujer <http://www.mtas.es/mujer/mujeres/cifras/tablas/W10bis.XLS>.

13. Fuente: Ricardo Aláez Aller, Miren Ullibarrí Arce (1999), *Discriminación Salarial por sexo: Un análisis del sector privado y sus diferencias regionales en España*, Universidad Pública de Navarra, Departamento de Economía.

res han muerto por violencia de género,¹⁴ los delitos conocidos de abuso, acoso y agresión sexual han sido de seis mil ochocientos veinticinco,¹⁵ no obstante se estima que el número de las violaciones no denunciadas sea mucho más alto (especialmente las que se desarrollan en el ámbito familiar). Aunque podamos pensar que esto afecta a colectivos determinados, las investigaciones muestran con claridad que no hay patrones económicos o culturales que aumenten el riesgo para una mujer de sufrir violación o maltrato por parte de su pareja o familiares; todas somos susceptibles de estar involucradas en estos episodios.

Finalmente, investigaciones recientes muestran cómo las mujeres tienen mucha más probabilidad de recibir tratamiento psiquiátrico explicando al médico los mismos síntomas que los varones. Al mismo tiempo las mujeres que sufren violencia por parte de familiares tienen mucha probabilidad de ser psiquiatrizadas y etiquetadas como *borderlines*,¹⁶ así las violaciones que han recibido se pueden considerar producto de sus fantasías enfermas. Las discriminaciones de género siguen vigentes en la legislación que, por ejemplo, marca diferencias en relación al patrimonio en las parejas casadas y hace que las mujeres con permiso de residencia por acercamiento familiar sean completamente dependientes de sus maridos y no se puedan defender en caso de violencia.

14. Análisis de la Red feminista contra la Violencia de género basada en informaciones aparecidas en los periódicos: <http://www.redfeminista.org/searchnoticias.asp?id=agresexual2004>.

10. En este dato no se incluyen las denuncias en el País Vasco, en Girona y en Lleida, los datos han sido elaborados por el Instituto de la Mujer en base a las informaciones del Ministerio del Interior, se pueden encontrar detallados: http://www.mtas.es/mujer/mujeres/cifras/violencia/violencia_sexual.htm.

11. El «trastorno de personalidad límite» es una categoría psiquiátrica con la que en los últimos años vienen etiquetadas muchas mujeres que han sufrido abusos sexuales. En Shaw C. (2005), «Women at the margin: me, borderline personality disorder and women at the margin», pp. 124-136, *Annual Review of Critical Psychology* 4, puede consultarse una crítica hacia los abusos que esta etiqueta conlleva.

Claramente las mujeres normalizadas (las que entran dentro de los patrones sociales construidos como normalidad femenina) que experimentan algunos de estos abusos cuando lo denuncian o se hacen curar por sus secuelas recurren a sistemas de atención privada en los que la confidencialidad es mantenida, por lo que no forman parte de las estadísticas y no llegan así a conglomerarse alrededor de ningún perfil de exclusión. Esto no significa que estén alejadas de las experiencias de Rocío y Ana María, sino que los factores en base a los cuales se mantiene la discriminación social, género, raza, clase, edad (baja o elevada), «discapacidad» física o mental, se constituyen como potenciadores de riesgos de exclusión social. Así, no es de sorprender que la convergencia de múltiples factores «minorizados», «subordinados» y «excluyentes» aumenten el riesgo de exclusión social.

La segunda reflexión que quiero presentar tiene la finalidad de hacer aflorar las múltiples tomas de agencias¹⁷ de Ana María y Rocío en el curso de sus trayectorias vitales, que podrían pasar desapercibidas en una lectura rápida de sus narrativas. Las feministas que trabajan con sobrevivientes de violencia doméstica subrayan cómo el silencio que éstas pueden mantener por años y el que no se separen de sus parejas no puede ni debe ser leído como expresión de pasividad, ya que es, en la mayoría de los casos, una decisión entre las pocas opciones disponibles en un momento dado. Así, en las narrativas propuestas podemos notar cómo, lejos de ser sujetos frágiles, estas mujeres, ante cada uno de los golpes que han ido recibiendo, han sido capaces de re-empezar, re-construirse, re-definirse, re-inventarse, para sí y para las personas de las que se hacen cargo. Por supuesto no quedan indemnes y llevan marcas evidentes en sus cuerpos de cada uno de los abusos vividos, pero siguen luchando con una fuerza y

17. Con la expresión toma de agencia nos referimos al proceso de re-apropiación de las propias potencialidades de actuación. Todos sabemos y podemos hacer muchas cosas, pero a menudo estas capacidades quedan ensombrecidas; retomar las propias agencias implica por lo tanto volver a conducir las propias acciones, pensamientos, etc.

una perseverancia realmente encomiables. Esto no hace de ellas unas heroínas, ni tampoco unos personajes ejemplares, pero nos muestra su vitalidad y debería sernos suficiente para entender que, en lugar de decidir sobre y para ellas deberíamos escuchar sus gritos de revuelta y caminar a su lado.

La tercera y conclusiva reflexión recoge las inquietudes presentadas en los puntos precedentes que me llevan a interpelarme sobre la influencia que nuestro trabajo social tiene en la constitución de la exclusión. Considerando a estas mujeres como excluidas, ¿no las estaremos excluyendo? Diseñando políticas para su integración, ¿no seguimos infantilizándolas y arrebatándoles agencia? En el intento de «darles voces», ¿no estaremos acallando sus gritos?

Aquí encontramos el irresuelto problema ético de cualquier investigación e intervención social: ¿cómo no apoyar la existencia de discriminaciones y exclusiones por omisión de intervención y por otra parte no re-crear o reforzar estas mismas discriminaciones y exclusiones con prácticas infantilizantes?

Barbara Biglia
Doctora en Psicología

Contexto de la entrevista

Tardó un poco en abrir la puerta. Primero se oyó el roce de la mirilla, una voz insegura me preguntó quién había y, después de estar segura que la desconocida era la persona que la semana anterior había llamado para hablar con ella, abrió la puerta. Me hizo pasar en el piso cuyo comedor no dejaba casi espacio para el pasillo. Cuando entré ella estaba terminando de fregar y, por este motivo —dijo— las ventanas estaban abiertas de par en par. A pesar de ello no las cerró en las dos horas que duró la entrevista. Cojeando ligeramente y apoyándose en una muleta, me ofreció sentarme en la mesa del comedor. Ella se sentó a mi lado satisfecha de tener visitas y de poder hablar con alguien. Pasaba de un tema al otro sin detenerse demasiado en ninguno de ellos y así fue como supe que tenía un hijo de siete años de un hombre que, al saber que ella se había quedado en estado, la había abandonado y ya no se habían visto más.

Ana María tenía muchas ganas de hablar, de comunicarse, de contar cosas de su vida. Como mi presencia allí era precisamente para que nos contara detalladamente sus vivencias personales, me vi en la obligación de interrumpirle para contarle de nuevo el motivo de la entrevista (ya lo había hecho brevemente por teléfono) e invitarla a seguir narrando su trayectoria pero desde un principio. Fue precisamente en este momento que se le congelaron las palabras y las dudas, que hasta entonces no habían estado presentes en su conversación, la asaltaron y se manifestaron abierta y explícitamente. Tenía miedo. Sí, tenía miedo, mucho miedo de que su marido la encontrara, que el resultado de nuestra conversación llegara a oídos de su marido y, por eso, no quería continuar. No tenía ningún inconveniente en contarme a mí personalmente todo lo que había sufrido, pero hacer una entrevista y que ésta pudiera ser grabada y, por lo tanto, saber que sus palabras saldrían de las cuatro paredes, le daba pánico. No quería continuar, pero tampoco dejaba de contar aspectos y anécdotas de su propia vida por necesidad y quizás para justificar su cambio de actitud... Finalmente, después de mucho rato de hablar sobre el miedo, la entrevista, nuestro trabajo y sobre todo después de haberle asegurado su anonimato y el de toda la entrevista (lugares, personas, etc.), accedió a hacerla.

Ana María es una mujer pequeña, delgada, de pelo oscuro y ojos penetrantes. Ella ha criado tres hijos que tuvo con su marido, y

uno de siete años de otra relación que empezó después de que ella se hubiera escapado del domicilio marital. El padre del hijo pequeño desapareció de la vida de Ana María tan pronto supo que ella estaba en estado.

La entrevistada vive en un segundo piso sin ascensor. Los años de trabajo, los maltratos físicos y psíquicos recibidos durante muchos años de su vida y el hecho de haber criado cuatro hijos son factores que han contribuido a deteriorar mucho la salud de Ana María. A pesar de que su cara no denote para nada un envejecimiento mayor de lo que le corresponde por su edad, su salud está muy resentida, tanto que hace más de un año que está de baja y, aunque ella no lo sepa, quizás no podrá trabajar más. Dijo que tenía multiesclerosis, sin ser consciente ni de qué enfermedad se trata, ni de que es degenerativa. Por ello anhela el momento en que su cuerpo le permita ir a trabajar. Necesita trabajar, arguye, porque no tiene suficientes ingresos económicos. Se levanta e insiste en que mire la nevera: casi no hay nada.

La entrevista fue dura. De vez en cuando el llanto de Ana María impedía comprender lo que decía; otras veces ese llanto la paralizaba. No lo pidió, pero interrumpimos un par de veces la narración, para que pudiera respirar, para que se calmara. Fumó un par de cigarrillos con el objetivo de distraer los nervios pero sólo lo conseguía puntualmente. En los momentos más tensos de la narración se hicieron preguntas o comentarios de temas que la pudieran distraer. Cuando hablaba de lo mal que lo había pasado en su vida conyugal se veía que vivía aún con gran intensidad las escenas que había sufrido. En más de una ocasión insistió en mostrarme alguna parte dañada de su cuerpo por los maltratos del marido.

Narración de Ana María

Estoy separada de mi marido, él hace su vida y yo la mía. Tengo cuatro hijos. El primero tiene veintisiete años, el segundo veinticinco y los dos están casados. La tercera es una chica, de veinticuatro años y está «juntada». El cuarto tiene sólo ocho años. Los tres mayores son de mi marido y el pequeño es de otra relación. ¡Es la primera vez en cuarenta y cuatro años que estoy explicando mi vida! No podía decirle a nadie que mi marido me pegaba, porque todavía me hubiera

pegado más. Siempre callaba. No aguanté por miedo, sino porque tenía dos hijos pequeños. Cuando crecieron, uno iba a hacer catorce el otro trece, los dejé a mi suegra y escapé. Hui a otra ciudad. Durante seis o siete años no pude verlos, porque sabía que si mi marido me encontraba, me mataría.

Nací el 15 de febrero de 1961 en Tarragona. Allí viví toda mi infancia, pero luego nos trasladamos con mi padre a un pueblecito. Mi padre hacía de enyesador, hacía las placas de yeso: cogía platos, vaciaba un cuadrado y lo rellenaba de yeso; también enyesaba paredes. Pero nunca estaba con nosotros, siempre se iba por ahí. Dicen que se casó con mi madre por una apuesta. Mi padre murió cuando yo tenía siete años por culpa del alcohol. Recuerdo que nos pegaba muchas palizas, tanto a mí como a mi madre. Cuando venía le teníamos mucho miedo. Decía que yo era a la única que quería, pero nos pegaba a las dos. A mi hermano nunca lo pegó. Él era más pequeño. Nos llevamos dos años.

No he ido a la escuela, aunque sé leer y escribir. Tuve que dejarla en el tercer curso, porque tenía que cuidar de mi hermano pequeño. Mi madre nos crió a los dos. No sabe leer y escribir, siempre ha trabajado. Trabajaba en la limpieza, siempre limpiando, haciendo camas, planchando... Estaba asegurada, pero a parte iba pagando una pequeña cantidad de dinero para poder cobrar un poquito más para la jubilación. Ahora está enferma, han tenido que ponerle tres trozos de hierro en la cadera, porque tanto trabajo le ha provocado desgaste de huesos. Cogió una infección y ahora no puede caminar. Ha estado tres o cuatro años en tratamiento, y hace poco le cogió un dolor muy fuerte ¡tenía la cadera partida en tres cachos!

Cuando yo tenía catorce años ya estaba trabajando limpiando habitaciones con mi madre. En verano trabajábamos juntas en restaurantes. Hacíamos la temporada de verano, porque a parte de trabajar en la limpieza mi madre era cocinera. A los dieciséis años, nos fuimos a vivir a otra ciudad y allí fue donde me enamoré del padre de mis hijos. Era gitano. Me casé cuando tenía diecisiete años. Hay muy pocos gitanos que se casen con payas, ellos dicen juntarse. Me enamoré de él, entonces mi madre se había juntado con otro hombre, yo fui la última en enterarme, y no nos llevábamos bien, no me gustaba. Casarme fue una forma de salir de allí.

Pero pronto me arrepentí. Desde el principio lo pasé muy mal. La primera paliza que me pegó fue justo al salir de la iglesia. No me acuerdo

cuál fue el motivo para que me pegara, sólo que el anillo de boda se me cayó a una alcantarilla. Al poco tiempo, se fue a la mili durante un año, justo entonces me quedé embarazada. Cuando volvió ya teníamos el primer hijo. Al año siguiente me quedé embarazada del otro. Después tardé dos años en tener la niña. Ahora tengo ya dos nietos, uno del mayor, de año y medio y otra del segundo, que tiene seis años.

Al casarme me fui a vivir a casa de mi suegra. Trabajaba en los mercados vendiendo ropa. Me venían a buscar a las seis de la mañana y no volvía hasta las seis de la tarde. Me daban mil pesetas y con éstas tenía que apañarme, almuerzo, comida y cena. Tengo que reconocer que la mujer que me acompañaba en los mercados fue como una madre para mí. Me daban siempre muchas cosas: carne, pescado, otras cosas. Cada día íbamos a un sitio distinto. Tenía que mantener a mi marido, a mis hijos y a mí. En cuarenta y cuatro años mi marido no ha trabajado nunca, quizás una o dos veces. Siempre me pedía dinero, porque su madre acostumbraba a dárselo con dos o tres besos: «Toma mi hijo, toma mi hijo!»

Al principio me sentía enamorada y no pensaba en separarme. Así viví los dos primeros años de casados, pero a partir del tercer año, cuando tuve los dos niños, empezó a pegarme cada vez más. Me hacía de todo. Gritaba: «¡Te voy a matar!» Me cortó el pelo, me ataba con medias a la cama, me quemó los pezones y los brazos; también me pegaba con hierros, con palos de escoba, con los palos de cortina; todavía tengo marcas. Llegó a encerrarme durante un mes en el water. Allí comía y dormía. Durante todo un año tuvo escondida una jeringuilla infectada con el virus del sida y amenazaba con pincharme, para que no me fuera. Si íbamos a un bar, me decía: «¡Tú no mires al camarero, a nadie! Me dices a mí lo que quieres y yo se lo pido». En esa época yo era muy guapa y se juntó con una red de macarras, de gente que meten a las mujeres a la prostitución y decían que yo era muy atractiva. Entonces me obligó...

La primera paliza fuerte, fuerte que me dio, tuvieron que ponerme veinticuatro puntos en la cabeza. Fui a la comisaría para ponerle una denuncia, pero cuando volví me dio otra paliza tan fuerte que estuve tres meses en el hospital. Se me quitaron las ganas de ir a denunciarle. A mí, la policía me había visto con la cara moreteada y el cuerpo machacado, también me vieron así en los hospitales, muchas veces. Mi historial aún debe estar ahí, se puede consultar. Cuando volví a casa estaba más negra que el carbón. Tuve suerte de que estuviera mi cuñado, porque él ya tenía la goma puesta para pincharme con la aguja infectada de sida. Siempre

me vigilaba, para que no me fuera. Venía conmigo a los mercados. Tenía miedo de que me escapara, porque si huía él perdía el dinero que cada día le daba. Sin embargo sólo me pegó a mí. A mis hijos nunca les ha pegado. No sé si eso es querer, que de tanto que me quería, me quería matar. A los veintidós años me tragué siete piedras ayudándome con dos botellas de agua. Quería quitarme la vida. Estaba mejor en el hospital que en casa, estaba más tranquila. Otra vez me tiré de un segundo piso, pero sólo me torcí una pierna. Cuando tuve veinticuatro años empecé a escaparme. La primera vez fui a una ciudad muy lejos, pero mi hermano se lo dijo y mi marido vino a buscarme, me pegó una paliza, me metió en el maletero del coche y me llevó para casa otra vez. La segunda vez fui a una pensión de otra ciudad. El perro de mi hermano le dijo otra vez dónde estaba. Mi marido vino a buscarme para matarme, pero una señora me escondió. Me pasé un mes encerrada para que no me encontrara. Entré con cincuenta y seis kilos y salí con treinta y ocho. Ahora es mi mejor amiga. No lo hubiera conseguido sin su ayuda.

Más tarde, cuando mis hijos se han hecho grandes, he podido contárselo todo, las palizas, la huida. Ahora ya no le tengo miedo y puedo ponerme delante de él. Está muriéndose, le cayó toda la boca, se está quedando sin pelo. Ahora ya no bebe. Le están dando pastillas, estuvo internado en un psiquiátrico quitándose de la droga, del alcohol, de todo. Mis hijos, mis cuñadas, mis nueras están encima de él.

A mí se me quitó el miedo de golpe y porrazo un día, cuando hablé con mis hijos y les expliqué el problema, y le expliqué a mi suegra lo que me hacía su hijo, a mi cuñado, a mi otra cuñada. Mis hijos me vinieron a ver a la estación cuando hacía seis años que no los veía. Están grandes y ya han hablado con mi marido: «Antes de hacer algo a mi madre, me lo tienes que hacer a mí.» Me quieren todos mucho y también quieren a mi hijo pequeño. Dicen que tengo que juntarme con alguna persona que me quiera y me cuide.

Cuando me separé a los treinta años conocí a otro hombre, pero cuando se enteró de que estaba embarazada ya no quiso saber nada de mí. Me han salido posibilidades para juntarme, ¡pero tengo tanto miedo! El primero me daba palizas. El segundo se entera de que estoy embarazada y me deja. Me pregunto: «Y si me junto con otro, ¿qué?»

Mi hijo pequeño tiene mis apellidos, porque este hombre vivía con su mujer y no quería romper su matrimonio. Pero estoy muy orgullosa de mí misma porque me vine sin nada y he conseguido salir adelante,

si hubiera sido otra, ya estaría muerta. Soy feliz como estoy. Me siento fuerte a pesar de todo lo que ha pasado. Me siento contenta, aunque no tenga comida. Hace tres años que vivo en este piso. Primero estuve en una pensión, después fui a un piso durante seis o siete años y luego vine aquí, porque era más barato. Tengo un hijo maravilloso, que me cuida, que me quiere. Va a la escuela, ahora está en segundo. Creo en Dios y le pongo velas para darle gracias. Ahora me siento libre. ¡He estado dos años tomando pastillas para los nervios! Para no agitarme. Quizás porque estaba aquí y aún pensaba que estaba allí.

Ahora no trabajo, vivo de un PIRMI, cuatrocientos treinta y seis euros, y una ayuda para comprar las medicinas. La asistente social me ha conseguido una beca para el comedor, y este mes me facilitó unos tiquets de comida, porque mi hermano, que está enganchado a la droga, me quitó todo el dinero. Tuve que pedir prestados doscientos euros al banco por adelantado, para poder pagar el alquiler del piso y todavía debo dos recibos de la luz. Tengo la nevera vacía, porque con este dinero no puedo pagar el alquiler, la luz, el agua y cuidar de mi hijo. ¡Suerte de las vecinas que me ayudan!

Ahora tengo el problema de mi madre. El mes pasado la abrieron, y se dieron cuenta que también tenía una infección de orina, tuvieron que cerrarla a media operación. Me dijeron que todavía no la iban a operar, y de golpe y porrazo esta semana pasada la operaron. Yo no he podido ir a verla porque no dispongo ni de dinero ni tiempo. ¡Tengo que ir a la asistente que me dé vales de comida! Ahora ya se encuentra mejor. Ha estado tres meses en cama. Quiero traerla aquí para cuidarla, porque no quiere que la ingresen en una residencia. Tiene la mente bien y no quiere estar ahí, quiere estar conmigo, porque soy la única hija que tiene. Hasta ahora ha vivido con mi hermano, pero no puede seguir con él porque también le da al alcohol, como su padre, y a otras cosas, cocaína. No es malo. Las cosas como son, nunca ha pegado a mi madre. Es una persona normal, lo que pasa que cuando se junta con sus amigos, malas compañías, ¡se transforma en otra persona! Está enganchado a la bebida y a las máquinas. Sé que mi madre tiene miedo, pero también le provoca lástima. Ahora que la han operado, ya no puede estar con él. Cuando se pone agresivo, no la puede bañar, ni hacerle la cama, no le da medicinas, ni la cena, no le da nada.

Si mi madre viene a vivir conmigo tendremos que buscar otro piso, o a alguien que la ayude a subir las escaleras, porque va con caminador y no puede subir los tres pisos. Ahora tiene sesenta y un años. La verdad es que

ya no sé si son sesenta y uno o setenta y uno. Siempre ha trabajado, sábados, domingos, días de fiesta, días de lluvia o calor... para sacarnos adelante. Creo que he salido a mi madre. Ha sido una persona que siempre tuvo dinero y lo destinó todo para su familia. ¿Qué pasa ahora? Que ya no la quieren. Sus hermanos sólo la visitan y nada más. Antes la llevaban cada mes a la playa, pero ahora no, y ella se da cuenta de que estorba en todos lados.

No sé cómo explicarme lo de mi hermano. Tiene dos hijos, pero su mujer lo ha dejado. Le digo: «Mira, tú te quitas de esto y buscas un trabajo, una chica...» Lo aconsejas, es tu hermano, y quieres que vaya por buen camino, parece que te está escuchando, pero cuando te das media vuelta, ya no te hace caso! Se lo comentas otra vez, y se lo dices... pero nada.

Tengo artrosis, una lesión en el hígado y esclerosis múltiple, en invierno me duele mucho. También me fallan las piernas, a veces me caigo y tengo que andar con dos muletas, pero me operaron de las manos porque se me montaban los dedos a causa de tanto trabajar, aún se me duermen y no tengo fuerza. Si Dios quisiera que me curara, iría inmediatamente a trabajar, ¡pero no puedo! El médico me va dando los papeles de incapacidad, tengo que presentarlos a la Generalitat de Barcelona.

Tengo que tomar muchos medicamentos, unos para protegerme el estómago, otros para calmar el dolor que tengo en los pies. Ahora, me duele una muela y tienen que operarme la boca porque tengo una infección, pero solamente tomo un Nolotil. También acostumbro a tomar Diazepán y otras pastillas para dormir, me cuesta horrores. A veces también tengo que pincharme, un medicamento que lleva cortisona, pero no me gusta. No quiero pincharme, porque me deja delgada y me sale vello. Además tengo que ir a que me pinchen porque yo sola no puedo, me da mucho miedo.

Cuando vienen los ataques fuertes, no puedo levantarme. Recuerdo una mañana, cuando iba a levantar a mi hijo para ir a la escuela, pues no podía ponerme en pie. Entonces llamé a los vecinos, fueron a avisar al médico y me llevaron al centro hospitalario de urgencias y me comentaron que me tenía que pinchar.

Nunca he cogido una depresión, porque tengo un hijo pequeño y no me lo puedo permitir, nunca no he tenido que ir al psicólogo o al psiquiatra. A veces lo paso muy mal, pero lloro sola y me lo aguanto. Cuando tengo un problema me harto de llorar y pienso que mañana será otro día.

Mi marido ahora tiene una mujer y otros hijos. Ahora él quiere que yo le dé la separación, para poder casarse con la otra, pero no se la voy a dar porque éste va a ser su castigo.

CUANDO EL HOGAR SE VUELVE UN INFIERNO

La violencia doméstica durante años ha sido un fenómeno invisibilizado y sin embargo frecuente en múltiples hogares españoles. Con independencia del estatus económico, de las características étnicas, de procedencia o del nivel sociocultural de los cónyuges, los episodios de violencia contra las mujeres en los hogares, y fuera de ellos, devienen una constante del orden heteropatriarcal que relega a las mujeres a una posición de subalternidad. Hasta una época relativamente reciente, la desidia institucional, la falta de apoyo y recursos a las mujeres que padecían los abusos como fruto de una rígida segmentación entre espacio público y privado, que convertía al varón cabeza de familia en soberano absoluto una vez atravesada la puerta de los hogares, había servido para normalizar la agresividad del varón en tanto que patriarca poseedor del cuerpo y la vida de las mujeres que concebía a su cargo. No ha sido sino la movilización y la labor de denuncia constante del movimiento feminista que ha generado una mayor sensibilización social alrededor de esta temática, que se ha traducido en un cambio en las políticas públicas a partir de la apertura de comisarías de policía llevadas por mujeres especializadas en casos de violencia doméstica, la red de casas de acogida o la reciente aprobación de la Ley Integral de medidas contra la violencia de género.

Sin embargo, el tratamiento mediático de la violencia doméstica, centrado en los episodios más cruentos, puede generar el efecto de excepcionalidad de los episodios referidos, unido a una psicopatologización del agresor que invisibilice los condicionantes estructurales sobre los que se asientan las relaciones de violencia generizadas. En efecto, la lectura de las narrativas de Rocío y Pilar podría llevarnos al error de «monstrificar» los agresores considerando que se trata de episodios infrecuentes fruto de algún tipo de trastorno psicológico. Sin embargo, cabría otra interpretación, aquella que identifica en los agresores referidos

únicamente un extremo de las representaciones culturales sobre las que se asienta el orden heteropatriarcal. En ambos casos, el ciclo de la violencia doméstica no se asienta únicamente en episodios conyugales, sino que inicia su andadura en la infancia de ambas mujeres, con el factor agravante en el caso de Rocío de los abusos sexuales realizados por su padre. Por otra parte, ambas narrativas nos son útiles a fin de no homologar la violencia doméstica con la existencia de malos tratos. La sobrecarga familiar impuesta, el aislamiento social obligado, el control sobre sus vidas, la inducción a la prostitución o su cuasi-equivalente, la obligación a mantener relaciones sexuales no deseadas ya sea con el conyugue o con terceros, constituyen asimismo relaciones de violencia de género que no tienen por qué implicar la existencia de agresión física.

Por otra parte, encontramos la situación de desamparo administrativo en que se encuentran ambas mujeres. A pesar de que numerosas veces entren en contacto con la administración pública (ya sea la policía, los servicios sociales o los hospitales), en ninguna de ellas encuentran recursos que les permita romper con el círculo infernal en que se ha convertido la vida en sus hogares. Para ello tienen que recurrir a terceros, una amiga o el hijo, como puntos de apoyo que les permita romper. No podemos olvidar en este contexto que las situaciones de violencia doméstica comportan relaciones de dependencia psicológica, económica y afectiva que no pueden ser rotas sin un soporte decidido, ya sea por la administración pública, o por la red social de apoyo que en el caso de las mujeres agredidas acostumbra a ser muy reducida, debido al control y aislamiento que los varones agresores realizan sobre sus vidas.

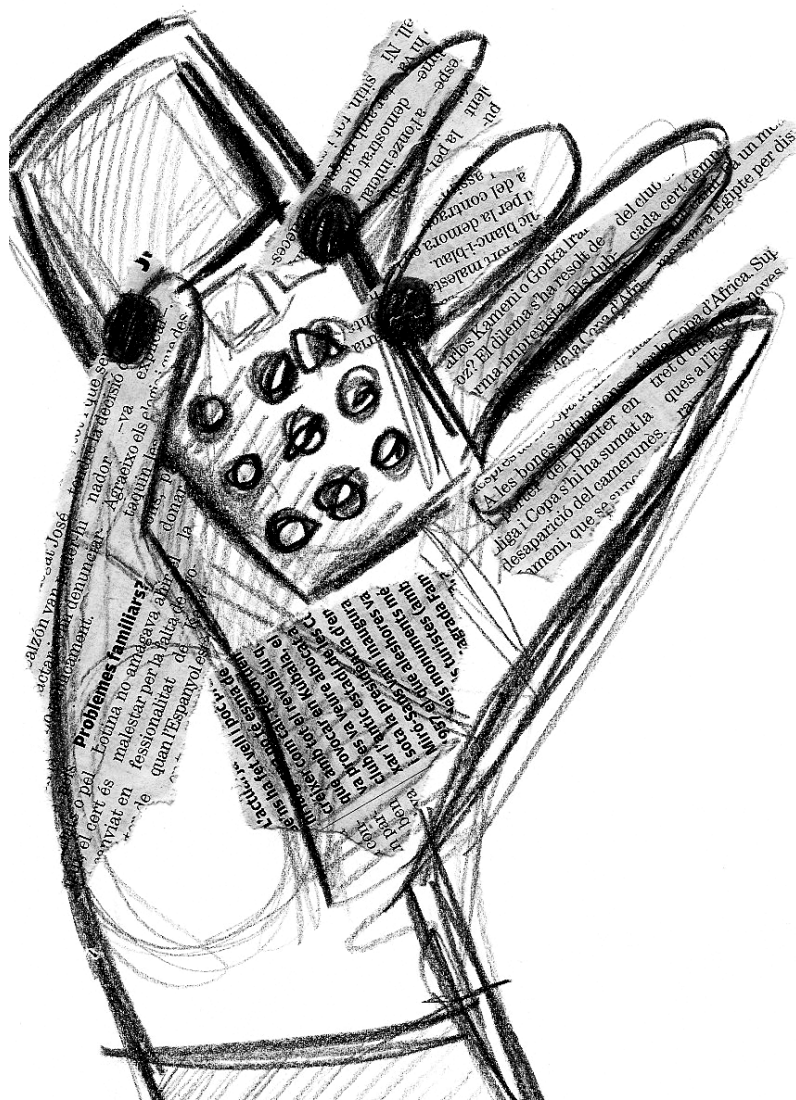
Por último, cuando las mujeres logran romper con el círculo de la violencia y librarse del yugo de sus cónyuges, se hace patente cómo la violencia en los hogares puede devenir un factor de exclusión social. Victimizadas y estigmatizadas por un orden social que bajo el constructo del afecto conyugal todavía niega las relaciones de opresión y sumisión que se producen en los hogares, con secuelas psicológicas fruto de años de una relación destructiva, con las redes sociales descompuestas y con pocos

recursos económicos para desarrollar su proyecto vital, fácilmente ingresan en las zonas de vulnerabilidad de la exclusión social.

Sólo con unas políticas activas que, más allá de las medidas penales contra los agresores, desarrollen fórmulas activas de inserción en la comunidad de las mujeres que han sufrido relaciones de violencia en los hogares, incluyendo el apoyo económico y psicosocial, así como el desarrollo de medidas preventivas entre las que se incluyan no sólo una mayor sensibilización social respecto a los patrones culturales en que se fundan las relaciones de dominación, sino una problematización de las desigualdades de género en nuestra sociedad, será posible erradicar la violencia de género y su efecto como factor de exclusión respecto a las mujeres que la padecen.

IGOP

LA ADOLESCENCIA EN RIESGO



Contexto de la entrevista

Llegamos a Viladacans un jueves de septiembre a las nueve de la mañana. Previamente habíamos establecido el contacto con el instituto a través de un familiar de una de las investigadoras. Concretamente, nos habíamos puesto de acuerdo con los dos educadores de la UAC (Unitat d'Adaptació Curricular)¹⁸ de este instituto. Después de haberles explicado el proyecto, establecimos que ellos expondrían nuestra actividad a los alumnos y que aquellos que quisieran participar, podrían hacerlo.

Manu fue nuestro primer entrevistado en el centro. Lo propusieron los mismos educadores ya que insistimos mucho en que participaran chicos y chicas capaces de hablar de ellos mismos y motivados para ello.

Como llegamos unos diez minutos más tarde, tuvimos que interrumpir la actividad que en aquellos momentos ya se había iniciado en la UAC para que Manu saliera. Él se mostró muy contento de poder perder un par de horas de clase de tecnología.

Manu, un chaval de quince años, con blanca tez y pelo negro corto, vestía una gorra gastada de color verdoso, una camiseta roja ajustada y con las mangas cortadas a la altura de los hombros, unos pantalones por debajo de la rodilla, suficientemente bajos como para dejar ver la goma de los calzoncillos que llevaba debajo, y unas deportivas con calcetines cortos.

Después de la entrevista pudimos ver cómo su retorno a clase generaba gran expectación entre sus compañeros, quienes, rodeándolo, le pedían explicaciones de cómo había ido y qué le habíamos preguntado. En aquel momento tuvimos la ocasión de intercambiar opiniones con el educador que estaba en la UAC, quien nos dio algunos detalles del carácter, la forma de ser, la situación familiar y el rendimiento escolar de Manu. Después, cuando fuimos a sa-

18. Las UAC (Unidades de Adaptación Curricular) son clases de segundo ciclo de la ESO que se hacen para aquellos alumnos que por motivos de adaptación, de actitud, de dificultades de aprendizaje, etc. se prevé que no podrán acreditar la ESO. Estas clases suelen ser impartidas por el profesorado de diversidad y la ratio de alumno/profesor es mucho más baja que en las otras aulas para poder desarrollar unos programas educativos más focalizados.

ludar y a despedirnos del otro educador, pudimos contrastar esta información.

Manu es un chico muy inteligente y despierto. Tiene una situación familiar muy difícil pero la asume, sin dejarse vencer por la angustia, los nervios o la depresión. Escolarmente entra en un período de crisis que coincide en parte con la desestructuración y la crisis familiar que lo rodea. Su situación escolar actual no responde al hecho de tener dificultades de aprendizaje, sino a una cuestión de actitudes que en determinado momento lo llevan a no seguir más los contenidos. Los profesores consideran que en el marco de la UAC, donde la relación entre profesor y alumno es mucho más cercana y se establecen en otros parámetros, la actitud de Manu ha cambiado bastante. También atribuyen este cambio a que él ha comprendido que le están proporcionando una última oportunidad para superar la ESO. Consideran que, con sus aptitudes, es perfectamente capaz de retomar la escolaridad, terminar el ESO con éxito y cursar un módulo profesional de cualquier tipo.

Narración de Manu

Aquí las cosas las arreglamos así. Bueno, primero hablas y si se pone «farruco» ¡tendrás que darle! Porque antes de que te den le das tú. Si no te puede meter un puñetazo y dejarte en el suelo. (...) Casi todos los de nuestro grupo se ponen muy nerviosos cuando les dicen algo, tenemos muchos nervios dentro. (...) La gente está muy mal últimamente... y parece que todos los problemas vengan para mi familia.

Mi madre se vino de Granada para Cataluña cuando era muy pequeña y mi padre vino de Murcia, pero yo he vivido en el mismo barrio toda la vida.

Hice la primaria en una escuela de otro barrio y me iba bastante bien, sacaba todo excelentes, pero cuando pasé al instituto me empezó a ir peor la escuela y ahora saco casi todo insuficientes. El instituto es muy diferente de la primaria, cambias de clase, de profes y te pierdes un poco. Empecé a suspender en el segundo semestre de primero, me peleé con un profe y desde ahí ya cambió todo. No aguanto el instituto, no me gusta.

Ahora estoy en la UAC, me metieron los profes ahí, era el primero de la lista. Somos ocho. Quien está ahí es porque a lo mejor no aprende, porque ha tenido problemas en el instituto, porque... Hacemos algunas clases en el aula de la UAC y luego hay otras como tecnología o gimnasia que se hacen arriba, con el resto de alumnos. A mí me gusta porque hacemos de todo, te atienden, si no entiendes algo te lo explican todas las veces que haga falta. Además en la UAC estás más a gusto, porque también hacemos jardinería, después vamos a jugar a fútbol, nos vamos de excursión. Los profes son diferentes, ¡son buenísimos! Empezamos a reír todos, como si fueran uno de los nuestros. Con los profes de las clases normales es distinto. Depende de qué profe piensa: «Este es de la UAC, éste no va a hacer nada» y no te hace ni caso, hay otros que te ayudan. Además como a mí no me gusta que me chillen, me pongo nervioso y empiezo a chillar yo también, me da igual que me echen a mi casa o me pongan alguna falta. Antes de estar en la UAC me expulsaban siempre, siete veces en un curso, cada una o dos semanas. En casa me castigaban, pero como no les hago mucho caso... Mi madre me chillaba: «¡No sales!» y a los cinco minutos ya he salido, para mi madre eso es castigarme. La verdad es que no me cuesta estudiar, apruebo sin hacer nada. Creo que me voy a sacar el graduado porque aquí en la UAC con que estés con los de la clase ya apruebas.

Cuando tenga el graduado voy a hacer el módulo de mecánica de coches y motos y uno de aquí me meterá a trabajar en un taller. Me gustaría ser mecánico porque ganan mucha pasta y me gustan los motores. Quiero ganar pasta para ayudar a mi madre y para comprarme cosas, para no gastar tanto en mi casa. Ya que me han dado la vida, pues yo tengo que ayudar a mi casa. No es normal que no se lo pague de ninguna forma. A mí me dan la mitad y ya está. Ahora mi madre me da dos euros cincuenta para tabaco cada día. Y después, depende, a veces diez euros, a veces veinte, pero todo lo que me sobra se lo devuelvo, le digo: «el cambio», aunque sea un euro.

Es que en casa vamos hasta el cuello siempre, hay veces que a final de mes casi no tenemos nada de dinero. Vivimos cinco en casa: mi hermana de dieciocho años, mi sobrino de un mes y dos días, mi madre y mi abuela que ya está muy mayor, tiene setenta y nueve me parece. Como sólo hay tres habitaciones, mi madre, mi hermana y mi sobrino duermen juntos. En cambio yo tengo la habitación más grande para mí solo, con mi tele, mi minicadena y la Play. El otro cuarto es para mi abuela. Es muy mayor, ya mismo la palma y casi no puede caminar.

Mi abuela tiene una paga y mi madre trabaja de limpieza, pero no le pagan mucho. Tiene treinta y nueve años y siempre está igual, la echan y ya tiene un curro nuevo. Es una máquina. ¡Es una madre que no hay! Hay pocas de ésas porque lo da todo por nosotros, ¡todo! Y lo pasa muy difícil para dárnoslo todo. Es lo que tienen que hacer los padres. Cuando son dos es más fácil, los dos ponen de su parte. Pero cuando es una es muy, muy difícil. Además parece que sea de hierro, no se cansa de nada. Bueno, a veces está muy cansada pero no se le nota, hace de todo. Luego se queda dormida en el sofá y no hay nadie que la levante y si la levantas se pone a chillar.

El año pasado tuvo un accidente y se jodió las cervicales porque un camión le dio por detrás. El tío le pagó, se hizo la rehabilitación, la echaron del trabajo, pero después enseguida empezó a currar otra vez, no estuvo ni una semana sin currar. A veces le duele y no puede hacer unos gestos pero está bien. Es un poquillo sufridora y a veces está un poquillo borde, sobre todo con mi hermana, conmigo no. Cuando llego a casa y están discutiendo, me meto en mi cuarto y ya está, paso de las discusiones. Entre las dos llevan todo el peso de la casa. Cuando está trabajando una, la otra atiende a mi abuela.

Ahora mi hermana está buscando trabajo. Tenía un novio y cuando estaba embarazada lo dejaron. Después, cuando él se enteró, dijo: «A mí me da igual el niño». Pues ¡qué gracioso! Ahora tiene un novio que pegó al que la dejó embarazada. Le metió, por listo, y como diga algo más de dejar embarazada, hago «¡plas!» y le cruzo la cara. Porque eso no es normal, ¡por lo menos te preocupas! Me he enterado que ya ha dejado embarazadas a dos o tres, la gente está muy mal últimamente... y parece que todos los problemas vengan para mi familia. Mi hermana no se sacó el graduado, repitió, le dio un ataque de ansiedad y lo dejó. Después ha tenido un niño y ahora está más o menos bien. Está más pendiente del crío y no se acuerda que tiene ansiedad. Ella me dice que yo tengo que estudiar, pero ya sabe que me voy a sacar el graduado.

Mi padre era paleta. La última vez que lo vi tenía nueve años. Ahora están en trámites de divorcio porque pasó un marrón. Mi padre acosaba a mi hermana y a mi prima y mi madre dijo: «¡Venga, pírate!». Se fue, pagó una multa por lo de mi hermana y mi prima, pero ahora ya no pasa ni un duro. Va a acabar mal el pavo. Yo cuando se haga el juicio, ya está, como si después se quiere morir. Le quieren pegar y de todo. Por decirte que le quieren pegar skins. ¡Imagínate! El primero voy a ser yo. Desde que se fue sólo lo he visto una o dos veces. No sé donde vive ni me importa. No

me acuerdo mucho de él, sólo que a veces pegaba a mi madre, porque yo hacía algo y mi madre se ponía en medio siempre: «Déjale al niño» y «¡plas!» le pegaba a ella. Y a mí también me metía cuando no estaba mi madre. Encima le voy a pegar con más rabia. Era un cabrón. Por eso lo quiero coger y ponerlo en el suelo y le digo: «Mira lo que te hace tu hijo, ¡ahora te mata si quiere!» Porque no hay nada peor que te pegue un hijo. Que se esconda bajo las piedras, porque cuando le enganche va a ver... Debajo tierra que está más bonito. Seguro que ahí nadie lo hecha de menos. Yo qué sé... Vida chungu. Ahora, como no lo veo estoy más calmado, pero cuándo lo vea me voy a encender y no sé lo que voy a hacer. No sé cuándo será el juicio. Se hicieron tres o cuatro y salió todo bien para mi madre y recurrió y ahora al recurrir tenemos que ir a Barcelona. Lo que salga de ahí ya no puede recurrir más.

Casi nunca estoy en casa, sólo voy para comer y para dormir. El resto del tiempo me voy por ahí con mis amigos o con mi novia. Me llevo bien con mi madre y mi hermana pero si estoy mucho rato en mi casa me agobia, me tengo que ir. Estoy en mi cuarto y mi sobrino empieza a llorar o viene mi madre y me dice no-sé-qué.

Casi cada día nos juntamos con los amigos y con la novia en las pistas de arriba. Están las vallas rotas, aunque ahora están haciendo un muro. Normalmente estamos por la tarde ahí, hasta la noche. Muchos días no ceno, porque llevo a casa y mi madre ya está dormida. Cuando estoy por ahí me llama bastante al móvil y yo le digo: «Ahora voy», y me quedo por ahí.

Algunos días jugamos. A veces vienen chicos más grandes y nos picamos con ellos, que si nos dan una patada, nosotros les damos otra. Aquí las cosas las arreglamos así. Bueno, primero hablas y si se pone «farruco» ¡tendrás que darle! Porque antes de que te den le das tú. Si no te puede meter un puñetazo y dejarte en el suelo. A nosotros si nos tocan o nos dicen algo es que nos encendemos y ya no podemos, aunque sean el doble que nosotros o el triple. Nos da igual, que nos partan la cara o que nos maten, nos da igual. Que vamos a por ellos y por lo menos un puñetazo se llevan. Casi todos los de nuestro grupo se ponen muy nerviosos cuando les dicen algo, tenemos muchos nervios dentro... Yo me he encontrado en varias peleas: una vez vinieron veinte contra mí para quitarme el móvil, y es éste que tengo en el bolsillo, no pudieron. Y otra vez vinieron unos ecuatorianos con palos pero se rajaron. También un policía me llevó un día a comisaría por llamarlo hijo de puta y encima me metió un cate. La próxima vez se lo doy yo o le quemo el coche.

En el instituto mi primo, que también está en la UAC, y yo somos los más durillos. Vamos por el pasillo: «Dame un chicle», «Toma»; «Dame un euro», «Es que no llevo», «Ah, vale». Cosas así, todo el mundo nos conoce y hablan de nosotros. A mí me da igual, si hablan de mí, que hablen bien y si hablan mal que me lo digan a la cara, aunque sean más grandes. Si me levantan la mano se la bajaré yo. Siempre igual.

El fin de semana a veces también voy a ver cómo mis amigos juegan al fútbol. Otros días vamos a algún lado, a veces vamos a una discoteca, pero entrar vale cinco euros, dentro tomar una cerveza, tres, un cubata, cinco. Si uno de nosotros no tiene pasta, no vamos nadie y como el dinero nos lo dan los padres porque aquí nadie de nosotros trabaja... Bueno, alguno sí que trabaja en verano. Mi primo, por ejemplo, con su cuñado de fontanero, otro va con su padre a currar.

Yo no bebo. Lo he dejado todo desde que tengo la novia, porque me siento mal que vaya ahí todo bebido, todo fumado con mi novia. Ella a veces también bebe, muy pocas veces, cuando yo le digo: «¡Venga, toma!». En primero de ESO empecé a fumar porros, pero ahora ya no, aunque sí que fumo tabaco desde sexto, empecé con once años. No se nota eso de fumar. Voy andando y no me canso y llego ahí y me pongo a jugar a fútbol. De mis amigos tampoco ninguno se quiere meter nada, por si les pasa algo, porque te metes una seta mala o una pastilla mala y ¡venga! La coca es diferente, no es tan peligrosa. Y con los porros lo único que te puede pasar es que te quedes blanco, pero te mojan un poco con agua y ya se te pasa.

Mi novia viene con nosotros casi siempre, en el grupo somos casi todo chicos menos cuatro chicas. La conocí hace un año y algo y en dos días más ligué con ella. Yo tenía otra novia, la dejé y me fui con ella. ¡Soy un ligón, hombre! Ya he tenido unas quince o dieciséis novias. Con ella hago muchas cosas, vamos por ahí, nos vamos al cine, a la discoteca no, porque a ella no le gusta. Ahí voy solo, bueno, con mis amigos. Ella tiene quince años, los mismos que yo. En junio del año que viene cumpliré los dieciséis.

VIDAS INTERVENIDAS

Las dos entrevistas que leerán a continuación son sobre dos¹⁹ adolescentes catalanes que, por razones diversas, se han habituado a recibir la atención especial de la dirección de su centro educativo, del jefe de estudios y de la inspección. Gozan de adaptaciones curriculares y de programas compensatorios. Están acostumbrados a tratar con psicopedagogos y psicólogos en general. Han figurado en el orden del día de comisiones de absentismo y de convivencia. Son «clientes» de mediadores y educadores sociales. Dan trabajo a equipos de atención a la infancia y la adolescencia, y, en ocasiones especiales, a los

19. Cabe señalar que aunque en un inicio se le habían remitido al profesor Josep Verdaguer entrevistas de dos adolescentes para que llevara a cabo su comentario, finalmente, y desde la dirección del trabajo, se desestimó publicar en este volumen la narración de «Laura», al considerar que su situación personal no se ajustaba del todo a la consideración de «exclusión social», sino más bien a trastornos psíquicos leves y a una adolescencia acomplejada. Aun así, y para que el lector o la lectora pueda tener una idea más completa del marco en el que desarrolló su comentario el profesor Josep Verdaguer, resumimos las características más relevantes de la vida de Laura.

Nacida hace catorce años en una ciudad cerca de Barcelona, Laura es hija de padres de clase trabajadora que tienen ciertos problemas para llegar a fin de mes. Aunque se lleve bien con su madre y muy bien con su padre, la relación con el hermano de diecisiete años lejos de permitirle salir de su complejo de inferioridad y falta de autoestima, la sitúa aún más en una percepción de autovulnerabilidad. Esto, junto con la no aceptación de su obesidad y sumado a su notable dificultad para entablar conversaciones, la margina a una soledad de la que no es capaz de salir por sí sola. Es por todos estos motivos que sus padres decidieron llevarla a la psicóloga. Este complejo entramado de problemas impiden a Laura el tener una escolaridad más o menos satisfactoria. Más bien sucede lo contrario: incapaz de establecer relaciones con otros alumnos de clase, se va encerrando en sí misma y, hasta deja de asistir a muchas clases. De momento, no tiene claro cuál será su profesión y de vez en cuando da vueltas al tema. A lo largo de la entrevista sugiere que quizás le gustaría ser peluquera.

cuerpos de policía. Todas estas instancias, entre las que destaca la escuela, los definen y los tratan como irresponsables. Y no tiene nada de extraño que acaben siéndolo.

Hablar de «comportamientos problemáticos» como los de Laura y Manu resulta muy complicado. No sólo por la complejidad de la cuestión, sino porque no hay posibilidad de definir, desde la ciencia, qué lo es y qué no. Los sociólogos, cuando oímos hablar de un problema, estamos obligados a formular, acto seguido, una pregunta: ¿un problema, para quién? Pues lo que unos definen como problema, para los otros puede ser la solución, o la manera de buscarla. La definición de lo que es normal o de lo que es patológico está en función del punto de vista y de los intereses de quien habla y del poder que tiene para imponerlos a los demás. Veámoslo en el caso de la escuela.

En lugar de decir en qué consisten los «desajustes conductuales» de los estudiantes de secundaria obligatoria, como los de Laura y Manu, lo que hay que hacer es recoger las consecuencias de un proceso complejo, en el que han participado una gran diversidad de instancias y personas, con diversas posibilidades de incidencia en la valoración de las conductas. Y las consecuencias visibles, en el caso de la escuela, que afectan a un número importante de estudiantes, se llaman: a) Unidades de Adaptación Curricular, últimamente aulas de ayuda (UAC), b) Centros de Atención Educativa Preferente (CAEP) y c) Unidades Escolares Externas (UEE). A todo eso hay que añadir que buena parte de los centros públicos catalanes han acabado organizando las clases por tipo de alumno. Separando los buenos y los malos cuando los centros tienen más de una línea. Y el principal criterio de segregación del alumnado acostumbra a tener más relación con el mantenimiento de la disciplina que con la mejora del resultado académico. Efecto que, en parte, se logra en las aulas de los «buenos», al dejar fuera a los que hacen «sabotaje», pero que tiende a aumentar los «desajustes conductuales» entre los alumnos conflictivos, ahora todos juntos.

La segregación dentro de los centros, aun siendo más fácil de ver, no se explica por sí misma, sino que es la respuesta a la segregación entre centros que, en la práctica, se produce

entre alumnos con orígenes sociales diferenciados por el capital económico y, sobre todo, por el capital cultural. Esto hace que la buena disposición a la escuela se concentre en determinados centros y la crisis de buena voluntad cultural en otros. Y eso es tan importante como para decir que, de hecho, la enseñanza comprensiva no existe. O que sólo existe en las denominaciones de los estudios. En la definición oficial que sirve para esconder que el sistema educativo es, como mínimo, dual.

En resumen, el estigma que pende sobre las conductas de Manu y Laura no se atribuye a una minoría marginal de estudiantes, con llamativos problemas personales, sino que, según señalan algunos estudios, afecta a la tercera parte del alumnado del ESO, al que se atribuyen conductas de «resistencia a la escuela». Entre las que destacan la «violencia» y el «absentismo». Esa tercera parte del total no está uniformemente distribuida en la geografía y entre los distintos centros. Aunque la división entre centros públicos y privados es engañosa, pues hay gran diversidad de situaciones en los unos y en los otros, la «resistencia a la escuela» se sitúa, en el caso de Cataluña, en los institutos públicos situados en barriadas populares y poblaciones de la periferia de Barcelona, como en las que residen y estudian Laura y Manu, y no en los centros privados e institutos situados en zonas con niveles de formación y de rentas superiores.

Laura y Manu pertenecen a un ámbito social que no tiene «buena voluntad cultural». Y, si la tenía, la ha ido perdiendo. La experiencia individual y colectiva les ha enseñado que las prerrogativas asociadas a determinadas titulaciones siempre han estado en manos de los «otros». De común acuerdo con muchos de sus compañeros de estudios, anticipan, con aquel escepticismo lúcido y desesperanzado, propio de las clases populares, cuál puede llegar a ser su ocupación en la sociedad: él mecánico y ella peluquera. La escuela, tal como está organizada, servirá para poco más que para dar legitimidad a la desigual distribución de reconocimiento, privilegios y prerrogativas de la que serán víctimas. No es tan extraño que la experiencia educativa la vivan con malestar. Aunque no sepan a qué es debido. Pero la ley les obliga a permanecer en un medio hostil.

Pero sus actitudes no van a poner en cuestión el sistema educativo. Ante el problema que representan, los responsables del sistema escolar y los especialistas acostumbran a hacer diagnósticos como los siguientes: a) *El mal viene de fuera*, de la sociedad. Utilizándola como excusa, dejando fuera de ella a la escuela. b) Los pecados sociales más frecuentemente señalados son *el hedonismo, el individualismo, el consumismo y la competitividad* «valores centrales del mundo contemporáneo»; exteriores a la escuela y fuera del alcance de las políticas educativas específicas. De tal manera que el análisis crítico puede mantenerse sin necesidad de cambiar nada.

Cuando se concreta un poco más, las responsabilidades se derivan a otras instancias socializadoras, ajenas a la escuela. Fundamentalmente la familia y los medios de comunicación: c) Parece como si el lema de los analistas y de los implicados que tienen la palabra sea: «los padres tienen la culpa de todo». En especial cuando la familia está desestructurada: misterioso calificativo para referirse, en ocasiones, a familias monoparentales, a menudo producto de un divorcio. En otras, sirve para referirse a los padres, de sectores populares, que tienen un estilo de vida contrastado con el de la clase media, bien pensante. En las entrevistas que nos ocupan los problemas familiares que aparecen vienen «de perillas» para fundamentar este razonamiento. Pero la amplitud que toman es inseparable de las instancias que facilitan su definición y les dan dimensión. Y, entre ellas, tiene mucho que decir la escuela y su capacidad de ejercer violencia simbólica, sea directamente o desde el aparato asistencial psico-biológico que la acompaña. d) *La TV es la fuente del mal*. La atribución concreta de responsabilidades en muchas ocasiones va dirigida a los medios de comunicación y a las industrias culturales en general, a los que se acusa de facilitar, por razones mercenarias, malos modelos de conducta a niños y jóvenes. Sin embargo, incluso en estos casos, la responsabilidad, en última instancia, sigue siendo de los padres, que no tienen cuidado del consumo audiovisual de sus hijos. De la misma manera que se atribuye a la irresponsabilidad de los padres el consumo de drogas y alcohol, que también se utilizan para explicar las conductas desordenadas de los jóvenes.

Así pues, tenemos, por un lado, a la sociedad y sus males, y por otro a la escuela. Una escuela a la que no se puede poner en cuestión, porque es la encargada de ir contra la corriente de los «valores dominantes» y de sus transmisores, los demás agentes de socialización. En este contexto, sus posibles problemas no son más que entelequias que la misma sociedad atribuye al sistema educativo, cuando la escuela es la única instancia que puede garantizar la socialización de los individuos en la convivencia y el respeto, imprescindibles para la democracia.

Si *fuera de la escuela no hay salvación*, no sólo no es preciso cambiar nada, sino que la receta es más de lo mismo. Más maestros, más tutorización, más trabajo para la dirección del centro y el jefe de estudios. Más comisiones en los centros. Más psicólogos y pedagogos, más profesionales del EAP, más programas compensatorios, más mediadores y educadores sociales. Más trabajo para los equipos de atención y los servicios sociales en general. Más policía municipal. Más intervención en sus vidas. Y así, hasta el infinito y hasta la náusea. Pero la consecuencia no deseada es que la irresponsabilidad entre los alumnos crece. Y el círculo se cierra.

No se trata, ahora, de dejar sin responsabilidades a los padres y medios de comunicación y darle la culpa de todo a la escuela. Sin embargo, posiblemente, es más fácil intervenir en la escuela que en otros ámbitos. Sobre todo teniendo en consideración que más del 90% de los costes de la enseñanza reglada se asumen desde el erario público. La cuestión es que la última reforma educativa acabó escondiendo, detrás de una misma etiqueta, realidades escolares tan diferentes como la noche y el día. Y el sistema escolar, al que en buena parte debemos las posibilidades contemporáneas de movilidad social, también le debemos, más que nunca, la legitimación de las desigualdades al pretender generar una ilusión de igualdad de oportunidades que de ninguna manera se corresponde con las realidades que habitan los diferentes niños y jóvenes de Cataluña.

Si la escuela dejara de lamentarse por la consideración social perdida y aceptara que forma parte del problema, quizás podría contribuir a la recuperación de la buena voluntad cultural de la

mayoría. Podría plantearse seriamente cómo hacer que los estudiantes y sus familias puedan escoger el centro en el que quieren estudiar, en lugar de ser asignados a los centros, sin tener conciencia de ello, por una lógica social escondida. O preguntarse si es conveniente ir más allá de una educación libre y gratuita, manteniéndola obligatoria. O, lo que es lo mismo, si hace falta pasar por ser un desviado en la escuela para convertirse en un albañil, un mecánico o una peluquera.

La pregunta que late por debajo de las entrevistas de Laura y Manu, incluso más allá de su marco escolar inmediato, es la de si, en el futuro, va a ser posible ser un trabajador pobre, pero honrado, sin que haga falta pasar por un proceso que acaba convirtiendo a los menos ricos en capital económico, social y cultural en desviados, o en excluidos, en el mejor de los casos.

Josep Verdaguer
Profesor de Sociología
Universitat Autònoma de Barcelona

PERSONAS DEPENDIENTES



Contexto de la entrevista

Llegamos a la señora Enriqueta por contactos personales. Enriqueta vive en un edificio de finales de los cincuenta del barrio del Eixample de Barcelona. La mayoría de los residentes en la escalera entraron en estos pisos siendo parejas jóvenes recién casadas y actualmente son casi todos ancianos y se conocen de toda la vida. La misma señora Enriqueta es ahora una anciana de ralos pelos teñidos de un color pajizo que camina dificultosamente ayudada de un bastón.

Todos los miembros del núcleo familiar de la señora Enriqueta, formado por su madre, dos tíos y su hermana, fueron muriendo poco a poco, y actualmente no le queda ningún pariente cercano en la ciudad. Éste es un aspecto central de su vida. De hecho, ella empieza la entrevista contando el grado de parentesco que la unía a todas las personas que habían compartido la vivienda con ella, la edad que tenían cuando murieron y la fecha exacta de su defunción. Cuando la señora Enriqueta tenía tres años su padre se marchó del hogar dejando a su mujer y sus dos hijas en una situación material y afectiva complicada. La forma de solucionarla fue formar un núcleo familiar muy unido afectivamente al que se sumaron dos tíos solteros.

La centralidad de la familia a lo largo de toda su vida, como en la de muchas mujeres de su generación, queda patente en numerosos hechos. Nuestra entrevistada se hizo modista porque su hermana y su abuela tenían este oficio. Estuvo trabajando en casa junto a su hermana, estableciendo de este modo una clara continuidad entre vida familiar y laboral. Todas las fotografías —muchas— que hay en la casa son de familiares más o menos cercanos y los principales recuerdos de su vida se refieren también a familiares. Sin embargo, la familia, tan importante en su vida, la ha abandonado. Una parte ha muerto, mientras que otra parte más lejana le ha dejado claro, de forma rotunda, que no se hará cargo de ella.

A lo largo de la entrevista intenta dar poca importancia al hecho de vivir sola. Cuando habla de la situación de «abandono» que sufren las personas mayores como ella, no la explica como una vivencia personal, sino más bien la atribuye a unos cambios sociales más amplios e impersonales: *«Abans la gent s'estimaven i als avis els tenien veneració i ara tot això no existeix. Només existeix l'anar de viatge, si se'n poden anar ben lluny, millor. No poden tenir els avis? Pues no, els*

*han de portar a una residència i si se'n recorden quan vénen, els van a buscar i si no, allí es podreixen.»*²⁰ Es decir, que culpabiliza a los hijos y a los nietos del abandono que sufren las personas mayores, aunque este marco genérico no es aplicable a su situación, puesto que ella no tiene descendencia. Quizás ésa es una forma de quejarse de su propia situación sin referirse a ella directamente.

Los problemas de salud dificultan la vida de la señora Enriqueta y agravan su soledad. En primer lugar la artrosis que sufre le impide moverse con facilidad. Para abrirnos la puerta tardó más de dos minutos en recorrer el pasillo, no muy largo, que separa el comedor de la puerta de entrada. Ella depende totalmente de que otras personas la ayuden a salir a la calle o la visiten en su casa para tener compañía. Por otro lado, el fuerte olor del piso evidencia problemas de incontinencia urinaria, agravados por el hecho evidente de que raramente se airean las estancias. Este aspecto es importante, puesto que produce rechazo por parte de otras personas que no desean visitar su casa, sentarse en su lado en la iglesia o ir con ella en el ascensor, tal como nos explica posteriormente una vecina.

A pesar de la falta de redes familiares, la señora Enriqueta recibe apoyo a través de tres grandes mecanismos: por un lado, gracias a los servicios de asistencia social le es posible seguir viviendo en su hogar de toda la vida pese a sus problemas de movilidad. Por otro lado, varias vecinas y amigas la visitan, la ayudan a salir a la calle o se comunican con ella por teléfono, sobre todo en las fechas señaladas, como los santos o los aniversarios. En tercer lugar, la iglesia es un lugar muy importante de sociabilidad: los sábados, en la misa, si alguien la acompaña, es el momento en el que se encuentra con otras señoras de su edad.

La señora Enriqueta pone mucho énfasis, quizás demasiado, en el apoyo que recibe tanto de las vecinas como de las amigas. Además se esfuerza en esquivar temas dolorosos como el hecho de que pasa las Navidades sola. Su insistencia, a veces basada en afirmaciones

20. Antes la gente se amaban y se tenía veneración por los abuelos. Ahora, todo esto no existe. Sólo existe el ir de viaje, cuanto más lejos puedan ir, mejor. ¿No pueden tener a los abuelos? Pues no, los tienen que llevar a una residencia y, si cuando regresan se acuerdan los van a buscar y, si no, ahí se pudren.

poco creíbles, nos lleva a pensar que le da miedo reconocer su situación de mujer mayor y sola. Parece que a la señora Enriqueta le da miedo siquiera pensar que a diferencia de su hermana o su tío ella no tendrá nadie que coja su mano cuando se sienta enferma y tema la llegada de la muerte, tal como ella hizo con sus seres queridos.

Narración de Enriqueta: del miedo y la vergüenza a la soledad²¹

Vaig néixer el 3 de gener de 1923 a Barcelona, ara tinc vuitanta-un anys. La mama era d'Aragó, de la província d'Oscà, i el pare de Vilafranca. Els meus avis van casar-se a l'Aragó i quan la mama tenia cinc mesos van venir cap aquí. Els altres «tiets» ja han nascut a Barcelona. El «tiet» Pere, va morir durant la guerra, la tieta Pilar va morir molt jove, als disset anys, i el «tiet» Jaume ha estat l'últim en morir. Ara només quedo jo. La mama va morir-se el 1963, l'any següent de la nevada aquella tan forta, tenia seixanta-set anys. Aleshores la meva germana va agafar un càncer com una casa i va morir-se el dia de la Verge de Montserrat de 1970, tenia cinquanta-cinc anys. De fet, aquests són els moments més difícils de la meua vida. Estàs sola i no tens cap altre solució que aguantar-ho.

Els meus pares van separar-se quan jo era petita, per culpa d'un matrimoni «conegut»; la noia va començar a «posar-se a casa» i no va parar fins que va conquistar al meu pare i van marxar junts. Jo tenia tres anys i la meua germana deu, però com que nosaltres teníem els «tiets», mai no ens va faltar res. Amb el meu pare ja no vaig tenir mai més relació, únicament el coneixia per fotografies i no vaig tornar a parlar-hi fins que vaig tenir vint-i-un anys, que aleshores era la majoria d'edat. Mai no vam estar en contacte, ni en temps de guerra.

21. Hemos respetado la lengua en la que se nos dirigieron las personas entrevistadas, así como sus formas de hablar y sus expresiones con la finalidad de intervenir lo mínimo en las narraciones. Las traducciones al castellano están a continuación de la entrevista en catalán.

La Guerra va arribar quan tenia deu anys. Vaig deixar el col·legi de monges, perquè la gent cremava esglésies i matava els capellans i les monges. Sovint hi havia bombardeigs. Al passeig de Sant Joan hi havia una fàbrica d'armes, però per sort mai no la van tocar, Déu ens en guard que hagués esclatat! Hauríem anat tots enlaire. Anava camí cap a l'escola i sentia els avions a sobre, arrencava a córrer perquè m'agradava més córrer i arribar així al col·legi, que no pas refugiar-me en una escala. Sempre em deien: «No ho has de fer això. Tu refugia»t en una escala, una botiga, el que sigui!» Però així em sentia més segura.

Mentre va durar la Guerra no vaig faltar mai a l'escola, vaig anar-hi fins que va acabar. Tenia catorze anys i el «tiet» Pere va morir als braços de la meva àvia, que ja no va fer res de bo i també va durar poc. L'altre «tiet» va anar a parar a un camp de concentració, no perquè fos de cap ideal ni res, sinó perquè van fer les quintes i el van cridar. A la família, sempre hem tirat cap a la dreta. Gent de treballar, que ens deixin tranquils i res més.

A casa tots vam anar a l'escola. La meva germana fins als setze anys, i el meu «tiet» fins que es va posar a treballar. Tots vam aprendre un ofici, tret de la mama que en casar-se tan jove, encara no tenia disset anys, no va tenir temps. En canvi, el meu pare en tenia vint-i-cinc i ja sabia el que es feia. Quan ell ens va deixar, vam viure amb el meu «tiet» Pere i el «tiet» Jaume. Eren ells els que treballaven: l'un de cambrer i l'altre, que va ser l'últim a morir-se, caixista d'impremta. La meva germana treballava de modista. A casa sempre hem pagat tots els «gastos». Mai no ens ha faltat ni ens ha sobrat res.

Quan es va acabar la Guerra, la meva germana tenia dos oficis: el de corbatera, que mai no li va agradar, i el de modista. En aquell temps no es guanyava tant com ara. L'àvia, que també era modista, li deia: «tu seràs modista com jo», de resultes d'això també vaig ser-ho jo.

Nosaltres vivíem a casa dels avis catalans perquè el meu avi d'Aragó va morir jove, quan tenia trenta-tres anys. En aquell temps, la gent moria molt jove i qui no n'agafava una, n'enganxava una altra. La meua iaia, l'aragonesa, sempre va viure amb la mama i els «tiets». Vam ser una família normal. De tots els germans, la mare va ser l'única que es va casar. Eren molt joves, en aquella època tampoc es casava la gent tan jove, i com que nosaltres érem petites i el pare ens havia deixat, doncs ni hi pensaven, en casar-se. Al «tiet» Jaume no li vinguessin amb maldecaps! Ell era feliç: treballava i li donava la setmanada a la mama. Vam ser una família senzilla. Ara el món ha canviat molt, abans les famílies estaven més unides. Als

avis se'ls tenia un respecte, una veneració. Ara ja queden pocs avis que es quedin a casa, els porten a una residència, i allà pobrets es moren perquè estan acostumats a viure a casa. Ara, només existeix «l'anar de viatge», si poden marxar ben lluny millor. No poden dur als avis? Doncs els porten a una residència i, si se'n recorden quan tornen, els van a buscar i si no, allí es podreixen.

Vaig començar a treballar de modista de ben jove, amb setze anys; quan tornava de col·legi em feien cosir una dotzena de corbates. Jo els deia: «si no em compreu el TBO i el Patufet, jo no cuso!» I així, en cosia una dotzena.

La meva germana va marxar a treballar amb una modista. La tornava boja aquest ofici. Li agradava molt i la meva àvia li va inculcar: «mira Pilar farem un vestidet per a la nina», perquè quan era petita, les àvies ja et feien entrar a l'ofici que a elles els agradava perquè tu també el fessis. A mi m'hagués agradat molt treballar com a infermera, però la mama no va voler perquè deia que hagués hagut d'estar tot el dia «cuidant» malalts. Ves per on, no he «cuidat» malalts fora de casa, però els de casa, els he «cuidat» a tots!

Quan els meus avis es van morir, a la mama no li agradava viure al centre i vam anar a viure a l'Eixample, al pis on visc encara ara, des de fa cinquanta-un anys. Aquí només hi vivíem la mama, la meva germana, el «tiet» Jaume i jo. Els he cuidat a tots fins l'últim minut de la seva vida. El meu «tiet» tenia noranta-vuit anys quan es va morir. Sempre havia fet una vida molt tranquil·la i molt de casa, tenia un caràcter molt pacífic i s'avenia amb tothom. Va morir la vigília de Nadal, farà quatre anys i el dia després va ser l'enterrament. Em costa, perquè des dels nou anys fins als noranta-vuit sempre va estar amb nosaltres. Va ser molt dur i encara no m'he refet.

D'ençà que es va morir el «tiet», ho vaig agafant tot: sóc al·lèrgica a la penicil·lina, també sóc una mica diabètica des de fa quatre anys. Dies endarrera vaig haver d'anar a l'endocrinòleg, perquè estava a cinquanta-cinc de sucre, ja fa temps que m'haig de punxar. I és una llauna! Al principi m'havia de prendre una pastilla i «andando», però ara m'he de punxar. Ho faig sola, tot i que el principi em va costar força. Amb els metges no faig bones «migues». No m'agrada anar-hi, però al final em feia tan mal aquest genoll que hi vaig haver d'anar. Abans no tenia res, estava molt bé de salut. Sempre he estat molt sana, fins i tot anava a una farmàcia i em deien «i a vostè quan li posarem una injecció?» Des de fa quatre anys, he

començat a tenir problemes de salut: el més important és el del genoll, però com que no me'l poden operar, perquè li vaig dir al metge tot el que tenia i es es deuria espantar, perquè va dir-me: «no, d'operar-se res». Tinc artrosis al genoll i em fa molt mal! Quan vivia el meu «tiet», quatre anys enrera, anava a comprar, anava al centre, a tot arreu. Va ser després quan el genoll va començar a empitjorar. Ara ja està empitjorat del tot. Ve una assistenta social, molt bona noia, i gràcies a ella me'n surto. He de portar un bastó, tot i que no l'he agafat fins ara, perquè em feia vergonya. Ho he superat, però me'l deixo a tot arreu.

Jo no prenc medicines, l'única l'Orfidal per a dormir ja que em costa agafar el son. D'ençà que va morir la meva germana, vaig estar tres mesos sense posar-me al llit. Ella de nit i de dia tossia, s'ofegava, i a més va agafar por, sobretot quan es feia de nit. El meu «tiet» també tenia por, em deia: «dóna'm la mà, perquè tinc por». Li responia «si no has de tenir por de res». Quan arriba aquella hora, es veu que tots tenen por. Els vaig cuidar a tots. Ara bé, amb el «tiet», com que ja era més gran que quan va morir la meva germana, jo em deia: «si això dura gaire jo no ho podré aguantar». Em feia mal el pit, em trobava malament i em deia a mi mateixa: «com Déu no me'l salvi o se l'emporti aviat, no ho podré aguantar!» És el que passa quan et fas gran! De joveneta ets feliç i no et falta res, treballes. Però a mesura que et vas fent gran i la família va desapareixent, la vida canvia. Com una mitja!

De fet aquests són els moments més difícils de la meva vida. Estàs sola i no tens cap altra solució que aguantar-ho. Sóc molt religiosa i penso «mira si un dia et ve... paciència». En els moments difícils, em va molt bé resar. Reso molt al Sagrat Cor, a la Verge del Pilar i a la Verge de Montserrat.

Surto de casa per anar a comprar el que fa falta per la setmana; si vull comprar-me unes sabates o alguna altra cosa. També surto per anar a la perruqueria, tot i que no ho sembli. Hi vaig un cop cada quinze dies, o cada mes, segons com està la butxaca. Perquè aquesta gent no et creguis, que les pensions que donen no són les pensions que ells cobren! Deuen cobrar mil·lions! Prometen molt durant les eleccions però del «dicho al hecho...» Jo cobro una pensió de l'Estat i una de la Generalitat. No vaig cotitzar-ho tot, perquè en temps d'en Franco eren només deu anys. Ho tenia ja ben calculat, però va morir en Franco i vénen els altres, els socialistes, i ho van posar a quinze anys. Havia pagat tretze mil pessetes cada mes, els autònoms, però després cada vegada havies de pagar més i se'm

va posar al cap dir «ara ja no cotitzo més» i no vaig fer-ho. Després no sé qui se'n va «cuidar» i va dir-me «ara cobraràs de la Generalitat» i també ho cobro. De l'Estat, cobro cada mes dos-cents vuitanta-vuit euros i de la Generalitat vora els dos-cents vuitanta, però a mi no em donen tot el que em mereixo de cobrar. L'assistenta social m'ho va arreglar i va dir-me: «mira Enriqueta, ahora ya cobrarás de la Generalitat.» La pensió doble només la tinc per l'Estat, perquè la de la Generalitat no, és senzilla. Són catalans que dic jo.

A mi això em va bé, perquè puc pagar tot el que se'm presenta, gràcies a Déu. No és que me'n sobrin, perquè no me'n sobren. Però vaig fent, perquè malgastadora no ho he estat mai. De quan el meu «tiet» vivia, tenia una bona pensió, a no tenir-la, perquè després em vaig quedar sense la seva pensió, hi ha una gran diferència!

Estic aquí i estic sola. Però tinc uns veïns molt bons. Ahir va pujar una que som veïnes i ve a veure'm els dimecres. Una altra veïna ve els dimarts i tot el dia estic aixins. Hi ha vegades que a la tarda arribem a trobar-nos quatre. Fins i tot, persones que em coneixien de quan treballava, encara em vénen a veure. Quan vaig a missa els dissabtes, si n'entrem tres, en sortim deu! I a sota la porta de l'escala, ens parem i comencem a enraonar, i així fins quasibé un quart d'onze! Després tinc els veïns d'aquí, que són un matrimoni jove que el dissabte a la nit mantenen la llum encesa de l'habitació, fins que no torno de missa, per què sàpiga que hi són. Tenen molts detallets i això és molt bonic.

Jo no em sento sola, estic molt acompanyada pels veïns i per persones conegudes de quan treballava. De persones que ens coneixem des de fa trenta anys, i encara ens telefonem; el dia que una o altra fa el sant, el dia de Nadal, per Cap d'Any, i mai no hem perdut la relació. D'ençà que s'ha mort el meu «tiet», jo no tinc boca, més que per agrair a tots els veïns que tinc. Les veïnes sempre baixen a veure com em trobo i altres veïnes de l'àtic també. Els estius tenen per costum anar-se'n de viatge i un dia se'n van a l'Índia i l'altre dia se'n van a l'Havana, i quan va morir-se el «tiet», aquell any va ser el primer any que no van marxar de vacances. No hi havien anat, per no deixar-me sola al replà! Això és un detall molt gran. Aquest any sí que m'he quedat sola, però quan vénen, diuen «ja som aquí». M'arreglo bé amb tothom.

Quan vénen les veïnes o les que treballaven amb mi enraonem dels cèntims, que d'ençà que hi ha els euros, et volen. Abans te n'anaves amb mil pessetes al mercat i tornaves amb tot! Ara tu te'n vas, amb deu euros

i només compres el just! Els preus són horrorosos! El menjar està car! Tot està car. Quan ens reunim mira, parlem de varies coses: de com està el món, de Cuba, d'en Fidel Castro!

Estic moltes hores sola. Potser si no rumiés tant, m'aniria més bé, perquè hi ha vegades que fins el cap et fa mal de tan pensar! El dia que estic més sola és el diumenge, com que tothom se'n va el dissabte... però els altres dies ve més gent. Hi ha vegades que vénen al matí, i altres que vénen a la tarda. Les visites s'asseuen aquí i s'hi passen hores! Hi ha vegades que se'n van a quarts d'onze de la nit! No és allò d'entrar i rebre'ls a la porta «hola, què tal» i «adiós, bon dia».

Jo a casa faig bastantes feines: el menjar, frego els plats, la cuina, el bany, tot això ho faig sola. Però també tinc una senyora que em ve i em frega el pis, els vidres, etc. Aquesta senyora ve dos cops al mes i fa tres hores. Ella fa el que jo no puc fer. Hi ha coses que em fan por. Les veïnes de l'escala m'han fet agafar por: «Això no ho fagis, que pots caure», «Ai, si ho fas!» Tants impediments, que al final m'he acobardit. Abans no ho era jo, així. A més a més, no puc caminar bé pel ditxós genoll. No puc ser la que era jo abans. Si s'espantalla alguna cosa, ho arreglo, però ho he de pagar de la meva butxaca!

Hi ha vegades que surto només de vuit dies en vuit, segons com em trobi, o el temps que fagi perquè si per exemple és hivern, no surto tant. Ara bé, si és divendres o dissabte, sempre surto: els divendres per anar a comprar i dissabte i diumenge per anar a missa. Per anar al metge no cal que em mogui de casa perquè me'l porten, el mateix passa si m'han de fer alguna anàlisi. Vaig preguntar a l'ambulatori si em podien venir a casa i em van dir que sí; així és que, quan ho necessito, telefono. També tinc això de la Creu Roja que et pega un «susto» de mort. Primer només sents un soroll, i penses «què passa? D'on ve aquest soroll?» Després sents una veu que t'enraona. No recordo com és que em van posar-ho, potser l'assistenta social, però em van dir «ara li vindran de la Creu Roja» perquè en estar sola, ells ho veuen com un perill.

L'assistenta social ja fa quatre anys que ve. Va començar a venir quan el meu «tiet» estava malament perquè la deuria avisar algú de l'escala. Des d'alleshores, sempre he tingut la mateixa. És molt bona noia. L'anar a comprar la duu boja: «quiere que le vaya a comprar?»; «d'acord, li dic. «Va, aquí tiene el dinero, compre tal cosa y tal otra». «Ah, bueno está bien, que no baja usted conmigo?» Hi ha vegades que baixo amb ella, segons l'hora.

Pel meu sant vénen senyores i fem un berenar. Per l'aniversari també i després quan és el sant d'una o d'una altra, m'inviten i anem a berenar. Ho celebrem a casa, vénen totes i perquè hi càpiguem extenc la taula que és llarga. Prefereixo berenar a casa, m'agrada més, però a elles els agrada més sortir. No és el mateix, només és la persona que celebra el sant i la que invita. Prefereixo celebrar-ho d'una altra manera, a vegades arribem a ser vuit i deu. A mi m'agrada més així, que no pas anar per «allí». Faig el mateix per Tots Sants, quan vaig el cementiri, i per Nadal, Cap d'Any, Reis, Sant Esteve. Ara ja no ho celebros, m'estic aquí a casa.

El primer any que se'm va morir el meu «tiet» i fins l'any passat encara una veïna em portava el brou. El primer dia em va dir: «que t'agrada el caldo?» Li vaig respondre: «sí, a casa sempre n'haviem fet.» I diu: «com que no tindràs ganes de fer-te res, ja t'ho baixaré jo». I em va baixar el caldo i canelons, que m'agraden molt.

Traducción de la narración de Enriqueta

Nací el 3 de enero de 1923 en Barcelona, ahora tengo ochenta y un años. Mi mamá era de Aragón, de la provincia de Huesca, y el padre de Vilafranca. Mis abuelos se casaron en Aragón y cuando la mamá tenía cinco meses vinieron hacia aquí. Mis otros tíos nacieron ya en Barcelona. El tío Pere murió durante la Guerra. La tía Pilar murió muy joven, a los diecisiete años, y el tío Jaume ha sido el último en morir. Ahora sólo quedo yo. Mamá se murió en 1963, el año siguiente de la nevada aquélla tan fuerte. Tenía sesenta y siete años. Entonces mi hermana cogió un cáncer como una casa y se murió el día de la Virgen de Montserrat de 1970. Tenía cincuenta y cinco años. De hecho éstos son los momentos más difíciles de mi vida. Ya estoy sola y no tengo más remedio que aguantarlo.

Mis padres se separaron cuando yo era pequeña, por culpa de un matrimonio conocido; la chica comenzó a meterse en casa y no paró hasta que conquistó a mi padre y acabaron marchándose juntos. Yo tenía tres años y mi hermana diez, pero como los tíos estaban con nosotras, nunca nos faltó nada. Con mi padre ya no tuve nunca más relación. Lo conocía sólo por fotografías y no volví a hablar con él hasta que tuve veintiún años, que entonces era la mayoría de edad. No estuvimos nunca en contacto, ni cuando la guerra.

La guerra llegó cuando tenía diez años. Dejé el colegio de monjas, porque la gente quemaba iglesias y mataba los sacerdotes y las monjas. A menudo había bombardeos. En el Paseo de San Juan había una fábrica de armas, pero por suerte nunca la tocaron. ¡Dios nos coja confesados si la llegan a bombardear! ¡Habríamos volado todos! Iba andando a la escuela y oía los aviones encima. Arrancaba a correr porque prefería correr y llegar al colegio, que refugiarme en una escalera. Siempre me decían: «No tienes que correr. Refúgiate en una escalera, en una tienda, ¡donde sea!» Pero yo me sentía más segura corriendo.

Mientras duró la Guerra no falté nunca a la escuela. Terminé a los catorce años. El tío Pere murió en los brazos de mi abuela, que ya no volvió a hacer nada útil, y duró más bien poco. El otro tío fue a parar a un campo de concentración. No porque estuviese metido en nada, sino simplemente porque llamaron a su quinta. Mi familia,

siempre hemos sido más bien de derechas: gente que trabaja, que quiere que la dejen tranquila y basta.

En casa todos fuimos a la escuela. Mi hermana hasta los dieciséis años, y mi tío hasta que se puso a trabajar. Todos aprendimos un oficio, excepto mamá, que al casarse tan joven, aún no tenía diecisiete años, no tuvo tiempo. En cambio, mi padre tenía veinticinco años y ya sabía lo que se hacía. Cuando él nos dejó, vivimos con mi tío Pere y el tío Jaume. Eran ellos los que trabajaban: el uno de camarero y el otro, que fue el último en morir, cajista de imprenta. Mi hermana trabajaba de modista. En casa siempre hemos pagado todos los gastos. Nunca nos ha faltado ni nos ha sobrado nada.

Cuando se acabó la guerra, mi hermana tenía dos oficios: el de hacer corbatas, que nunca le gustó, y el de modista. Por aquel entonces no se ganaba tanto como ahora. La abuela que también era modista, le decía: «tú serás modista como yo». Y yo acabé también de modista.

Nosotros vivíamos en casa de los abuelos catalanes porque mi abuelo de Aragón murió joven, cuando tenía 33 años. Por aquel entonces la gente moría más joven y quien no cogía una enfermedad acababa cogiendo otra. Mi abuelita, la aragonesa, siempre vivió con mamá y los tíos. Fuimos una familia normal. De todos los hermanos, la madre fue la única que se casó. Eran muy jóvenes. En aquella época tampoco se casaba la gente tan joven, y como que nosotros éramos pequeñas y el padre nos había dejado, pues a nadie se le ocurrió volver a casarse. Al tío Jaume no le podías ir con quebraderos de cabeza! Él era feliz: trabajaba y le daba la semanada a mamá. Fuimos una familia sencilla. Ahora el mundo ha cambiado mucho. Antes las familias estaban más unidas. A los abuelos se los tenía un respeto, una veneración. Ahora ya quedan pocos abuelos que se queden en casa, los llevan a una residencia, y allí pobrecitos se mueren porque están acostumbrados a vivir en casa. Ahora, sólo existe el ir de viaje. Si pueden, se marchan lo más lejos posible. ¿No pueden llevarse a los abuelos? Pues los llevan a una residencia y, si se acuerdan cuando vuelven, los van en buscar, y si no, ¡que allí se pudran!

Comencé a trabajar de modista muy joven, con dieciséis años. Cuando volvía del colegio me hacían coser una docena de corbatas. Yo les decía: «si no me compráis el TBO y el Patufet, yo no coso!» Y así acababa cosiendo una docena.

Mi hermana se marchó a trabajar con una modista. La volvía loca este oficio. Le gustaba mucho y mi abuela le inculcó: «mira Pilar, haremos un vestidito para la muñeca». Cuando eras una niña, las abuelas ya te iban enseñando el oficio que ellas tenían para que tú también lo hicieses. A mí me hubiese gustado mucho trabajar como enfermera, pero mamá no quiso porque decía que estaría todo el día cuidando enfermos. Mira por donde no he cuidado enfermos fuera de casa, pero los de casa, ¡los he cuidado todos yo!

Cuando mis abuelos se murieron a mamá no le gustaba vivir en el centro y fuimos a vivir al Ensanche, en el piso donde vivo aún ahora, desde hace cincuenta y un años. Aquí sólo vivíamos mamá, mi hermana, el tío Jaume y yo. Los he cuidado a todos hasta el último minuto de su vida. Mi tío tenía noventa y ocho años cuando se murió. Siempre había hecho una vida muy tranquila. Era muy hogareño. Tenía un carácter muy pacífico y se llevaba bien con todo el mundo. Murió la vigilia de Navidades, hará cuatro años y el día después fue el entierro. Me dolió, ya que desde los nueve años hasta los noventa ocho siempre estuvo con nosotros. Fue muy duro y aún no me sobrepuesto.

Desde que se murió el tío lo voy cogiendo todo: soy alérgica a la penicilina, también soy un poco diabética desde hace cuatro años. Hace unos días tuve que ir al endocrino, ¡porque estaba a cincuenta y cinco de azúcar! Desde hace tiempo tengo que pincharme. ¡Y es muy pesado! Al principio me tenía que tomar una pastilla y andando. Pero ahora me tengo que pinchar. Lo hago sola, a pesar de que al principio me costó bastante. Con los médicos no me llevo muy bien. No me gusta ir, pero al final me dolía tanto esta rodilla que tuve que ir. Antes no tenía nada, estaba muy bien de salud. Siempre he sido muy sana, incluso iba a una farmacia y me decían: «¿y a usted cuando le pondremos una inyección?» Desde hace cuatro años he comenzado a tener problemas de salud: el más importante es el de la rodilla, pero como no me la pueden operar, porque le dije al médico mi edad y creo que se asustaron, porque me dijo: «No, de operarse nada». Tengo artrosis en la rodilla y ¡me duele mucho! Cuando vivía mi tío, hace cuatro años, iba a comprar, iba al centro, a todas partes. Fue después cuando la rodilla comenzó a empeorar. Ahora ya está empeorada del todo. Viene una asistente social, muy buena chica, y gracias a ella voy tirando. Tengo que llevar un bastón, a pesar de que

no lo he cogido hasta hace poco porque me daba vergüenza. Lo he superado, pero me lo dejo en todas partes.

Yo no tomo medicinas. Sólo el Orfidal para dormir, ya que me cuesta coger el sueño. Esto me pasa desde que murió mi hermana. Estuve tres meses sin meterme en la cama. De día y de noche tosía y se ahogaba, y además cogió miedo, sobre todo cuando anochecía. Mi tío también tenía miedo. Me decía: «dame la mano porque tengo miedo». Le respondía: «no tienes que tener miedo de nada». Cuando llega la hora, se ve que todos tienen miedo. Los cuidé a todos. Ahora bien, con el tío, como que yo ya era mayor que cuando murió mi hermana, me decía: «si eso dura demasiado no lo podré aguantar». Me dolía el pecho, me encontraba mal y me decía a mí misma: «que Dios lo salve o se lo lleve pronto, si no, no lo podré aguantar!» ¡Es lo que pasa cuando te haces mayor! De jovencita eres feliz y no te falta nada, trabajas. Pero a medida que te vas haciendo mayor y la familia va desapareciendo, la vida cambia. ¡Da la vuelta como un calcetín!

Estos son los momentos más difíciles de mi vida: «estoy sola y no tengo otra solución que aguantarlo. Soy muy religiosa y pienso: «cuando llegue el día... paciencia». En los momentos difíciles, me va muy bien rezar. Rezo mucho al Sagrado Corazón, a la Virgen del Pilar y a la Virgen de Montserrat.

Salgo de casa para ir de compras. Lo que me hace falta para la semana; o si quiero comprarme unos zapatos o alguna otra cosa. También salgo para ir a la peluquería, a pesar de que no lo parezca. Voy una vez cada quince días, o cada mes, según como esté de dinero. ¡Porque esta gente no te creas que las pensiones que nos dan son las pensiones que ellos cobran! ¡Deben de cobrar millones! Prometen mucho durante las elecciones, pero del dicho al hecho... Yo cobro una pensión del Estado y una de la Generalitat. No coticé todo lo que trabajé, porque en tiempo de Franco eran sólo diez años. Lo tenía ya bien calculado, pero murió Franco y vienen los otros, los socialistas, y lo pusieron a quince años. Había pagado trece mil pesetas cada mes los autónomos, pero después cada vez tenías que pagar más y me dije: «ahora ya no cotizo más», y no lo hice. Después no sé quién se ocupó del tema y me dijeron: «ahora cobrarás de la Generalitat», y también lo cobro. Del Estado, cobro cada mes doscientos ochenta y ocho euros y de la Generalitat cerca de los doscientos ochenta euros. Pero a mí no me dan todo cuanto debería

cobrar. La asistenta social me lo arregló y me dijo: «mira Enriqueta, ahora ya cobrarás de la Generalitat.» La pensión doble sólo la tengo por el Estado, porque la de la Generalitat es sencilla. Son catalanes que digo yo.

A mí eso me va bien, porque puedo pagar todo lo que se me presenta, gracias a Dios. No es que me sobre nada, pero voy tirando, porque en toda mi vida no he sido nada derrochadora. De cuando mi tío vivía, tenía una buena pensión, a no tenerla, porque después me quedé sin su pensión, ¡hay una gran diferencia!

Estoy aquí y estoy sola. Pero tengo unos vecinos muy buenos. Ayer subió una que somos vecinas y viene a verme los miércoles. Otra vecina viene los martes y todo el día estoy así. Hay veces que por la tarde llegamos a encontrarnos hasta cuatro. Incluso, personas que me conocían de cuando trabajaba, aún me vienen a ver. Cuando voy a misa los sábados, si entramos tres, ¡salimos diez! Y en la puerta de la escalera nos paramos y empezamos a charlar, ¡y así hasta casi las diez y cuarto! Después tengo los vecinos de aquí, que son un matrimonio joven que el sábado por la noche mantienen la luz encendida de la habitación, hasta que no vuelvo de misa, para que sepa que están ahí. Tienen muchos detallitos y eso es muy bonito.

Yo no me siento sola, estoy muy acompañada por los vecinos y por personas conocidas de cuando trabajaba. Personas que nos conocemos desde hace treinta años, y aún nos telefonamos. El día que una u otra hace el santo, el día de Navidades, por año nuevo, y nunca hemos perdido la relación. Desde que se murió mi tío, yo no tengo palabras más que para agradecer a todos los vecinos que tengo. Las vecinas siempre bajan a ver cómo me encuentro y otras vecinas del ático también. Siempre tienen por costumbre en verano irse de viaje y un día se van a la India y el otro día se van a La Habana, y cuando se murió el tío, aquel año fue el primer año que no se marcharon de vacaciones. ¡No fueron para no dejarme sola en el rellano! Eso es un detalle muy grande. Este año sí que me he quedado sola, pero cuando vienen dicen, «ya hemos llegado». Me llevo bien con todo el mundo.

Cuando vienen las vecinas o las que trabajaban conmigo hablamos del dinero, de que desde que estamos con esto de los euros no es lo mismo. Antes te ibas con mil pesetas al mercado y volvía con casi todo. ¡Ahora te vas con diez euros y sólo compras lo justo! ¡Los

precios son horrosos! La comida está cara. Todo está caro. Cuando nos reunimos, mira, hablamos de varias cosas: de cómo está el mundo, de Cuba, de Fidel Castro.

Estoy muchas horas sola. Tal vez si no pensase tanto me iría mejor, ¡porque hay veces que hasta la cabeza te duele de tanto pensar! El día que estoy más sola es el domingo. Todo el mundo se va el sábado... pero los otros días viene más gente. Hay veces que vienen por la mañana, y otros que vienen por la tarde. Las visitas se sientan aquí y se pasan horas. ¡Hay veces que se van a las diez y media de la noche! No es aquello de entrar y recibirles en la puerta «hola, qué tal» y «adiós muy buenas».

Yo en casa hago bastantes cosas. La comida, friego los platos, la cocina, el baño, todo eso lo hago sola. Pero también tengo una señora que viene y friega el piso, los cristales, etc. Esta señora viene dos veces al mes y durante tres horas. Ella hace lo que yo no puedo hacer. Hay cosas que me dan miedo. Las vecinas de la escalera me han hecho coger miedo: «Eso no lo haga, que puede caerse». Tantas advertencias que al final me he acobardado. Antes yo no era así. Además, no puedo caminar bien por la dichosa rodilla. No puedo ser la que era antes. Si se estropea algo del piso, lo arreglo, ¡pero lo tengo que pagar de mi bolsillo!

Hay veces que salgo sólo de semana en semana, según cómo me encuentre, o el tiempo que haga, porque si por ejemplo es invierno, no salgo tanto. Ahora bien, si es viernes o sábado, siempre salgo: los viernes para ir de compras y sábado y domingo para ir a misa. Para ir al médico no es preciso que me mueva de casa porque viene él. Lo mismo pasa si me tienen que hacer algún análisis, también vienen a casa. Pregunté al ambulatorio si me podían venir a casa y me dijeron que sí; así que, cuando lo necesito, llamo por teléfono. También tengo eso de la Cruz Roja que te pega un susto de muerte. Primero sólo oyes un ruido, y piensas: «¿qué pasa? ¿De dónde viene este ruido?» Después oyes una voz que te habla. No recuerdo cómo es que me lo colocaron, tal vez fue el asistente social, pero me dijeron: «ahora le vendrán de la Cruz Roja», porque al estar sola, ellos lo ven como un peligro.

El asistente social ya hace cuatro años que viene. Comenzó a venir cuando mi tío estaba mal porque seguramente alguien de la escalera debió avisar. Desde entonces siempre he tenido la misma

persona. Es muy buena chica. Lo de ir de compras la lleva loca: «¿quiere que le vaya a comprar?»; «de acuerdo» le digo. «Va, cómprame tal cosa y tal otra». «Muy bien ¿y no baja conmigo?» Hay veces que voy con ella, según la hora.

Por mi santo vienen señoras y hacemos una merienda. El día de mi cumpleaños también y después, cuando es el santo de una o de otra, me invitan y vamos a merendar. Lo celebramos en casa, vienen todas y para que todas puedan estar abro la mesa que es larga. Prefiero merendar en casa. Me gusta más, pero a ellas les gusta más salir. Cada una decide, según de quien sea el santo y la que invita. Yo prefiero celebrarlo así. A veces llegamos a ser ocho o diez. A mí me gusta más así, que no ir por ahí. Hago lo mismo por la fiesta de Todos los Santos, cuando voy el cementerio, y para Navidad, Fin de Año, Reyes, San Esteban. Ahora ya no lo celebro, estoy aquí en casa.

El primer año que se me murió el tío y hasta el año pasado una vecina me llevó el caldo. El primer día me dijo: «¿te gusta el caldo?». Le respondí: «sí, en casa siempre lo habíamos hecho», y me dice: «como no tendrás ganas de hacerte nada, ya te lo bajaré yo. Y me bajó el caldo y canelones, que me gustan mucho».

ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LOS RELATOS DE VIDA DE ENRIQUETA Y MONTSERRAT

Enriqueta y Montserrat son dos personas mayores, de ochenta y uno y sesenta y seis años, con trayectorias vitales complejas, llenas de matices, con componentes muy relevantes de dureza y dificultades extremas. Actualmente, ambas presentan situaciones de vulnerabilidad —de alta vulnerabilidad en el caso de Montserrat— a la exclusión social, al quedar definitivamente al margen de la posibilidad —y del derecho— de un envejecimiento activo y digno. Pero las dos, a lo largo de sus trayectorias, han desarrollado un volumen increíble de energías vitales, de superación de circunstancias muy adversas. Estas energías siguen siendo para ellas un recurso extraordinario, sin duda el más importante, para afrontar todo y superar, nuevamente, riesgos evidentes de degradación en sus condiciones cotidianas de vida.

Las vidas de Enriqueta y Montserrat son bastante diferentes, con perfiles de necesidad diversos. Aun así, comparten tres circunstancias muy estructurantes. Son dos mujeres que han estado sujetas, a lo largo de muchos años, a dinámicas de dominación por razón de género. La ortodoxia de la división patriarcal de funciones las ha situado como mujeres cuidadoras, sin alternativa, con elevados grados de dependencia económica y emocional. En segundo lugar, son mujeres mayores, con itinerarios vitales marcados por la Guerra Civil, en forma de muerte de familiares, de hambre y privaciones básicas: con el sufrimiento, pues, en las raíces de sus biografías. Enriqueta y Montserrat llegan al envejecimiento con problemas de salud y dependencia, derivados, en gran parte, de la acumulación de adversidades y del gasto de fuerzas vitales que han empleado para afrontarlas. Finalmente, estamos ante dos mujeres que expresan vivencias de fe, en el marco de la religión católica, de una gran intensidad. Fe y creencias que, en ambos casos, han sido recursos básicos de superación de dificultades; valentías personales que han abierto

finísimas brechas de futuro en momentos muy complejos. Más allá de estas similitudes, las vidas de Enriqueta y de Montserrat presentan muchos elementos de singularidad.

Enriqueta ha sido una mujer cuidadora en un marco de afecto hacia las personas con las que ha convivido. Es precisamente la progresiva desaparición de éstas lo que le provoca un fuerte golpe de carácter emocional y va desplazando la vida de Enriqueta hacia un escenario de soledad y de pérdida progresiva de salud. Esta nueva situación se agrava por el riesgo de exclusión derivado de la pobreza económica, puesto que cobra unas pensiones de cuantía muy baja. En síntesis, la situación comporta pérdida de referencias vitales y afectivas, sensación de soledad, envejecimiento con dependencia, y escasez de recursos económicos para tirar adelante con un mínimo de tranquilidad. Este abanico de factores de riesgo de exclusión viene contrarrestado por otros dos elementos de carácter normalizador muy importantes para la vida de Enriqueta. Por un lado, las relaciones interpersonales de amistad y de buena vecindad que mantiene con personas de su marco cotidiano y comunitario. Alrededor de Enriqueta se ha ido tejiendo un capital humano de soporte y ayuda, que actualmente es imprescindible para su bienestar material y emocional. Por otro lado, Enriqueta recibe la atención de la red pública de servicios sociales y de salud. Tiene asignada atención domiciliaria y teleasistencia. Ambos son servicios básicos que ofrecen apoyo a las actividades de la vida diaria, y un marco de seguridad y confianza vital ante posibles necesidades súbitas. Son servicios que, sobre todo, permiten a Enriqueta seguir viviendo en su domicilio, y mantener de esta forma los lazos de reciprocidad y ayuda comunitaria que antes se comentaban.

Montserrat empezó a trabajar fuera de casa desde la adolescencia, en condiciones muy duras, sujeta por lo tanto a una situación de explotación laboral. Pero esta situación duró poco tiempo. El resto de su vida lo ha pasado cuidando a su marido, las hijas y los nietos; sin problemas económicos importantes y sin situaciones de pérdida de referentes afectivos. Las raíces y los factores de alta vulnerabilidad de exclusión de Montserrat hay que buscarlos en otras dimensiones. Fundamentalmente, en la

extrema precariedad vital a la que ha estado sometida derivada de un marido violento, maltratador y esquizofrénico. Una relación sistemática y continuada de violencia de género vivida por Montserrat desde el silencio, desde la opacidad de una esfera familiar en la que el maltrato se podía expresar sin obstáculo ni freno. La suma de todos estos factores ha sometido a Montserrat a un estrés vital de gran intensidad —lleno de llantos y de situaciones de peligro objetivo para su existencia— que no le han permitido desarrollar ningún proyecto de vida autónomo y deseado. A esta situación se le tiene que añadir que las hijas de Montserrat también han sido víctimas de la violencia doméstica generada por el padre y que Montserrat fue su único factor de protección. Ahora, una vez independizadas, Montserrat les ayuda a tirar para adelante en un marco de precariedad laboral y de riesgo de pobreza económica. A diferencia de Enriqueta, no parece disponer de un contexto de relaciones de amistad o de buena vecindad que le genere elementos de soporte. En el caso de Montserrat, el recurso de ayuda proviene en exclusiva del sistema público de servicios sociales, en la medida que ha sido incorporada a un programa de «Respiro», de atención a personas cuidadoras, mediante el cual su marido es ingresado durante un tiempo limitado en un centro de acogida residencial.

En síntesis, las historias de vida de Enriqueta y Montserrat nos evidencian la complejidad y el dinamismo de los factores de exclusión social: las consecuencias de la Guerra Civil, la soledad, la enfermedad, la dependencia, la pobreza, la violencia, la explotación y la precariedad laboral... Del mismo modo, ponen de manifiesto la importancia del sexo y de las relaciones de género como circunstancias intensificadoras de la exclusión, arraigadas en el modelo patriarcal de sociedad aún no superado. Por último, son vidas que expresan también la importancia de las relaciones comunitarias de apoyo, y la necesidad de unos servicios sociales públicos, con capacidad de ofrecer respuestas adecuadas a los riesgos de exclusión. Servicios sociales que son aún hoy débiles, y que no tienen el potencial de inclusión que sería deseable. Servicios que tienen el reto de convertirse en verdaderos recursos de acceso universal, con intensidades de protección dignos, que

garanticen, por ejemplo, que las numerosas *enriquetas* y *montse-rrats* que viven en nuestras ciudades puedan gozar del derecho a un envejecimiento digno, activo y vertebrado por un proyecto de vida autónomo y realizable.

Ricard Gomà
Regidor Ponent de Benestar Social
del Ayuntamiento de Barcelona

Contexto de la entrevista

El Punto de Atención a la Mujer (PAM) de un barrio barcelonés fue el medio para contactar con Montserrat, donde seguía unos cursos de autoestima. Con ella hicimos dos entrevistas: una en el PAM y la segunda en su casa, puesto que ella misma lo ofreció por su propia comodidad.

Entrevistar a la señora Montserrat en otra época, en otro período del año, nos hubiera resultado difícil, si no imposible ya que su marido necesita de constantes cuidados y se le tiene que ingresar a menudo. Resultó que en aquel momento, el marido, Jaume, estaba ingresado durante un mes para que su mujer pudiera dormir lo necesario y descansar sin tener que estar constantemente pendiente de su salud física y mental. El médico de cabecera y la asistente social de Montserrat, viendo su situación personal y sobre todo, cómo ello había afectado su salud, hicieron las peticiones necesarias para conseguir ingresar a Jaume y dar un «Respiro» a Montserrat. Aun así, la segunda entrevista, la que teníamos que hacer en su casa, tuvo que ser aplazada porque el día que teníamos que vernos ella tuvo que ir al médico a causa del estado de salud de Jaume.

Montserrat es una mujer de apariencia dinámica, despierta y con muchas ganas de hablar sobre ella, sobre su vida, sobre sus inquietudes y sueños, pero también sobre sus tragedias vividas en silencio. Habla de forma desenvuelta, olvidándose ya desde el inicio de la grabadora, su forma de narrar es muy clara, bastante lineal, tanto como lo puede ser la vida hecha recuerdo. Oyéndola una se percata de la tristeza que acalla la energía de su voz y de su temperamento. Pero Montserrat advierte que no todos los días expresa esta energía y que, cuando no es así, se queda en casa, evitando el contacto con la gente y dejando que las lágrimas hagan su recorrido.

La enfermedad del marido, esquizofrenia, que últimamente se ha complicado con una afección pulmonar irreversible, obliga a la señora Montserrat a estar constantemente en alerta, ya sea de día o de noche, y a tener que hospitalizar al marido. Jaume padece dos tipos de crisis: las derivadas de la esquizofrenia, por lo que lo tienen que internar en un hospital mental, y las derivadas de las insuficiencias respiratorias. Montserrat tiene que hacer frente a todo ello sufriendo ella misma de una fibromialgia que arrastra desde hace unos veinte años, que conlleva, a veces, fases más depresivas.

La falta de afecto con la que nació, creció y que tuvo al lado de su marido le han dejado un trasfondo triste que intentó superar dando todo el apoyo emocional que pudo a sus hijas, y ahora también a sus nietos. Pero la sombra de los maltratos, fundamentalmente psicológicos, de los que ha sido víctima tanto ella como sus hijas a lo largo de muchos años de vida en común han condicionado sumamente tanto la trayectoria de Montserrat como —por lo que parece— las relaciones de pareja de sus dos hijas, ambas separadas para no tener que pasar por lo mismo que pasó su madre.

Narración de Montserrat

Entre l'artrosi i la fibromiàlgia un dia em fa mal aquí, l'altre allà. No, no saps mai on et tocarà ni quan et farà mal. Hi ha dies que em trobo completament enfonsada i m'atipo de plorar a casa. A més, hi ha la malaltia del meu marit, és malalt pulmonar, li costa respirar i necessita l'oxigen; també és esquizofrènic. No saps mai què li passarà, potser en un mes l'hem d'ingressar cinc o sis vegades. Fa uns quinze anys que va començar tot. Era el dia de la Constitució, quan es va tirar al metro per primera vegada i després ha anat continuant. Ha passat per tots els psiquiàtrics de la zona i per tots els hospitals. Els metges diuen que no pot millorar ni una cosa ni l'altra, ni el cap, ni els pulmons. I és clar que una persona tot el dia estigui lamentant-se: «Estic malament, vull morir-me, ajuda'm a matar-me...»

Vaig néixer el 1939 al carrer de Santa Engràcia. Sóc la que fa tres de sis germans. Les tres grans vam néixer durant la guerra. En aquell moment, a casa hi vivíem la iaia, una tieta soltera, el pare, les meves dues germanes i jo. El meu germà va néixer l'any 1941 i quinze anys després vam tenir una altra germana. L'últim germà va venir cinc anys després d'aquesta.

Érem una família humil i ho vam passar bastant malament, perquè el sou dels pares era molt baix. A més a més, resulta que el meu pare va anar al front de voluntari amb vint anys i poc, i com era roig quan va acabar la guerra el van castigar, i va haver de fer dos anys més de servei militar, per això no estava a casa, ni treballava. La mare es va quedar sola

amb nosaltres i no tenia ni per on començar. Per aquest motiu, nosaltres estàvem una mica abandonats.

Anàvem al col·legi de l'ajuntament, encara me'n recordo com si fos ara, érem quatre i pagàvem només tres duros perquè al ser quatre ens en rebaixaven un. Anàvem a peu de casa al col·legi passant per un pont que en deien de la Mort, per què feia una corba molt gran i allí sempre moria molta gent, hi havia molts accidents. Nosaltres travessàvem la carretera cada dia i pel camí aprofitàvem per fer moltes trastades, érem dolentes: picàvem a les portes, enganxàvem els dos batents i els picàvem alhora, obríem els camions que portaven sorra...

La mare treballava en una fàbrica de paper de vidre. Va estar-s'hi fins el 1955 quan va néixer la meva germana petita. El pare treballava a la Maquinista on muntaven els trens i els metros. Després de la guerra va tornar a la Maquinista, i més endavant va anar a treballar a la Pegaso. Ens ho passàvem molt malament, perquè a casa hi vivia molta gent, era de lloguer i no teníem gaires diners per pagar-la. Passàvem molta ganeta. La meua iaia per part de pare ens ajudava amb la llet i amb el racionament. Després de la guerra, vam continuar passant molta gana. Ma germana es menjava el pa florit que trobava, fins i tot es menjava la sorra. Esperàvem que arribés el diumenge per anar a veure els padrins, que no eren de la família, i fer-los un petó perquè ens donessin deu cèntims o galetes.

A casa vam veure molta misèria, però el que també em dol és que tampoc no vam ser estimats, no ens van mostrar mai afecte. Penso que vam arribar al món perquè en aquella època la gent «no tenia gaire intel·ligència», no hi havia els mitjans que hi ha ara. La meua mare m'explicava que durant la guerra li deia al meu pare quan li demanava que el visités: «és que no ho veus que si et vinc a veure, em tornaré a quedar embarassada?» Ell no estava a casa quan vam néixer cap de les tres que som les més grans.

No he tingut mai afecte per part de la meua mare. No sé què és que et diguin: «T'estimo molt!» Tampoc m'ho va dir el meu pare, ni els meus germans. Nosaltres fèiem el que vàiem, i com que no se'ns mostraven senyals d'afecte, tampoc en teníem entre nosaltres. Vivíem amb poca comunicació, cadascú mirava només per ell. Si podies trobar menjar primer jo, després jo i sempre jo!

No vaig acabar la primària. Vaig treure'm el graduat escolar l'any passat. Als tretze anys em van posar a treballar a fer jerseis a màquina. Treballava tot el dia, de vuit del matí fins a les nou del vespre i al migdia

teníem una hora per dinar. També treballàvem els dissabtes. Vaig estar treballant amb els teixits fins el 1964 que vaig tenir la nena. Quan tenia vint-i-cinc anys, quatre anys després, vaig tenir la segona. Vaig deixar de treballar i no vaig tornar-hi més fins que la petita va fer deu anys. Aleshores vaig trobar feina en un mercat fent de dependenta, i així vaig anar de mercat a mercat fins que ara fa deu anys vaig plegar.

Ara tinc la jubilació, però no treballo des dels cinquanta-dos anys quan em van donar l'atur. En aquell moment, cobrava cinquanta-dues mil ptes i quan vaig arribar als seixanta vaig passar a cobrar quaranta-set mil ptes. Era com una prejubilació. Ara cobro quatre-cents onze euros, deu mil pessetes més del que cobrava abans. Em van dir que com que el meu marit cobrava molt, jo no tenia dret a cobrar tant.

A més, tinc dues filles separades que tenen un sou mínim i les ajudo amb el que puc. Ja puc anar rebentada, però penso que les meves filles ho necessiten. Els nens, la roba dels nens, aquesta setmana m'he gastat moltíssim amb la roba. Hi ha mesos que gasto molts diners per una o altra cosa dels néts, altres que no tant. Ara estan soles i cobren sis-cents euros cada una, ja em diràs tu com s'ho fan per pagar la llum, l'aigua, el gas i tot!

Quan em vaig casar, no estava enamorada. Tenia vint-i-quatre anys i ell era boniquet, anava ben vestit, tenia tres «tratjos» i una moto. En aquell temps qui els podia tenir? Sempre anava arreglat. Com que ell en tenia vint-i-set i jo vint-i-quatre vaig dir-me: «mira, potser que li digui que sí, i ja està.» Ens vam casar i vam anar a viure a casa dels sogres.

Aquells tres primers anys van ser fatals. De fet jo no vaig ser feliç, perquè de seguida va canviar molt. Ja no era tan «carinyós», es va tornar molt exigent i va començar a manar d'aquelles maneres. Ell només manava i jo obeïa. Al cap d'un any de matrimoni vam tenir la primera filla, encara vivíem a casa dels sogres i ell m'obligava que deixés de donar-li la teta, no volia que «amamantés» la nena, perquè havia d'estar per ell. Això que tenia a sa mare, que cada dia li posava el dinar! Però, sempre em deia: «Me'l poses tu, i no li donguis res a la nena!» No volia que estigués per la meva filla, sinó només per ell. Em maltractava psicològicament. Física-ment no, potser m'ha pegat un parell de vegades, però perquè m'he posat davant per defensar les meves filles. Feia només cinc mesos que tenia la nena i ja em va dir: «un dia et mataré a tu i a ta filla.»

Quan les meves filles eren petites teníem molta por, perquè ell era violent. El que no sabíem era que estava malalt. Després vam saber que

era esquizofrènic, però en aquella època ens pensàvem que era un Hitler, una persona dolenta que ens feia mal i que «disfrutava» fent-ne. Fins i tot pensava que el que feia ell era normal, quan em cridava creia que ho feia perquè tots els homes criden. Li demanava consell a ma mare i em responia: «tu per sota mà, fes el que vulguis». No obstant això, fins ara mai no ho havia pogut fer: no podia escollir les cortines al meu gust, ni les portes que m'agradaven. Això et crea molt malestar, no m'estranya que tingui fibromiàlgia, perquè aquest és un malestar de tota la vida.

Durant un temps vam estar vivint en una altra població. Allà no hi havia cinema, ni teatre ni res de res. Només hi havia l'església i la via del tren. El carrer on vivíem només té dues sortides: una donava a la via del tren i l'altra a la carretera i l'església. Quan jo estava molt nerviosa, perquè ell sempre em cridava molt i em deia les mil i una, sortia de casa i m'ho rumiava: «On vaig? A la via o a l'església?» Però després pensava: «Teresa, tens dues filles: cap a missa!» Aleshores anava a missa, resava un parenostre, i m'asseia, m'hi estava un bona estona fins que m'havia calmat i tornava cap a casa. Ell sempre em culpava de tot el que succeïa a les meves filles: si la nena queia, era perquè jo no en tenia prou cura, si agafava angines era perquè jo era una marrana i, si no feia els deures també era per culpa meva! Anava a missa perquè em sentia relaxada i més còmode, no per res més. Tot i que tinc una fe enorme. Si no fos perquè crec en Déu, ja no estaria en aquest món. Creure sempre m'ha ajudat molt. Quan em passa alguna cosa dolenta, reso. Sempre porto amb mi la verge dels Desemparats, que vaig anar expressament a comprar.

Amb la salut que tinc, al llarg de l'any he d'anar a molts metges: vaig al reumatòleg, al psiquiatra i al metge de capçalera perquè em recepti les medicines. He de fer moltes revisions perquè estic operada de la bufeta, dels pits i de la matriu. A més a més, tinc artrosi i fibromiàlgia. Tinc la fibromiàlgia des de fa molts anys, potser en fa vint, però no sabíem el que era. Ho he descobert ara, potser farà sis anys. Aquest dolor ja no li faig cas perquè si ho fes, ni sortiria de casa! Ara bé, si puc, vaig a ballar i tot! És quan no puc, que he d'asseure'm, perquè el metge sempre m'ha dit que jo el que no puc fer és la feina de casa. La faig perquè és una cosa obligada, però no puc tenir els néts. Els porto a col·legi, però vestir-los, es vesteixen ells. No puc ni nedar, ni fer gimnàs, no puc forçar-me. Només puc fer gimnàs de relaxament. Entre l'artrosi i la fibromiàlgia un dia em fa mal aquí, l'altre allà, no és una malaltia que puguis dir: «la fibromiàlgia et fa mal aquí». No, no saps mai on et tocarà ni quan et farà mal. Hi ha

dies que em trobo completament enfonsada i m'atipo de plorar a casa, perquè no vull plorar davant de les meves filles ni davant del meu marit. Les meves filles ja en tenen prou cadascuna amb elles mateixes. És una vida bastant «perra» aquesta. Em conformo amb el que tinc, tot i que sé que altres estan pitjor que jo.

A part de les revisions només vaig al metge d'urgències, perquè tinc un genoll que no puc moure'l, sé que és fibromiàlgia, però com que no el pots bellugar hi vaig perquè em doni un tractament. El psiquiatre em va diagnosticar depressió. Tot va junt, la fibromiàlgia i la depressió. Perquè quan no puc fer les coses em deprimeixo i si em deprimeixo em fa molt mal tot. És un cercle viciós.

A més, hi ha la malaltia del meu marit, és malalt pulmonar, li costa respirar i necessita l'oxigen; també és esquizofrènic. No saps mai què li passarà, potser en un mes l'hem d'ingressar cinc o sis vegades! Així no em puc programar res, perquè quan l'ingressen he d'estar a l'hospital vint-i-quatre o trenta-dues hores i després cap a casa, i torna un altre dia i un altre. A l'hospital li injecten cortisona i es calma una mica. Ja no té remei. Ell cada vegada anirà a pitjor, mai a millor. Ara que està ingressat, és un descans! L'assistenta social va venir-me a veure, i em va recomenar que l'ingressés. Ho van fer ells, jo no he fet res, no vaig demanat res! Vaig dir-li al metge: «No puc més, no puc més!» I ell encara em va dir: «Però si encara estàs prou bé, amb tot el que tens a sobre!» Em va enviar a l'assistenta social perquè fes els tràmits per ingressar-lo durant un mes i així poder descansar.

El meu marit fa dos mesos va voler-se tirar per la finestra de l'hospital. Una nit va venir a la meua habitació, perquè ell dorm en una altra cambra i jo tanco la porta de la meua, perquè així puc sentir el pany. Aquella nit eren les dues de la matinada i jo estava adormida. Em va posar un ganivet al coll i em va dir: «Què et sembla si ho faig?» I jo que li responc: «Mira, deixa el ganivet i deixa'm dormir tranquil·la, que tinc son!» I tan tranquil, diu: «D'acord'. Perquè quan vé amb aquestes coses, jo el tracto així. Vaig agafar el ganivet i el vaig amagar. Al cap d'una estona va tornar-hi amb un altre ganivet. No puc prendre'm res per a dormir, perquè el psiquiatre em diu que he de tenir un ull aquí i un altre allà. Em pregunto: «I així, quan dormo, jo?» Entre això i la fibromiàlgia, cada dia em llevo molt malament. Per això, vaig dir-li al metge: «No puc estar amb aquest home, tinc por! No puc deixar sols a casa els meu néts. Si hi sóc jo, els puc tenir de dia, però de nit ni parlar-ne! Quan marxo, els nens vénen amb mi.»

El meu marit està de baixa des dels cinquanta-set anys. Van fer-li quan la seva esquizofrènia va començar a manifestar-se amb força. Va tirar-se al metro. Abans de tot això, ell era estrany, era dolent, molt dolent. No sabíem que era esquizofrènic. Per això pegava la meua filla, per això em cridava a mi, per això trencava coses i tirava el dinar a les escombraries!

Les meves filles tenen molta feina i no poden estar per mi. El pobre del meu marit, ara es porta bé, perquè no té cap altre remei! Em necessita com el pa que menja, perquè el dutxo, l'arreglo, etc. Ell no pot menjar tot sol, no es pot vestir, no pot ajupir-se perquè s'ofega. Jo ho estic passant fatal, sort que ara m'han fet aquest favor d'ingressar-lo un mes, perquè així puc dormir.

Sempre va ser un mal pare, un mal marit, un mal amant, un mal amic. Ha estat un maltractador! Jo sóc una dona maltractada psíquicament. Les meves filles han rebut i molt! Jo per estar al mig, també he rebut per elles. Un dia ens van dir que això era per la malaltia, però nosaltres no vam adonar-nos-en fins que el van fer fora de la feina. Li van dir: «Ara has de plegar, et passarem a llarga malaltia.» Vaig dir-li: «Però si mai no ha estat de baixa!» Perquè ell tenia molt defectes, però era molt treballador, i a casa mai no va faltar de res, perquè si calia fer deu hores al dia, les feia. Sempre ha estat molt treballador. Però, de portes a dins era un Hitler! No suportava que gastessim els diners: «Hem de passar amb això. Què has fet, que no hi ha cèntims?» A mi em donava la sensació que nosaltres no podíem menjar i en canvi, quan venia la gent deia: ostres aquesta dona! I en canvi, jo no podia comprar-me unes sabates, ni un vestit. Anava a la Caixa a treure i posar diners, a casa sempre n'hi havia ben pocs. Un dia la meua filla va comentar que havia vist un vestit molt bonic i que li agradaria comprar-se'l, va respondre-li: «Si vols un vestit, vés a fer de puta i te'l compres!» Se'm va gelar el cor.

No el vaig denunciar mai. On podia anar amb dues nenes petites, sense casa i sense feina? Mai a la vida va portar les nenes a coll, mai a la vida va agafar un cistell. Era molt mala persona, no crec que es pugui ser-ho tant. L'acomiadament el va viure molt malament. No volia plegar fins arribar als seixanta-cinc, i això va representar un gran disgust. Des d'aleshores, ell està malalt, i jo he començat a viure! Amb els cèntims faig el que em dóna la gana, entro i surto de casa quan vull. Ara no diu res, al contrari. Durant tota la vida, ha estat molt gelós de les meves filles, però mai dels homes. Tot i que jo sempre he estat una dona molt atractiva.

Ell mai va estar gelós dels altres homes, però sí de les nenes i per això les pegava. Elles no feien mai res, però les pegava, potser perquè estava enfadat, perquè havia tingut un mal dia. A la feina era una joia, al carrer era una joia! I a casa era un infern!

A la vida m'ho he passat molt malament. En tinc per escriure un llibre, i les meves filles igual. Elles diuen que no volen al seu pare: «Mama, és que ens ha fet tant de mal, tant de mal!» Han demanat moltes vegades que es morís. Perquè ell ha estat molt dolent. Es va tallar les venes amb un rellotge. S'ha fet moltes coses. Cada vegada que en feia una, era un sotrac. De les dues vegades que es va tirar al metro, una el va enganxar i l'altra no. Va estar molt greu, va estar ingressat a la UVI. Aquestes coses, acaben per matar a qualsevol! I elles ho han passat molt malament. L'ai al cor el tenim totes. És molt trist. He passat de tot, no es pot explicar. Crec que encara estic prou bé pel que he passat i penso que segurament és per tot això, que tinc la malaltia. Fa uns quinze anys que va començar tot. Era el dia de la Constitució, quan es va tirar al metro per primera vegada i després ha anat continuant. Ha passat per tots els psiquiàtrics de la zona i per tots els hospitals. Els metges diuen que no pot millorar ni una cosa ni l'altra, ni el cap, ni els pulmons. I és clar, que una persona tot el dia estigui lamentant-se: «Estic malament, vull morir-me, ajuda'm a matar-me...» Fa quinze anys que em diu aquestes coses. Cada dia igual i quan està a casa sempre diu el mateix. Les meves filles estan traumatitzades, i han hagut d'anar al psicòleg, perquè també els ha afectat. Ara ja no hi van, perquè ara han d'estar per treballar. Tampoc van a veure a son pare, perquè ho passen molt malament i ell no els ho agraeix, sinó tot el contrari, sempre els fa crits: «Ja podeu marxar! Què feu aquí encara, foteu el camp!» És molt desagradable i per això els dic: «No vingueu. Ja us ho dic jo com està el papa, i no cal que vingueu perquè sinó patiu.» Jo faig com si no el sentís. Què els hauria de dir? Elles em responen: «Quan el papa mori, si és que mor alguna vegada...» Jo no desitjo que es mori, perquè guanya molts diners i em va molt bé, i així ho puc repartir. Quan ell mori «s'acabó la juer-ga» perquè per molt que em donin, no em donaran ni la quarta part del que estic cobrant ara. Tot i així, quan el veiem tant malament, desitgem i resem perquè es mori.

Moltes vegades he tingut por. M'agrada ballar. Surto a vegades, ballo i faig l'«indio», però sempre estic pensant en què em trobaré quan arribi. I si pel camí veig una ambulància que travessa el carrer, se m'accelera el cor i em fa toc-toc, perquè penso: «Li haurà passat alguna cosa?» Sempre

vaig amb aquella por al pit, tot i que no ho vulgui. Per això, ara que està ingressat vaig a casa, i puc dormir. Perquè penso: «Gràcies a Déu, si passa alguna cosa ja l'agafaran, ja s'apanyaran! Que no m'ho trobi jo!» Em fa por en tots els sentits: em fa por per mi, em fa por de trobar-me'l. És molt trista la vida que porto.

Era una venjança una mica «tonta», però és que jo tampoc no sentia res quan feia l'amor, jo no vaig sentir mai res fins que em van operar de la matriu. Ell ho feia amb mi quan li donava la gana: li era igual que jo tingués la regla. Ell anava endavant quan volia. Em deia: ara aixeca't, renta't, pensant-se que rentant-me serviria d'alguna cosa. Vull dir que he estat una persona que he estat molt tranquil·la amb aquest aspecte, si hagués estat una dona fogosa, hagués patit molt perquè és que a més no podies explicar-ho al marit. No vaig sentir res, gràcies a Déu, però si hagués sentit mai alguna cosa, m'hagués dit que era una porca! Perquè ell era un masculista, i clar barreja-ho amb el fet que era dolent. Perquè si vas a mirar-ho és una associació de tot. Clar, jo no podia dir: m'agradaria que em toquessis així o que em fessis això altre. Pobre de mi que hagués gosat dir-ho!

Ara fa un mes i mig que està ingressat en un psiquiàtric, gràcies a un programa de descàrrega familiar. Ara bé, no m'ho tornaran a donar una altra vegada, fins l'any que vé. Ho va tramitar l'assistenta, per la seguretat social, perquè pugui descansar, perquè pugui anar-me'n de viatge. Aniria a un balneari, però ara no tinc diners per anar enlloc. Però ara que ell està internat, jo estic a la glòria! Dormo totes les nits i penso que fins i tot si no prengués pastilles també dormiria, perquè estic sola. Això sí, cada nit tanco la reixa. Perquè ell, tot i ser com és, em fa companyia cada nit. Penso que el tinc aquí, encara que no serveixi per res.

Traducción de la narración de Montserrat

Entre la artrosis y la fibromialgia, un día me duele aquí, el otro allá. No, no sabes dónde te tocará ni cuándo te hará daño. Hay días que me encuentro completamente hundida y me harto de llorar en casa. Además, está también la enfermedad de mi marido. Es enfermo pulmonar. Le cuesta respirar y necesita el oxígeno. También es esquizofrénico. No sabes nunca qué le va a pasar. En un mes a lo mejor lo tenemos que ingresar cinco o seis veces. Hace unos quince años que comenzó todo. Era el día de la Constitución, cuando se echó al metro por primera vez, y después ha ido continuando. Ha pasado por todos los psiquiátricos de la zona y por todos los hospitales. Los médicos dicen que no puede mejorar ni una cosa ni la otra, ni la cabeza, ni los pulmones. Es una persona que todo el día está lamentándose: «Estoy mal, quiero morirme, ayúdame a matarme...»

Nací el 1939 en la calle de Santa Engracia. Soy la tercera de seis hermanos. Las tres mayores nacimos durante la Guerra Civil. En aquel momento en casa vivíamos la abuela, una tía soltera, los padres, mis dos hermanas y yo. Mi hermano nació en 1941 y quince años después tuvimos otra hermana. El último hermano llegó cinco años después de ésta.

Éramos una familia humilde y lo pasamos bastante mal, porque el sueldo de los padres era muy bajo. Además, resulta que mi padre fue al frente de voluntario con veinte años y poco, y como era rojo, cuando acabó la guerra lo castigaron, y tuvo que hacer otros dos años de servicio militar. Con lo cual no estaba en casa, ni trabajaba. La madre se quedó sola con nosotros y no sabía ni por dónde empezar. Por eso nosotros estábamos un poco abandonados.

Íbamos al colegio del Ayuntamiento. Me acuerdo como si fuera ahora. Éramos cuatro y pagábamos sólo tres duros, ya que al ser cuatro nos rebajaban un duro. Íbamos a pie de casa al colegio pasando por un puente que le llamaban de la Muerte, porque hacía una curva muy grande y siempre se moría mucha gente. Había muchos accidentes. Nosotros atravesábamos la carretera todos los días y por el camino aprovechábamos para hacer muchas trastadas. Éramos traviesas: llamábamos a las puertas, abríamos los camiones que llevaban arena...

La madre trabajaba en una fábrica de lija. Estuvo allí hasta el 55, cuando nació mi hermana pequeña. El padre trabajaba en la Maquinista, donde montaban los trenes y los metros. Después de la guerra volvió a la Maquinista, y más adelante fue a trabajar a la Pegaso. Nos lo pasábamos muy mal, porque en casa vivía mucha gente, era de alquiler y no teníamos mucho dinero para pagarla. Pasábamos mucho hambre. Mi abuelita por parte de padre nos ayudaba con la leche y con el racionamiento. Después de la guerra continuamos pasando mucho hambre. Mi hermana se comía el pan mohoso que encontraba, y hasta se comía la arena. Esperábamos que llegase el domingo para ir a ver a los padrinos, que no eran de la familia, y darles un beso para que nos diesen diez céntimos o galletas.

En casa vimos mucha miseria, pero lo que también me sabe mal es que tampoco fuimos queridos. No nos mostraron nunca afecto. Pienso que llegamos al mundo porque en aquella época la gente no tenía demasiada inteligencia. No se sabía cómo hacerlo. Mi madre me explicaba que, durante la guerra, le decía a mi padre cuando él le pedía para que le visitase: «¿es que no ves que si te vengo a ver, me volveré a quedar embarazada?» Él no estaba en casa cuando nacimos las tres mayores.

Nunca he tenido afecto por parte de mi madre. No sé lo que es que te digan: «te quiero mucho» Tampoco me lo dijo mi padre, ni mis hermanos. Nosotros hacíamos lo que veíamos, y como que no se nos mostraban señales de afecto, tampoco lo teníamos entre nosotros. Vivíamos con poca comunicación, cada cual miraba sólo por él. Si podías encontrar comida, ¡primero yo, después yo y siempre yo!

No acabé la primaria. Me saqué el graduado escolar el año pasado. A los trece años me pusieron a trabajar haciendo jerséis a máquina. Trabajaba todo el día, de ocho de la mañana hasta las nueve de la noche, y al mediodía teníamos una hora para comer. También trabajábamos los sábados. Estuve trabajando en los tejidos finos hasta el sesenta y cuatro en que tuve la niña. Cuando tenía veinticinco años, cuatro años después, tuve la segunda. Dejé de trabajar y no volví a hacerlo hasta que la pequeña cumplió diez años. Entonces encontré empleo en un mercado haciendo de dependienta, y así fui de mercado a mercado hasta que hace diez años lo dejé.

Ahora tengo la jubilación, pero no trabajo desde los cincuenta y dos años cuando me dieron el paro. En aquel momento cobraba

cincuenta y dos mil pesetas, y cuando llegué a los sesenta pasé a cobrar cuarenta y siete mil. Era como una prejubilación. Ahora me dan cuatrocientos euros, una diez mil pesetas más de lo que cobraba antes. Me dijeron que como mi marido cobraba mucho, yo no tenía derecho a cobrar más.

Además, tengo dos hijas separadas que tienen un sueldo mínimo y las ayudo con lo que puedo. Yo puedo ir mal, pero pienso que mis hijas lo necesitan. Los niños, la ropa de los niños, esta semana he gastado muchísimo dinero con la ropa. Hay meses que gasto mucho dinero por una u otra cosa de los nietos. Otros meses no tanto. Ahora están solas y cobran seiscientos euros cada una. ¡Ya me dirás cómo se lo hacen para pagar la luz, el agua, el gas y todo!

Cuando me casé, no estaba enamorada. Tenía veinticuatro años y él era guapito. Iba bien vestido, tenía tres trajes y una moto. Por aquel entonces, ¿quién los podía tener? Siempre iba arreglado. Él tenía veintisiete años y yo veinticuatro, me dije: «mira, le digo que sí, y ya está.» Nos casamos y fuimos a vivir en casa de los suegros.

Aquellos tres primeros años fueron fatales. De hecho yo no fui feliz, porque enseguida cambió mucho. Ya no era tan cariñoso. Se volvió muy exigente y comenzó a mandar de malas maneras. Él sólo mandaba y yo obedecía. Al cabo de un año de matrimonio tuvimos la primera hija, aún vivíamos en casa de los suegros y él me obligaba a que dejase de darle el pecho. No quería que amamantase a la niña, porque tenía que estar por él. ¡Y eso que tenía a su madre, que todos los días le ponía la comida! Pero siempre me decía: «¡Me la pones tú, y no le des nada a la niña!» No quería que cuidase a mi hija, sólo a él. Me maltrataba psicológicamente. Físicamente no. Tal vez me ha pegado un par de veces, pero porque me he puesto delante para defender mis hijas. Hacía sólo cinco meses que tenía la niña y ya me dijo: «un día te mataré a ti y a tu hija.»

Cuando mis hijas eran pequeñas teníamos mucho miedo, porque él era violento. Lo que no sabíamos era que estaba enfermo. Después supimos que era esquizofrénico. Pero en aquella época pensábamos que era un Hitler. Una persona mala que nos hacía daño y que disfrutaba haciéndolo. Incluso pensaba que lo que hacía él era normal. Cuando me gritaba creía que lo hacía porque todos los hombres gritan. La pedía consejo a mi madre y me respondía: «tú, a sus espaldas, haz lo que quieras». Sin embargo, hasta ahora nunca

lo he podido hacer: no podía escoger las cortinas a mi gusto, ni las puertas que me gustaban. Eso te crea mucho malestar, no me extraña que tenga fibromialgia, porque éste es un malestar que me viene de toda la vida.

Durante un tiempo estuvimos viviendo en otro pueblo. Allí no había cine, ni teatro, ni nada de nada. Sólo la iglesia y la vía del tren. La calle donde vivíamos sólo tenía dos salidas: una daba a la vía del tren y la otra a la carretera y a la iglesia. Cuando yo estaba muy nerviosa, porque él siempre me gritaba mucho y me decía las mil y una, salía de casa y pensaba: «¿Dónde voy? ¿A la vía o a la iglesia?» Pero después pensaba: «Teresa, tienes dos hijas: ¡a misa!» Entonces iba a misa, rezaba un padrenuestro, y me sentaba, me pasaba un buen rato hasta que me había calmado y volvía hacia casa. Él siempre me culpaba de todo cuanto les pasaba a mis hijas: si la niña caía, era porque yo no la cuidaba lo suficiente. Si cogía anginas era porque yo era una marrana y si no hacía los deberes también era por culpa mía. Iba a misa porque me sentía relajada y más cómoda, no por nada más. Por suerte tengo una fe enorme. Si no fuera porque creo en Dios, ya no estaría en este mundo. Creer siempre me ha ayudado mucho. Cuando me pasa alguna cosa mala, rezo. Siempre llevo conmigo la Virgen de los Desamparados, que fui expresamente a comprarla.

Con la salud que tengo, a lo largo del año tengo que ir a muchos médicos: voy al reumatólogo, al psiquiatra y al médico de cabecera para que me recete las medicinas. Tengo que hacer muchas revisiones porque estoy operada de la vejiga, de los pechos y de la matriz. Además tengo artrosis y fibromialgia. Tengo la fibromialgia desde hace muchos años, tal vez veinte, pero antes no sabíamos lo que era. Lo he descubierto ahora, tal vez hará seis años. A este dolor ya no le hago caso porque si le hiciera caso, ¡no saldría de casa! Ahora bien, si puedo, ¡incluso voy a bailar! Es cuando no puedo que tengo que sentarme, porque el médico siempre me ha dicho que yo lo que no puedo hacer es el trabajo de casa. Lo hago porque es una cosa obligada, pero no puedo tener los nietos. Los llevo a colegio, pero vestirlos, se visten ellos. No puedo ni nadar, ni hacer gimnasia, no puedo forzarme. Sólo puedo hacer gimnasia de relajamiento. Entre la artrosis y la fibromialgia un día me duele aquí, el otro allí, no es una enfermedad que puedas decir: «la fibromialgia te duele aquí». No, no sabes nunca dónde te tocará ni cuándo te hará daño. Hay

días que me encuentro completamente hundida y me hartó de llorar en casa, porque no quiero llorar delante de mis hijas ni delante de mi marido. Mis hijas bastante tienen cada una con ellas mismas. Es una vida bastante perra ésta. Me conformo con lo que tengo, a pesar de que sé que otros están peor que yo.

A parte de las revisiones sólo voy al médico de urgencias, porque tengo una rodilla que no puedo mover, sé que es fibromialgia, pero como no puedes mezclarlo todo voy para que me den un tratamiento. El psiquiatra me diagnosticó depresión. Todo va junto. La fibromialgia y la depresión. Porque cuando no puedo hacer las cosas me deprimó y si me deprimó me duele mucho todo. Es un círculo vicioso.

Además, está la enfermedad de mi marido. Es enfermo pulmonar, le cuesta respirar y necesita oxígeno; también es esquizofrénico. No sabes nunca qué le pasará. ¡En un mes lo tenemos que ingresar cinco o seis veces! Así no me puedo programar nada, porque cuando lo ingresan tengo que estar al hospital veinticuatro o treinta y dos horas y después para casa, y vuelve otro día y otro. En el hospital le inyectan cortisona y se calma un poco. Ya no tiene remedio. Él cada vez irá a peor, nunca a mejor. Ahora que está ingresado, ¡es un descanso! La asistenta social me vino a ver, y me recomendó que lo ingresase. Lo hicieron ellos, yo no he hecho nada. No he pedido nada. Le dije al médico: «¡No puedo más, no puedo más!» Y él aún me dijo: «Pero si aún estás muy bien, ¡con todo lo que tienes encima!» Me envió a la asistenta social para hacer los trámites para ingresarlo durante un mes y así poder descansar.

Mi marido hace dos meses se quiso tirar por la ventana del hospital. Una noche vino a mi habitación, porque él duerme en otra habitación y yo cierro la puerta de la mía, porque así puedo oír cuando la abren. Aquella noche eran las dos de la madrugada y yo estaba dormida. Me puso un cuchillo al cuello y me dijo: «¿qué te parece si lo hago?» Y yo le respondo: «Mira, deja el cuchillo y déjame dormir tranquila, que tengo sueño.» Y tan tranquilo, dice: «de acuerdo». Porque cuando me sale con estas cosas, yo lo trato así. Cogí el cuchillo y se lo escondí. Al cabo de un rato volvió con otro cuchillo. No puedo tomarme nada para dormir, porque el psiquiatra me dice que tengo que tener un ojo aquí y otro allí. Me pregunto: «Y así, ¿cuándo duermo, yo?» Entre eso y la fibromialgia todos los días me encuentro muy mal. Por eso le dije al médico: «no puedo estar con

este hombre, ¡tengo miedo! No puedo dejar solos en casa a mis nietos. Si yo estoy en casa, los puedo tener de día, ¡pero de noche ni hablar! Cuando me voy, los niños vienen conmigo».

Mi marido está de baja desde los cincuenta y siete años. Se la dieron cuando se vio que estaba mal. Se tiró al metro. Antes de todo eso, él era extraño, era malo, muy malo. Pero no sabíamos que era esquizofrénico. Por eso pegaba a mi hija, por eso me gritaba a mí, por eso rompía cosas y echaba la comida a la basura.

Mis hijas tienen mucho trabajo y no pueden cuidarme. El pobre de mi marido ahora se porta bien, ¡porque no tiene otro remedio! Me necesita totalmente, porque lo ducho, lo cuidado. Él no puede comer solo, no puede vestirse solo, no puede agacharse porque se ahoga. Yo lo estoy pasando fatal. Suerte que ahora me han hecho este favor de ingresarlo un mes, porque así puedo dormir.

Siempre fue un mal padre, un mal marido, un mal amante, un mal amigo. ¡Ha sido un maltratador! Yo soy una mujer maltratada psíquicamente. Mis hijas han recibido y mucho. Yo por meterme en medio, también he recibido por ellas. Un día nos dijeron que eso era por la enfermedad, pero nosotros no nos dimos cuenta hasta que lo echaron del trabajo. Le dijeron: «ahora tienes que dejarlo, te pasaremos a larga enfermedad.» Le dije: «¡pero si nunca has estado de baja!» Porque él tenía muchos defectos, pero era muy trabajador, y en casa nunca faltó nada. Porque si había que hacer diez horas al día, las hacía. Siempre ha sido muy trabajador. Pero, de puertas adentro, ¡era un Hitler! No soportaba que gastase más dinero: «tenemos que pasar con lo que tenemos. ¿Qué has hecho, que no queda dinero?» A mí me daba la sensación de que nosotros no podíamos ni comer y, en cambio, cuando venía la gente le decían: «¡ostras esta mujer!» Yo no podía comprarme unos zapatos, ni un vestido. Iba a la Caixa a sacar y poner dinero, porque en casa siempre había muy poco dinero. Un día mi hija comentó que había visto un vestido muy bonito y que le gustaría comprárselo. Le dijo: «si quieres un vestido, ve a hacer de puta y te lo compras!» Se me heló el corazón.

No lo denuncié nunca, ¿dónde podía ir con dos niñas pequeñas, sin casa y sin trabajo? Nunca en la vida llevó las niñas a costas, nunca en la vida cogió un cesto. Era muy mala persona, no creo que se pueda serlo tanto. El despido lo vivió muy mal. No quería dejar de trabajar hasta llegar a los sesenta y cinco, y eso representó un gran

disgusto. Desde entonces él está enfermo, ¡y yo he comenzado a vivir! Con el dinero hago lo que me da la gana, entro y salgo de casa cuando quiero. Ahora no dice nada, al contrario. Durante toda la vida ha sido muy celoso de mis hijas, pero nunca de los hombres. A pesar de que yo siempre he sido una mujer muy atractiva. Él nunca estuvo celoso de los otros hombres, pero sí de las niñas y por ello les pegaba. Ellas no hacían nunca nada, pero les pegaba, tal vez porque estaba enfadado, porque había tenido un mal día. En el trabajo era una joya, en la calle era una joya. ¡Y en casa era un infierno!

En la vida lo he pasado muy mal. Podría escribir un libro, y mis hijas igual. Ellas dicen que no quieren a su padre: «mamá, él nos ha hecho tanto daño, ¡tanto daño!» Han pedido muchas veces que se muriese. Porque él ha sido muy malo. Se cortó las venas con un reloj. Se ha hecho muchas cosas. Cada vez que hacía una de esas, era un sobresalto. De las dos veces que se echó al metro, una lo enganchó y la otra no. Estuvo muy grave, estuvo ingresado en la UVI. ¡Estas cosas acaban por matar a cualquiera! Y ellas lo han pasado muy mal. ¡La angustia la tenemos todas! Es muy triste. He pasado de todo, no se puede explicar. Creo que aún estoy demasiado en relación con lo que he pasado y seguramente por eso estoy enferma. Hace unos quince años que comenzó todo. Era el día de la Constitución cuando se echó al metro por primera vez y después ha ido continuando. Ha pasado por todos los psiquiátricos de la zona y por todos los hospitales. Los médicos dicen que no puede mejorar ni una cosa ni la otra: ni la cabeza, ni los pulmones. Y claro, está todo el día lamentándose: «estoy mal, quiero morirme, ayúdame a matarme...» Hace quince años que me dice estas cosas. Todos los días igual, y cuando está en casa siempre dice lo mismo. Mis hijas están traumatizadas, y han tenido que ir al psicólogo, porque también les ha afectado. Ahora ya no van, porque ahora tienen que trabajar. Tampoco van a ver a su padre, porque lo pasan muy mal y él no se lo agradece, sino al contrario, les grita: «¡Ya podéis marcharos! ¿Qué hacéis aquí? ¡Iros de una vez!» Es muy desagradable y por eso les digo: «no vayáis. Yo ya os diré cómo está, y no es preciso que vayáis porque sino sufrís». Yo hago como si no lo oyese. Ellas me dicen: «cuando papá se muera, si es que se muere alguna vez...» Yo no quiero que se muera, porque gana mucho dinero y me va muy bien, y así lo puedo repartir. Cuando él se muera se acabó la juerga,

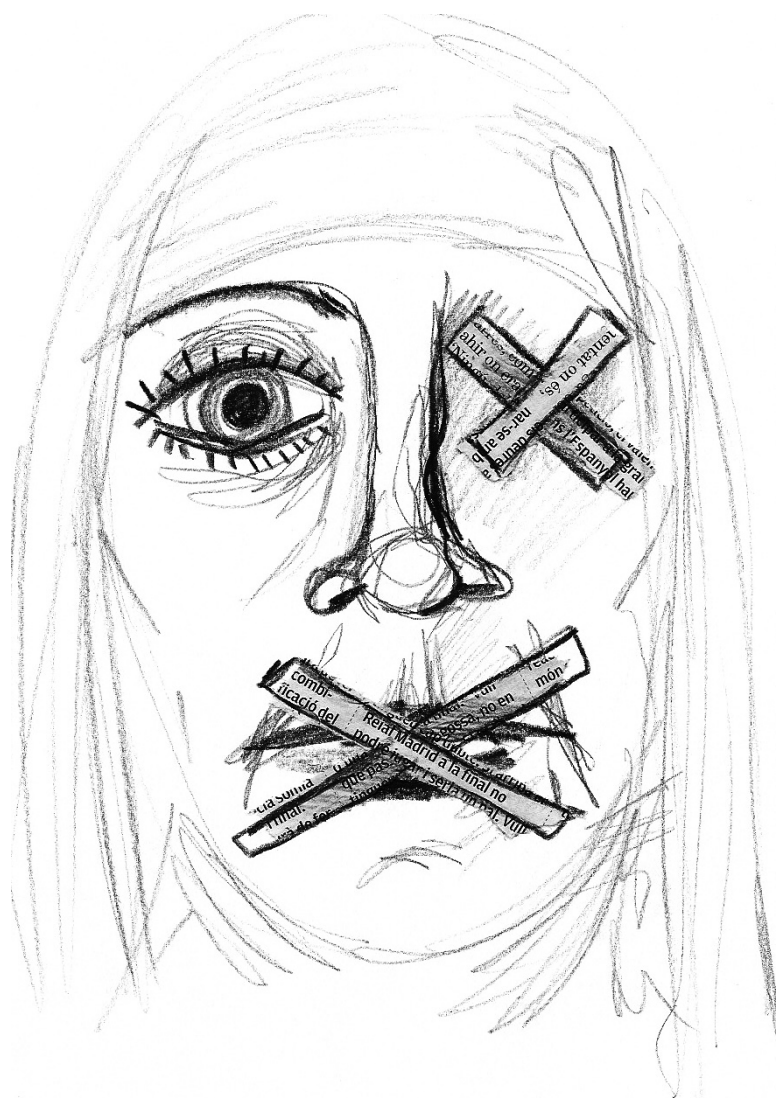
porque por mucho que me den, no me darán ni la cuarta parte de lo que estoy cobrando ahora. Aun así, cuando lo vemos tan mal, deseamos y rezamos para que se muera.

Muchas veces he tenido miedo. Me gusta bailar. Salgo a veces, bailo y hago el indio, pero siempre estoy pensando en qué me voy a encontrar cuando llegue. Y si por el camino veo una ambulancia que atraviesa la calle, se me acelera el corazón y me hace toc-toc, porque pienso: «¿le habrá pasado alguna cosa?» Siempre voy con ese miedo en el corazón, a pesar de que no lo quiera. Por ello, ahora que está ingresado puedo estar en casa y dormir. Pienso: «Gracias a Dios, si le pasa alguna cosa ya se apañarán. ¡Que no me lo encuentre yo!» Me da miedo en todos los sentidos: me da miedo para mí, me da miedo a encontrármelo. Es muy triste la vida que llevo.

Es una venganza un poco tonta, pero es que yo tampoco no sentía nada cuando hacía el amor. Yo no sentí nunca nada hasta que me operaron de la matriz. Él lo hacía conmigo cuando le daba la gana: le era al igual que yo tuviese la regla. Él iba palante cuando le daba la gana. Me decía: «ahora levántate y lávate.» Pensando que lavándome serviría de algo. Quiero decir que he sido una persona que he sido muy tranquila en ese aspecto, si hubiese sido una mujer fogosa, hubiese sufrido mucho porque es que además no podía explicarlo al marido. No sentí nada, gracias a Dios, pero si alguna vez hubiese sentido algo me hubiese dicho que era una cerda. Porque él era un machista, y claro, si lo mezclas con lo malo que era... Porque si lo miras bien, es un poco de todo. Claro, yo no podía decir: me gustaría que me toques así o hazme eso otro. ¡Pobre de mí que me hubiera atrevido a decirlo!

Hace ahora un mes y medio que está ingresado en un psiquiátrico, gracias a un programa de descarga familiar. Ahora bien, no me lo volverán a dar otra vez hasta el año que viene. Lo tramitó la asistenta, por la Seguridad Social, para que pueda descansar, para que pueda irme de viaje. Iría a un balneario, pero ahora no tengo dinero para ir a ninguna parte. Pero ahora que él está internado, ¡yo estoy en la gloria! Duermo todas las noches y pienso que incluso si no tomase pastillas también dormiría, porque estoy sola. Eso sí, cada noche cierro la reja. Porque él, a pesar de ser como es, me hacía compañía cada noche. Pienso que lo tengo aquí, aunque no sirva para nada.

CRONIFICACIÓN DE LA EXCLUSIÓN



Contexto de la entrevista

El contacto con Antonio lo hicimos a través de los servicios sociales de la zona. La asistenta social le había puesto en antecedentes y le había comentado que nos pondríamos en contacto con él para hacerle una entrevista, en caso de que estuviera de acuerdo. Cuando le llamamos, pues, ya estaba sobre aviso y no tuvo ningún inconveniente en hacer la entrevista en su domicilio.

Llegamos a la puerta del piso un día húmedo, gris y lluvioso media hora antes de lo que habíamos convenido. El frío y la llovizna suave, pero constante, nos decidieron a llamar al móvil, el único teléfono del entrevistado, para empezar antes de lo previsto. Antonio nos respondió diciendo que aunque él no estuviera en casa podíamos subir, que ya nos abriría su mujer. La escalera estrecha y empinada no permitía pasar a dos personas de lado. Ello, juntamente con los pocos recursos económicos de los que dispone el matrimonio, les condiciona enormemente la posibilidad de tener una nevera en condiciones u otros muebles necesarios para la casa. Simplemente no pasan por la escalera.

Al llegar al cuarto piso, el último del bloque, llamamos a la puerta. Una señora de unos cuarenta años, con bata de casa, zapatillas y un delantal desgastado nos abrió un poco sorprendida. Con los ojos azules, grandes, con una mirada fija pero un tanto perdida, nos hizo pasar. En aquel momento estaba despidiéndose de un amigo; un señor unos diez o quince años mayor que ella que aprovechó para irse. La mujer de Antonio, cuando nos quedamos a solas, nos dejó plantadas en el medio del comedor y desapareció por un pasillo oscuro, relativamente corto que parecía desembocar a la única habitación que había en el piso. Además de la habitación y el comedor, el piso sólo disponía de una cocina y un baño.

La mujer de Antonio regresó con un canario dentro de una pequeña jaula. Mientras esperábamos que viniera el marido, la señora nos mostró el descampado que se veía desde la ventana. Nos comentó que los vecinos tiraban pan y otros restos de comida provocando, así, que la población de ratas de la zona aumentara muy rápidamente. Cansada de ver ratas en su piso se había provisto de un gato hacía poco más de un mes. El gato, un pequeño perro muy saltarín y el canario eran los tres animales de compañía que había en casa de Mercedes y Antonio. El perro estuvo las dos horas que duró la

entrevista saltando —y a veces ladrando— a nuestros pies. Parece ser que le gustó sobremanera la bolsa donde llevábamos el material de trabajo, de forma que no dejó de olfatearla hasta que nos fuimos. Cuando salimos a la calle, y con gran sorpresa por nuestra parte, descubrimos un hueso en la bolsa.

Mercedes caminaba arriba y abajo hasta que llegó su marido. Antonio, al entrar, saludó con un poco más de acierto del que había mostrado Mercedes, nos ofreció una silla y pudimos empezar la entrevista, en la cual ella estuvo presente, aunque se situó en una silla que quedaba a nuestra espalda, al lado de la ventana.

Antonio, un hombre de estatura mediana, quizás un metro setenta, delgado y con una cara demacrada que le hacía un semblante más viejo de lo que era, hablaba deprisa, bajo y sin vocalizar. Respondía brevemente a las preguntas, sin describir demasiado las situaciones a las que se refería y no le gustaba nada entretenerse en las explicaciones. Aunque desde el inicio se había mostrado dispuesto a realizar la entrevista, parecía que no quería mencionar aspectos concretos de su vida. Poco a poco, se abrió un poco más y comentó, aunque fuera de pasada, episodios de su vida, como su estancia en prisión, los años que tuvieron que vivir en unas chozas, etc. Él había tenido una vida errante, ya desde su más tierna infancia, y por ello, dijo, no se acordaba con exactitud de la cronología de su trayectoria vital.

Ni Antonio ni su mujer se habían abrigado: él iba vestido con una camisa y un jersey más bien delgado y ella con una camiseta bajo la bata. La estancia, que no disponía ni de estufa ni de otro medio para calentarse, era fría y húmeda. Ellos debían estar acostumbrados a estas condiciones meteorológicas, puesto que, ni cuando les insinuamos el frío que hacía, no cerraron la puerta o la ventana.

El comedor era pequeño y triste, con paredes que reclamaban una segunda capa de pintura. Los únicos muebles que había eran: una mesa de camping, tres sillas y una estantería estrecha sobre la cual había un pequeño televisor. A su lado, sobre un pequeño armario desvencijado, había un aparato de vídeo. Las películas, que iban a buscar de vez en cuando a la biblioteca, los ayudaban a pasar las largas tardes oscuras e húmedas de invierno. El único adorno que se podía ver en las paredes era una cruz de madera de unos veinte centímetros de largo que estaba situada sobre la mesa, a la altura de la vista. A lo largo de la entrevista Mercedes se encomendó un par de veces a dicha cruz.

Narración de Antonio

Si tengo alguna dificultad económica voy a la asistente social. Si quiere me echa una mano y si no, ¡mira! Me apaño con otras cosas. Empezamos a ir a la asistente hace nueve años. Antes habíamos ido pero no nos hacían caso. Era cuando vivíamos en una barraca, bueno, en una casa abandonada. Estuvimos ahí un año y medio. ¡Sin agua, sin luz, sin nada! En invierno y en verano. Hemos pasado inviernos mucho más putas, hasta cinco bajo cero!

Los momentos más difíciles de mi vida fueron cuando estuve en prisión. Después de la cárcel, es difícil encontrar trabajo. Tienes el certificado penal, y cuando les dices que: «Sí, he estado en prisión», siempre te responden: «Ya te llamaremos», y nunca llaman.

Nací en Barcelona hace cuarenta y tres años. Vivíamos una situación familiar malísima. Mis padres bebían mucho alcohol. Me pegaban, me maltrataban: una vez, me pegaron con una madera y me dieron con un clavo en la cabeza; también en pleno invierno, me bañaban y me pegaban con cables eléctricos. No tengo ni idea por qué, imagino que «por lo económico». En casa, no teníamos dinero; mi padre hizo de peluquero, vendía periódicos, helados, y mi madre limpiaba en un hospital.

Mi madre me dejó abandonado en Sant Joan de Déu cuando era pequeño, tenía menos de cuatro años. De allí, me metieron en los Hogares Mundet, en Barcelona, donde hice la comunión, y luego estuve en una familia, después estuve en otra. Luego me cogió un psicólogo y estuve viviendo un tiempo en su casa. ¡No tenía a nadie que me acogiera! Me tuvieron unos dos o tres años en su casa.

Cuando tenía unos ocho años murió mi padre, y marché junto a mi madre a Almería, de donde ella provenía. Siguió pegándome hasta que a los trece años le dije: «¿Sabes qué? Marcho de casa y voy a buscarme la vida por ahí». Entonces volví aquí. Trabajaba de peón en una empresa de la construcción. Podría haber tenido un puesto fijo pero me acabaron echando por culpa de las borracheras de mi madre. Más tarde, estuve trabajando seis meses en una panadería de Barcelona, luego en otra seis meses más, pero siempre venía mi madre borracha a exigir que le diera pan, se lo daba, y al final también me echaron.

A los diecisiete años trabajé limpiando cristales y luego estuve un mes recogiendo basuras, en obras y en mantenimiento de las calles contratado

por el ayuntamiento. También estuve con mi hermana que tenía sus críos y los alimentaba. Dos veces vino mi madre a buscarme, pero mi mujer le dio la excusa que estaba en Barcelona y bueno, las mil y una. Después vino un día a este piso y dijo que quería buscar una casa.

Nunca he tenido muchos contratos, casi siempre contratos basura que no aparecen ni en la seguridad social. Una vez me tiré cuatro años en una empresa haciendo obras y durante todo ese tiempo no me aseguraron. En los papeles, sólo consta que he trabajado dos años ¡He trabajado y después no sale nada! También he estado parado, hasta cinco y seis años, pero no cobré el paro. Entonces hacía cosas así de «estranquis». Me tiré unos meses en una casa haciendo muros y me pagaban cincuenta mil pelas.

Ahora no puedo trabajar mucho porque tengo la clavícula partida y se me hincha por detrás. No puedo porque si trabajo en la construcción y estoy llevando algo y se me escapa y «pilla» alguien debajo, me lo llevo por delante. Me dije a mí mismo: «Así no puedo continuar». Ahora cobro un PIRMI, doscientos noventa euros; mi mujer no cobra nada. Igual nos darán la ayuda familiar porque con el PIRMI, tras pagar el alquiler no tengo ni para comer. Tengo que encontrar trabajos de «estranquis». Si necesito, busco otras faenas. Ahora mismo no tengo. Por ahí hay gente que son negreros y como los conozco, a veces me dan algo para trabajar un poco y salir adelante. Hago cosas en la construcción: mantenimiento de una casa, sacar la hierba, de caballos... Lo que sea. Además, estoy apuntado en todas las ETT pero de momento ninguna me ha llamado.

Yo tenía tres hermanos, pero la mayor murió. Vivía en el Vallès, tenía siete críos, el mayor tiene ahora quince años, y me enteré que los tenían adoptados en una casa de éstas que hay en Barcelona. No tengo ni idea de dónde está el marido de mi hermana. Era un chaval de estos «mediopsicópata». De los otros, cada uno vive en un pueblo distinto, pero cerca de aquí. Ellos pasan de mi madre y yo tampoco tengo relación con ellos. Mi hermano también se echó a la bebida. La última vez que tuve relación con él, fue peleándome. Con él me llevo cinco años, es paleta y tiene tres hijos, pero no sé cuántos años tienen porque no los veo. Mi otra hermana, la pequeña, estuvo en la cárcel por drogas. Pasó por la aduana de Marruecos para España, y le engancharon nueve quilos de hachís. Ella no tomaba drogas, uno le puso algo en el coche y ni se enteró. La pusieron en la cárcel y se tiró ocho o nueve años. Me parece que también tiene hijos.

Estuve en la escuela hasta los ocho años y luego fuera, estaba con mi madre, con las cabras, en el huerto. Mis hermanos hacían lo mismo. Yo sé leer y escribir, pero mi mujer no, porque no ha estudiado. Sus padres no la llevaron a la escuela ya que tenía problemas familiares. En realidad es analfabeta, y yo le he enseñado un poco. Casi no ha trabajado, antes iba a una casa a cuidar a un hombre mayor, pero se murió. Lo que pasa es que no está capacitada, porque le han pedido un currículum y no tiene ninguno.

La madre de mi mujer está viva, pero es como si no la tuviera. En total hubieran sido trece hermanos. ¡Y de trece sólo son cinco! Su madre ahogó a cinco! Uno se mató con la moto y otros dos se los quitaron porque tenían una enfermedad muy mala, no sé cuál era. Ahora son tres hermanas y de las tres, mi mujer es la única que se habla con su padre y la única que va a su casa y le dice: «Papa, qué? Com anem?», «Bé, bé...»²². Yo también le ayudo en el campo. La hermana mediana va a verlo, pero la pobre tiene mucho trabajo. Ésa tiene cinco críos, a veces también trabaja. Su marido está medio jodido, no está muy bien de salud y ella tampoco está bien de la espalda. La otra hermana no tiene hijos y «vive del cuento».

Mi mujer tiene epilepsia y el sida, tiene que hacer un tratamiento. La epilepsia se la causa el virus. Antes estaba sana, las dos cosas se las encontraron en septiembre del año pasado. Se contagió por culpa de un drogadicto, seguramente el tío debería tener alguna herida y la infectaría. Tras un par de días lo encontraron en una plaza, le colgaron o se debió colgar él. En septiembre mi mujer tuvo el primer ataque de epilepsia. Estábamos de vacaciones en otra ciudad cuando le vino, yo le dije: «¿Qué te pasa?» Tuve que llamar a la ambulancia, se la llevaron al hospital, estuvo una semana. Entonces yo tenía que ir a trabajar y subir al hospital. Ahora va a un especialista en virus. Lo que pasa es que se ve que le ha tocado el cerebro ¡y el año pasado tuvo cinco ataques de golpe!

Yo estoy bien de salud, aunque si levanto pesos la espalda me duele un poco. Bueno, no la espalda, lo que tengo debajo que está roto. Me lo hice trabajando como un cabrón en una obra. Caí de manos y esto al caer así te sube el hombro para arriba. No me llevaron al hospital, porque me metieron en prisión y dije que me dolía, que me dolía ¡pero no me hicieron caso! Y así se quedó.

22. «¿ Papá, qué? ¿Cómo andamos?», «Bien, bien».

Me casé con mi mujer cuando ella tenía diecinueve años y yo dieciocho. Primero, vivimos en un piso que luego tiraron. Nos preguntamos: «¿Y ahora dónde vamos a parar?» Fuimos un tiempo a casa de su padre. Tuve mi primera hija a los veinte años, y la siguiente a los veintiuno. Los de la protección de menores nos sacaron las niñas. Las tuvimos un par de semanas y ya está, las perdimos y no las hemos visto más. Nos dijeron que era porque no podíamos mantenerlas. Estábamos en casa del padre de mi mujer y él «padece de economía». No tiene dinero ni para mantener una familia ni nada. Él había trabajado en una fábrica pero ahora ya no.

Por esa época me metía en peleas, borracheras... tenía problemas judiciales, siempre por estas peleas. Un día yo estaba delante un coche y me acusaron de robo. Sin haber robado nada ya ponían: robo. Entonces no teníamos dinero y su padre no nos podía mantener. Volvimos aquí y nos fuimos a una barraca. Estuvimos tres años. Y después tres años más en otra y después tres más en otra. El suelo era de tierra, pero no había mucha humedad porque hacía como una especie de pared y poníamos un somier. Ahí no teníamos ni nevera ni nada. Había un somier abajo y la tierra. Durante el día iba buscando trabajo y ella cuidaba a un viejo: un hombre manco. Así íbamos tirando. No podíamos alquilar un piso porque te pedían nóminas y no tengo ¡No tengo trabajo fijo!

Hasta hace poco no tuvimos un piso. Gracias a un hombre mayor encontramos un piso aquí al lado. Pagábamos veinte mil pesetas. Aunque aquello no era un piso, ¡eran unas *golfe*²³! Ahora estamos en este piso. Hay humedad, en invierno es muy húmedo y para mi mujer no le va bien por lo que tiene. Lo calentamos, tenemos una estufa y un calefactor. El agua es de depósito. ¡Lo tenemos aquí encima! Aquí tenemos un termo para calentar agua pero no funciona. ¡Lo trajeron nuevo y a las dos semanas ya no funcionaba! Me ducho con agua fría todo el año. Mi mujer se lava con agua caliente, se va calentando el agua. Estaríamos mejor en otra casa porque aquí, ésta es muy húmeda. ¡Además aquí no puedo tener muebles porque no los puedo subir ni por la escalera, es demasiado estrecha. Si para subir la nevera, ¡las pasamos negras! ¡Y eso que no es una nevera grande! Ahora no puedo subir una lavadora porque no pasa por la escalera. Nos apañamos con una de camping.

23. Buhardilla.

Como mínimo, la casa es sólida, pero van a tirarlo todo de aquí dos o tres años. Es propiedad de la empresa municipal de vivienda. Después depende de lo que quiera hacer la empresa, nos darán un lugar para vivir. Hay pisos que los alquilan para cinco años y después tienes que buscarte la vida. El piso es húmedo y el barrio no nos gusta porque hacen mucho ruido con las borracheras por la noche, gamberrismo. Destrozan todo lo que pillan, rompen coches y no te dejan dormir, sobre todo los fines de semana. Mi mujer dice que si no fuera porque es demasiado lejos, treinta kilómetros, tendríamos que ir a casa de su padre. Pero, ¿si no tenemos bastante economía, cómo vamos a ir? Aunque yo voy muchos días a casa de mi suegro, caminando, y tardo ocho horas y media. Luego a veces me quedo a dormir ahí. Voy solo, aunque a veces me llevo el perro. Me gusta caminar, no me gusta estar encerrado todo el día. El bus o el tren lo cojo para ir a según qué sitios. Si es para ir a Barcelona cojo el tren. A veces tengo que ir a Barcelona al médico de mi mujer.

Un día normal me levanto a las seis y voy a sacar al perro. Luego tomo un café con leche. Después voy a hacer unos recados a casa de una mujer que tiene gatos, y voy a buscarle comida para ellos al mercado. Nos da siete euros por llevarle la comida del mercado a su casa. Cada día, cada día. ¡Se gasta sesenta euros «namás» que para los gatos! No es rica, es una mujer normal y corriente que le gustan mucho los gatos y está obsesionada. A las nueve y media ya he acabado y me voy por ahí andando.

A veces voy a mirar los anuncios de los trabajos temporales, entro y digo: «¿Qué? Estoy apuntado aquí ¡y quería esto!» Y me preguntan si tengo carnet de conducir, si tengo coche... les respondo: «No, no tengo nada: tengo la bicicleta pero, ¡me la «escacharró» un coche!» He ido a buscar faena en la construcción, pero no he encontrado nada.

Luego me estiro un rato hasta las dos o las tres. Después sigo yendo por ahí, buscando. A veces me acompaña mi mujer. Vuelvo sobre las siete, meriendo un poco y después ya no salgo. Mi mujer prepara la cena. A veces cenamos que son las nueve, aunque no tengo una hora precisa. Me pongo la tele o si no me pongo el DVD. Ayer nos fuimos a dormir a las once. Estuve viendo la película «Lo que el viento se llevó». La sacamos de la biblioteca.

Con mi mujer estamos bien. Cuando tengo un problema se lo cuento a ella. ¡A ella o a su padre y nadie más! Porque no existen los amigos. Yo amigos, amigos no tengo. Existe «namás» el interés, no los amigos. ¡Los amigos o se ven en el hospital o a punto de morir, si no, no se ve ningún amigo! Eso te lo digo por experiencia. El único amigo que tenemos es uno

que a veces viene a vernos y otro que a veces nos lleva con el coche a ver a mi suegro.

Si tengo alguna dificultad económica voy a la asistente social. Si quiere me echa una mano y si no, ¡mira!, me apaño con otras cosas. Empezamos a ir a la asistenta hace nueve años. Antes habíamos ido pero no nos hacían caso. Era cuando vivíamos en una barraca, bueno, en una casa abandonada. Estuvimos ahí un año y medio. ¡Sin agua, sin luz, sin nada! En invierno y en verano. Hemos pasado inviernos mucho más putas, ¡Hasta cinco bajo cero! Pisando nieve y todo. Entonces fuimos a servicios sociales. Empezó a tachar a tachar y dije: «¿Sabes qué? ¡Ya vendremos otro día!». Luego, cuando salí de la cárcel, vinimos al piso de aquí, decimos: «Vamos a ver a la asistenta, a ver si nos echa una mano.» Hasta hoy. Nos ha ido bien la asistenta. A veces, cuando no tenemos para pagar el piso o no tenemos para comer, vamos a verla. Aún me ayuda, porque hasta ahora las medicinas las ha pagado todas ella. La medicación que te dan en el hospital, no se vende en la farmacia.

He tenido problemas con la policía. Yo estaba por ahí con bandas, con la pandilla. Salíamos y hacíamos de todo. ¡Menos robar! Siempre nos metíamos en las manifestaciones, a meter caña. Nos echábamos con los policías. El último jaleo que tuve fue con unos «mossos d'esquadra». ¡Nos pegábamos de verdad! Siempre íbamos con palos. Lo hacíamos para ver quién era más, quién dominaba más. No fui yo quien fue a buscarlo, sino ellos. Yo había bebido, no sé qué pasó, dijo el teniente que lo molestaba y le respondí: «No te molesto, estoy aquí sentado... tranquilamente...» ¡Y ya se ha liado! Le rompí la camisa a un «mosso d'esquadra». Tengo que pagar ocho mil pelats de multa... pero de momento no me ha llegado todavía, de esto hace ya tres años.

El alcohol empecé a beberlo después de tener las crías. Cuando ya no encontraba faena. Tuve dos juicios, estuve en tres prisiones distintas. Donde más tiempo estuve fue seis meses en Lérida, hace diez años. En Can Brians me tiré «namás» que un mes y en la Modelo dos. Mientras estaba ahí, mi mujer vivía de lo que le daba el hombre mayor que cuidaba.

Ni mi mujer ni yo hemos tomado drogas. Yo ahora no bebo alcohol, porque si lo hiciera aún tendría que volver a la cárcel y allí lo pasé muy mal. Tengo que ir cada día al hospital. Ahí me echan una mirada, para que no tome alcohol y me dan las pastillas. Aunque hay veces que no me tomo la pastilla y me aprovecho para beber un poquito de alcohol. Si llevas veinticuatro horas sin tomar la pastilla no puede pasar nada, pero si los

tomas junto te puede pasar algo. Lo de la pastilla es para que no puedas tomar alcohol, pero es peor, porque lo que hace es que tengas más ganas de beber. Porque «namás» que lo hueles, ya te entra el gusanillo. Así no puedes hacer un tratamiento porque es peor. Si tomas la pastilla lo único que consigues es pensar: «¿Ah, sí? ¡Pues otro día no me la tomo y bebo alcohol!» Esto de ir al hospital lo hago desde que salí de la cárcel. Desde hace diez u once años. Tengo que hacerlo siempre.

Me gustaría irme una temporada a casa de mi suegro. Pero no podemos porque mi mujer tiene que bajar cada mes por los médicos, y yo tengo que ir al hospital cada día por eso del control del alcohol. ¡Si por lo menos tuviera que ir un día sí y un día no! Pero ahora iremos una temporada ahí. Un mes o dos. Mi mujer no hace falta que pida permiso. En mi caso sí, porque tengo que pasar cada día a hacerme el control. Si no me dirían: «¿Hombre, por qué no has venido?» Porque la asistente social me dice que vaya si no me metería en problemas.

LA POBREZA HEREDADA

La biografía de Antonio, como la de tantos Antonios y Antonias que viven en nuestro país, nos obliga a no olvidar que dentro del fenómeno que venimos llamando de exclusión social, se encuentran las familias y personas pobres y marginadas «de toda la vida». Estas personas y familias arrastran una serie de factores estructurales de exclusión (antes se habrían llamado de marginación) muy profundos y sólidos que se agravan con el paso del tiempo, ya que a ellos se van acumulando otros factores como la edad y una salud más y más frágil a causa de la intensidad con la que las condiciones de vida van incidiendo sobre sus cuerpos. Cabe añadir que ni los recursos económicos, ni los laborales, ni los relacionales les permiten salir de esta precariedad.

Está ampliamente demostrado que tanto la experiencia en los primeros años de vida como la posición social del hogar de origen tienen un peso preeminente y determinante en la vida de los individuos. Es dentro de este contexto que podemos hablar del peso y de la importancia de la exclusión social heredada, cuya existencia en nuestras sociedades, lejos de desaparecer, se ve reforzada cada vez más con las otras exclusiones, fruto de los cambios estructurales que estamos sufriendo (globalización, diversificación/pluralización de las formas de convivencia y las redes familiares, desregularización del mercado de trabajo, reestructuración del estado del bienestar...). La vida de Antonio reúne toda una serie de factores que nos acercan a la comprensión de la herencia de la exclusión social, pues él nació en el seno de una familia en la que la pobreza, la inestabilidad laboral de los padres, la presencia de los maltratos, etc. estaban ahí instalados mucho antes de nacer.

¿Pero cuáles son estos factores de los que estamos hablando y que Antonio heredó? La respuesta es múltiple y no podemos darla de forma exhaustiva. Intentaremos explicitar sólo los elementos estructurales más determinantes. El bajo nivel educativo de los padres es uno de los principales causantes del fracaso

escolar, puesto que tiene un papel muy importante en el desarrollo de las capacidades cognitivas del niño, y en las posibilidades de apoyo que pueden prestarle en su actividad escolar. Este factor se ve agravado en el caso de Antonio por otros, como la violencia intrafamiliar o el alcoholismo de los padres. En dichas condiciones difícilmente un niño como Antonio puede seguir una escolarización normal y ello tiene consecuencias a lo largo de la vida, puesto que el nivel educativo es el elemento que más influye sobre los puestos de trabajo a los que accederá la persona. A su vez, en una sociedad como la nuestra en que las protecciones sociales son limitadas, la actividad laboral influye sobre casi todos los otros factores de la vida y determina la posición social de los individuos. Una exclusión sostenida del mercado laboral tiende a perpetuar y agravar las situaciones de pobreza y marginación.

La baja calificación e inserción laboral precaria hace más probable que, como le ocurre a Antonio, la actividad laboral se desarrolle casi siempre dentro del mercado informal y, por lo tanto, no sea posible gozar de las prestaciones del paro, ni ver reconocidos sus derechos laborales. Vemos pues que se trata de una espiral en que unos factores influirán en los otros. La idea principal es que las personas no nacemos en igualdad de condiciones para afrontar aquellos aspectos que determinarían nuestra futura posición social.

Pero si la vida de Antonio ya partía de una situación dura y difícil de superar, se tienen que añadir aún tres acontecimientos destacables que probablemente supusieron rupturas, y que han sido muy importantes para cronificar aún más su situación.

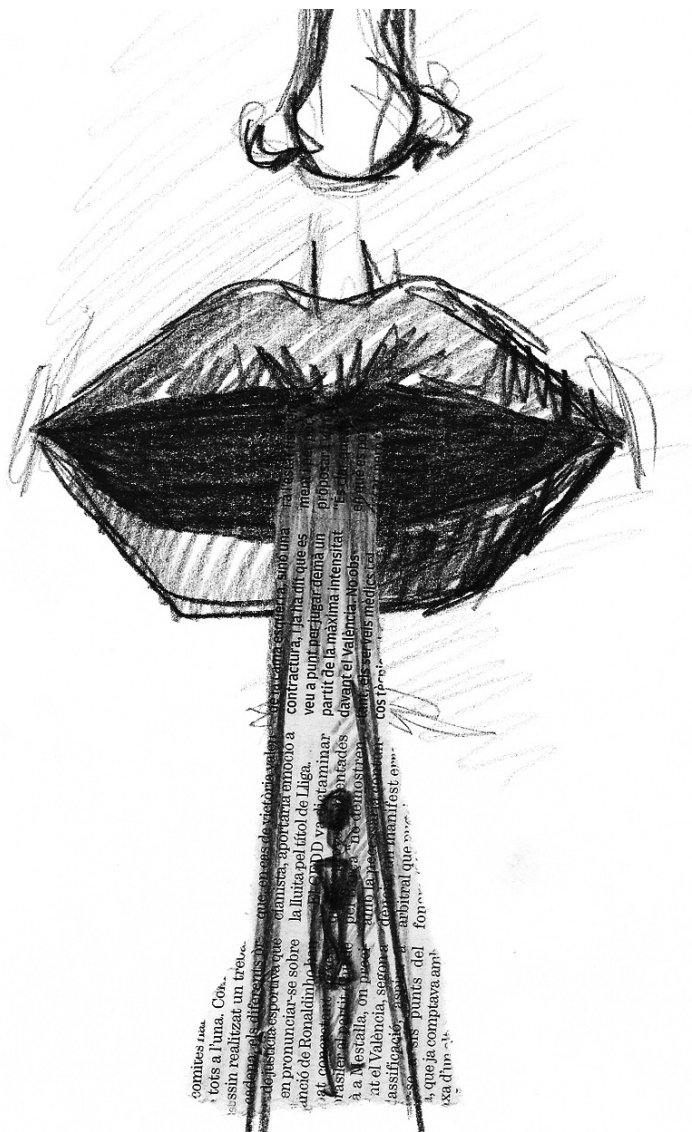
En primer lugar, la muerte del padre, que se produjo cuando Antonio tenía sólo ocho años. A partir de este momento los efectos del alcoholismo de la madre de Antonio y sus dificultades para hacerse cargo de los hijos se agravaron hasta el punto de ser abandonado por su madre: estuvo en los Hogares Mundet (institución de acogida de niños y niñas huérfanos), pasó también por un par de familias que lo acogieron puntualmente (uno o dos años)... La segunda discontinuidad se desencadena cuando el servicio de protección de menores les quita la tutela de las dos hijas de Antonio y su mujer. A partir de este momento su vida se

derrumba un poco más y, como ya hizo su madre ante la pérdida de su marido, se refugia en el alcohol. Finalmente, la tercera ruptura se produce con la estancia de Antonio en la cárcel. Si ya hasta entonces le había sido difícil encontrar trabajo, a partir de este momento aún lo es más, puesto que nadie quiere contratarlo, y su única salida es trabajar en la construcción sin contratos y sin ningún tipo de estabilidad.

Paralelamente a todo lo que se ha dicho hasta ahora, de la vida de Antonio y su mujer también cabe destacar las malas condiciones de habitabilidad en las que han vivido: pasaron nueve años seguidos en barracas, chozas y casas abandonadas, sin muebles, ni cama, ni agua.... Y ahora viven en un piso muy húmedo, sin calefacción ni agua caliente, con muy pocos muebles... Como es de suponer, estas condiciones de habitabilidad les pasaran pronto una elevada factura en términos de salud (eso suponiendo que las dolencias actuales que uno y otro padecen no tengan aún nada que ver con ello).

IGOP

MIGRACIÓN Y GÉNERO



Comitès

fots a l'una. Cov.

essin realitzat un treu.

os donen els diferents

de l'estratègia esportiva que

en pronunciar-se sobre

la lluita pel títol de Lliga.

ció de Ronaldinho

El CUPD vol di

carminar

ntades

at a Mestalla, on puo

que de llavors tro

amb els seus ve

assíficació, se

debatent manifest em

ssos punts del for

que ja comptava am

xa d'no

Contexto de la entrevista

Venía muy cargada. La mano que no tiraba del carro de la compra llevaba dos o tres bolsas llenas de alimentos y productos para la limpieza del hogar o de higiene personal. Aún le faltaban unos escalones para llegar a su piso, pero ni el peso, ni las escaleras, ni la herida mal curada del pie le impidieron saludarnos con una sonrisa ancha y franca. Al vernos, se acordó, de repente, que nos habíamos citado aquella mañana soleada y no muy fría de octubre para conversar. Habíamos concertado la entrevista por teléfono, sin conocernos. La asistente social de la zona nos había puesto en contacto con Fátima quien no tuvo ningún inconveniente para vernos y hablar de lo que hiciera falta.

Sonriente y con un nivel de castellano notable, Fátima nos ofreció una conversación amena, entretenida, que duró unas tres horas. Lo primero que hizo cuando entró en el piso, después de enseñárnoslo, fue encender el televisor —como un acto reflejo muy interiorizado. Satisfecha de la antena parabólica que habían instalado hacía menos de un año, nos fue mostrando todos los programas árabes que podía ver desde su casa y nos iba contando el país que los emitía. Con la antena podía acceder directamente y sin interlocutores a su cultura y mantener, de este modo, el contacto con su mundo. La televisión siguió encendida a lo largo de las tres horas que estuvimos en aquel comedor húmedo y alfombrado de cojines que cubrían el contorno de las paredes sustituyendo a las sillas.

Era época de Ramadán y Fátima lo seguía estrictamente. Además había tenido que hacer sus compras con unos tiquets de los servicios sociales porque ella ya no disponía de más dinero para terminar el mes. Y sin embargo nos ofreció insistentemente algo de beber o comer hasta que aceptamos la invitación.

Aún no habíamos empezado propiamente la entrevista cuando una mujer de edad avanzada, con chador y chilaba, llamó a la puerta. Después de saludarnos se sentó a nuestro lado. Pero nuestros intentos para incluirla en la conversación se vieron frustrados al darnos cuenta que no teníamos ninguna lengua en común. Fátima enseguida nos explicó en castellano que podíamos proceder sin problemas. Al cabo de media hora la señora se estiró al fondo de la habitación y se durmió tan plácida y profundamente que, cuando nos marchamos, ni siquiera se enteró.

También el marido de Fátima entró en el comedor dos veces, pero luego se fue a dormir a su habitación. Él también seguía el Ramadán a pesar de que tenía una piedra en el riñón y debía beber tres litros de agua al día. Aunque el islam contempla los casos de enfermedad como motivo de exención al ayuno del ramadán, el marido de la entrevistada se mostraba firme en su voluntad de hacerlo.

La entrevistada

Nacida el 1975 en El Aaiún, ciudad del Sáhara Occidental y con pasaporte marroquí, Fátima está casada desde 1996. Actualmente está separada de su marido, pero viven juntos porque él no tiene permiso de residencia ni trabajo. Hace seis años se decidieron a realizar la aventura del proceso migratorio llevando consigo a su hijo de sólo tres meses. El viaje en patera desde su ciudad natal hasta Fuerteventura lo recuerda nítidamente como uno de los momentos en que pasó más miedo de su vida.

Su trayectoria migratoria, que pasó por las Islas Canarias, Barcelona y la ciudad mediana de Cataluña en que vive ahora, ha sido un proceso duro y complejo, difícilmente comprensible para quienes no lo han vivido.

Su condición de «exilada política» la ha ayudado, pero sólo puntualmente, a paliar la dureza de las condiciones de vida en un país con una cultura tan diferente a la suya.

A pesar de estar casada, cuando habla de su vida, de las dificultades pasadas y presentes y de los proyectos futuros, de las cosas positivas y negativas que ha tenido que ir superando, no aparece para nada la presencia de su marido. De hecho, como dice en un momento de la entrevista, si no fuera porque él no tiene papeles y no tiene para comer, ella ya lo hubiera dejado.

Los últimos meses de su segundo embarazo fueron muy severos para una mujer que todo el día sonríe y se muestra afable mientras habla. Se sintió sola, extremadamente sola, y a sus hombros tenía que cargar con un despido de trabajo, un niño de tres años y una operación en un pie a causa de una caída. Durante aquella época las circunstancias la desbordaron y tuvo una depresión —como muchas de las personas con trayectorias migratorias— de la que parece estar ya prácticamente curada.

Sus ingresos, provenientes de servicios sociales, son insuficientes para abastecer a una familia de cuatro miembros, aunque el piso sea barato y el hijo mayor tenga una beca de comedor. Por ello, Fátima debe recorrer a menudo a los tiquets-comida que se ofrecen desde los servicios sociales.

Fátima es, en definitiva, una mujer del pueblo saharauí que hace ocho años inició el proceso migratorio instalándose en nuestro país. Con dos hijos pequeños y un marido de quien se separaría si éste tuviera papeles trabajo, intenta salir adelante sin poder trabajar, puesto que sólo tiene el permiso de residencia, pero no el de trabajo, y ciertos problemas de salud.

Narración de Fátima

Soy inmigrante saharauí. Vivo de alquiler en un piso antiguo del casco antiguo de Vic. Tengo permiso de residencia, pero no de trabajo. Estoy separada de mi marido, que no tiene papeles, y tengo dos niños pequeños a mi cargo. Estoy cobrando un PIRMI de cuatrocientos noventa euros. A veces trabajo en el mercado, ayudando en un puesto ambulante de ropa, pero sólo durante los seis meses que tengo el permiso, con ello puedo ganar unos doscientos o trescientos euros más. Los meses que no trabajo, sólo tengo el PIRMI. Mi niño ahora tiene siete años y dice: «Mamá, ¿somos pobres?» El verano pasado estuve bastante mal psicológicamente, tuve que ir a un médico para que me ayudara. Me siento muy sola. Nadie me ayuda. Tuve que ir a un psicólogo y me dijo que tomase valeriana. La tomaba y me quedaba dormida. Ahora hay veces que todavía la tomo cuando no puedo dormir, pero ya me encuentro bien. ¡Tengo ganas de hacer muchas cosas! ¡Soy una mujer valiente! Si tienes hijos, tienes que serlo.

Nací en 1975 en El Aaiún (Sáhara Occidental). Allí, para el que no trabaja, no hay nada. Ni almacenes, ni oficinas... Es otra vida. Cuando vivía allí, siempre estaba con mi familia. Ahora, sólo voy de vacaciones y me quedo en casa de mi madre. Marchamos de El Aaiún porque no teníamos nada. Nunca pasamos hambre, pero no teníamos casa. Aquí, por lo menos, puedes encontrar un trabajo para poder vivir. Allí no, ni yo ni mi marido podíamos trabajar.

Somos saharauis, pero no vivimos en el desierto. Si el Sáhara fuera libre, si tuviera la independencia, volvería. Marché de mi país porque allí no puedes hablar. ¡Todos a la cárcel! Si hablas y tienes razón te mandan a la cárcel. Queremos la independencia del Sáhara, queremos la República Saharaui Democrática. Ahora, estamos bajo el yugo de Marruecos. Hay mucha gente que ha muerto en las cárceles, lugares en que entras y no sales.

Mis padres se separaron cuando todavía no llevaba quince días en la barriga de mi madre. Mi padre se fue a la guerra y no regresó hasta catorce años después, pero cuando volvió, en vez de quedarse con mi madre, se fue con otra. Ahora están divorciados. Cada uno vive en su casa y los dos se han vuelto a casar.

Él era capitán del ejército del Sáhara y es muy rico. Tiene mucho dinero, muchos pisos, pero como está casado con otra mujer, no nos hace caso. Mantenemos una relación distante; a veces voy a su casa, a ver a sus hijos, pero nada más. Soy hija única, aunque tengo hermanastros, tanto por parte de padre, como de madre.

Cuando yo era pequeña mi madre vivía como si fuese soltera. Sufrió mucho. Ahora ya no sufre tanto, porque vive con su marido y ambos trabajan en una oficina del gobierno. No puedo quedarme con ellos, ni hacer ese trabajo, porque para que te contraten tienes que quedarte mucho tiempo ¿Cómo podía encontrar trabajo? Siempre tenía problemas con mi padrastro; me pegaba y me gritaba: «¡Vete fuera! ¡No tienes que salir a la calle! ¡Eres una puta! ¡Tienes que quedarte en la casa! ¡No tienes que ir fuera a estudiar!». Creo que me pegaba porque no era hija suya. Pero ahora ha cambiado, y se lleva mejor conmigo.

De pequeña tuve un accidente: me caí por un balcón, tuvieron que operarme y por eso voy un poco coja. A causa de ello, no puedo trabajar en sitios donde tenga que permanecer todo el día de pie.

Estudí el bachillerato en Marruecos. El sistema es diferente del español, no empiezas el colegio hasta los siete años, y dura hasta los dieciocho. Aprendí árabe, francés y un poco de español. Mi marido, en cambio, no estudió; es analfabeto. Mi padre tampoco ha estudiado, pero ha aprendido un poquito a leer y escribir, a diferencia de mi madre, que estudió durante cinco años.

En 1996 me casé con un hombre saharauí, nos llevamos ocho años, y fuimos a vivir a su casa de El Aaiún. Tres años después, pensamos: «¿Qué vamos a hacer aquí? Tenemos piso, pero, ¿cómo vamos a pagar el alquiler? ¿Cómo vamos a sacar dinero para comer?» Decidimos venirnos

a España. Llegamos en patera, con nuestro hijo que tenía tres meses, cruzando el mar que separa la costa saharauí de la isla de Fuerteventura (en Canarias). Estuvimos dos días en el mar, treinta y seis horas en las que nos sucedió «de todo»: momentos alegres y momentos difíciles. Aunque estábamos en julio, pasamos mucho frío. El mar es peligroso y nos daba mucho miedo. Durante el día, sólo veíamos a nuestro alrededor agua y por la noche nada, todo estaba oscuro, y sólo oíamos el ruido de los peces. Cuando llegamos a Fuerteventura nos dirigimos a la Cruz Roja, que nos ofrecieron un centro de acogida donde vivimos un mes con mi hijo y mi marido.

Luego nos dijeron: «Si tienes familia, tienes que irte. ¡En la Cruz Roja no puedes quedarte toda la vida!» A pesar de que nosotros no teníamos familia, decidimos partir. De Fuerteventura nos fuimos a Barcelona. No teníamos casa y estuvimos tres meses durmiendo en la calle —ya fuera en los parques o en la Plaza Cataluña. Al final, fuimos a ver un asistente social de un centro para inmigrantes en el Paralelo. Nos dio comida, leche para el niño, medicamentos y pañales. Nuestro problema es que no teníamos piso, por lo que dábamos la comida de la Cruz Roja a otra gente, marroquíes, a cambio de que nos dejaran dormir en su casa. Fue muy duro, eran los meses de invierno y pasamos mucho frío. El metro cerraba por la noche y teníamos que dormir en las oficinas de los bancos. Una vez, gracias al asilo político, nos dieron la habitación de un hotel y estuvimos quince días a pensión completa, pero después tuvimos que marcharnos y volvimos a la calle.

Finalmente, pensamos en venir a Vic, porque conocíamos una señora que tiene un hijo soltero y nos ofreció un alquiler barato. Llegamos en diciembre, hacía muchísimo frío, más que en Barcelona. El piso costaba veinte mil pesetas; lo cogimos, pero no teníamos dinero para pagar el alquiler. Por suerte, hubo gente que nos ayudó y pudimos pagarlo: «Tú mil pesetas, tú mil pesetas, tú mil pesetas y todos mil pesetas.» Teníamos por fin un piso, cuatro paredes, donde nadie te mira y puedes tener tu vida. Bajé al «Todo a cien» y compré platos de plástico, fui a Cáritas y traje mantas. Luego me dirigí al Ayuntamiento, no tenía pasaporte, pero cuando les dije que era saharauí me respondieron: «Hay una asociación que ayuda al Pueblo Saharauí. Dame tu dirección y te llamarán más tarde». Volví a casa, y al cabo de un tiempo, vino una chica que me preguntó: «¿Fátima?» «¡Sí, soy yo!» «¡Abre, abre!» Abrió la puerta y vi que venía acompañada de un chico saharauí, le dijeron: «Habla con ella, para saber si realmente es

saharai», porque hay muchos marroquíes que se hacen pasar por saharais para recibir ayudas. Tras conversar un rato, el chico confirmó: «Sí, es una saharai». Los de la asociación me consiguieron un piso, pero era muy frío, no teníamos estufas y nuestras mantas eran finísimas. Sin embargo, ellos tenían un coche y fueron al supermercado: nos trajeron mucha comida y mantas. Uno de los chicos de esa asociación era especialista en electricidad y nos arregló la estufa. Durante un mes y medio vivimos allí, y después nos buscaron otro piso en otro barrio. La asociación nos pagaba: el alquiler; el agua; la luz y el gas; y cada viernes nos traían comida. Sin embargo, el piso no iba a mi nombre, sino al de la asociación. Vivimos allí durante un año, con mi marido y mi hijo. Luego nos dijeron que el dinero se había acabado y que teníamos que buscarnos la vida.

Por esa época se me infectó un pie y supuraba pus, tenía que andar con las muletas y cuidar de mi hijo que tenía tres años y medio. Por entonces mi marido no trabajaba y yo le decía: «Por favor, ¿dónde voy a ir con las muletas? ¿No te das cuenta que me han operado?» Y él me respondía: «A mí, me da igual!»

Fuimos a la Cámara de Propiedad urbana para cambiar el contrato a mi nombre. No sabía de dónde iba a sacar el dinero. El alquiler del piso costaba treinta mil pesetas, y luego tenía que pagar el gas y la luz... Tenía que comer y todavía no tenía papeles. Sólo una carta de la asociación, pero me dijeron que no servía para nada.

Al final tuve que vender todos los muebles que tenía en el piso: la tele, el vídeo, la estufa, la alfombra... Lo vendí todo para poder comer. Y pensé: «Tengo que volver al piso viejo. Le preguntaré si todavía hay un piso vacío». Mi anterior propietario es muy buen chaval. Fui a verlo y se lo conté todo, él me dijo: «Tranquila, cógete el piso de abajo, es viejo, pero puedes pintarlo y vivir en él. No te preocupes por el dinero.» Me dio el piso sin que le tuviera que pagar nada de alquiler, incluso él me pagaba la luz y así estuve durante un año. Este chico es catalán, de Vic.

Ahora trabajo en la limpieza y cobro tres mil pesetas al día. Siempre guardo un poquito. Cuando llega el sábado, gano cuatro mil y me las guardo. Un día le dije al dueño: «Toma el dinero», y él me respondió: «No. Tienes que comer tú y tu hijo», entonces le dije que estaba embarazada y él me respondió: «Come tú, tu hijo y la cría que tienes dentro. No te preocupes por el alquiler. No quiero nada, hasta que te vaya mejor y tengas más dinero». Esta situación se alargó hasta que nació la niña. Ahora tengo los papeles de residencia y pago el alquiler cada mes.

Mi marido tiene treinta y seis años, es el padre de mis dos hijos: un niño de seis años y una niña de tres. Estamos separados aunque vive en casa conmigo porque no se encuentra muy bien: no tiene piso, ni trabajo y tampoco papeles. Antes, él tenía un permiso de residencia pero en junio pasado no se lo renovaron. Mi hija tiene la nacionalidad española, pero mi hijo no la tiene.

Mi marido no vive siempre conmigo. A veces marcha a Barcelona para quedarse en casa de su hermano y otras se va una temporada a Marruecos. Se queda unos meses y dice que no quiere saber nada de España, porque no encuentra trabajo, pero luego siempre acaba volviendo. Su problema es que ahora no tiene papeles y si viaja a Marruecos ya no podrá volver. No quiero que se vaya, porque quiero que mis hijos sepan que tienen un padre.

Si yo me separara, mi marido, ¿qué haría? Se moriría de hambre. No tiene papeles. Antes él tenía sólo el permiso de residencia, no el de trabajo. Nos lo renovaron juntos, primero un año y luego dos. Pero ahora, a él se lo han denegado y a mí me lo han renovado por dos años más. Creo que el motivo por el cual no se lo han renovado es porque no puede acreditar que dispone de medios de vida. Te piden que tengas medios para vivir. Yo puedo decir que vivo gracias al PIRMI, pero él no. Si no ha encontrado trabajo con papeles, ¿cómo lo va a encontrar ahora? La única solución para que le puedan renovar papeles es que tenga una oferta de trabajo. Dicen que hay empresas que por seiscientos euros las venden. No sé si es verdad.

Hemos de encontrar una solución. El pobre se está poniendo enfermo, tiene una piedra en el riñón. Ayer los médicos le hicieron una ecografía y hoy tiene que volver otra vez, aunque no sé si las ecografías habrán salido bien. Le dijeron que tenía que beber tres litros de agua; pero como estamos en Ramadán, no quiere hacerlo.

Mi marido es un hombre y no tiene suerte. Ha buscado trabajo en todos los sitios, pero nunca lo encuentra. A veces se pone muy nervioso, se pelea conmigo y tiene que venir la policía. No me pega, pero hace el tonto: tira las estanterías al suelo y da golpes a la pared. Una vez lo denuncié. Antes estábamos mal, yo le decía: «Tienes que tener un poco de paciencia. Si ahora no tienes suerte, ya la tendrás más adelante. No siempre vas a estar así. Tranquilo, vas a estar bien. Y si no va bien en Vic, ¡marcha fuera! Si en Vic no hay trabajo, ¡vete a las Islas Canarias! A casa de tu hermana.» Su problema es el trabajo, si lo tuviera podría ayudarme

a pagar el alquiler, los gastos. Es mucho dinero, él se da cuenta y se pone nervioso. Me gustaría ayudarlo, he ido incluso hasta Sabadell para encontrarle trabajo. Él no está loco, sólo que a veces «tiene sentimientos». Quiere estar conmigo, yo sólo cobro el PIRMI y tenemos que comer de esta ayuda.

Siempre vamos muy justos con el dinero. Ahora con el euro hemos ido a peor, todo se vuelve más caro. Hay cosas que no entiendo, siempre pago mucho por el recibo de la luz. ¡Una vez nos llegó un recibo por doscientos cuarenta euros! Los vecinos me dicen que no es normal. Incluso me subió la presión y el azúcar de los nervios.

La pediatra me ha dicho que mi hijo pesa menos de lo normal. El otro día me preguntó: «¿Qué come, más o menos?» y le respondí: «Carne, a veces arroz, espaguetis...» «¿Y pescado?» «¡Sí, sardinas! Lo más barato». No puedo comprar otra cosa. La dorada vale siete euros, la merluza vale diez. Cuando no tengo nada para comer voy a ver a la asistente social que nos da vales del Ayuntamiento para ir a comprar. Hay veces que te los da, y otras que no, y si no lo tienes, no comes.

Cada día comía pan y aceite para el desayuno, la comida y la cena. El aceite me lo había enviado en una botella mi madre. Seguí así, hasta que tuve que ingresar cinco días en el hospital por una anemia. Cuando salí, la doctora me dijo: «Te doy dinero para que te compres comida». No me conocía y me ayudó. A veces hay gente que te conoce perfectamente y no quiere saber nada de ti. Muchas veces lo paso mal con mi gente, los árabes, que no me dicen ni hola.

No encuentro trabajo. Estoy harta. Estoy apuntada a todos los sitios, fui a una empresa de trabajo temporal pero me dijeron que no podía trabajar sin el permiso. También he puesto carteles en la guardería de mi hija: «Chica buscando faena»; mi teléfono aparece cada viernes en la revista, ¡pero no encuentro nada! El último trabajo que tuve fue en la limpieza. Recuerdo que durante mi último embarazo, cuando ya estaba de siete meses, la señora me dijo: «Mira Fátima, no tienes seguro y si te pasara algo sería un problema. Quédate en casa hasta que nazca tu hija». Cuando nació la niña, estuve un mes en casa y volví al trabajo, pero tenía que llevarme la niña conmigo. Le daba la leche con el biberón, y mi hija se quedaba dormida, de nueve a una. En Navidad les dije: «Me voy quince días al Sáhara a visitar a mi madre, porque llevamos cuatro años sin vernos.» Y me respondieron: «Vale». Me ayudaron a preparar el viaje. Estuve veinticinco días fuera y cuando volví traje «regalitos» del país y cosas así,

y fui a casa de la señora a traérselos. Pero ella no me dijo cuándo volvía a trabajar, no quiso decirme nada; y al pasar por delante, vi que había otra chica fregando el cristal. Una señora española.

Ojalá mejoren las cosas y no tenga que vivir del PIRMI. El otro día me ofrecieron trabajo en una tienda de chinos, de nueve a dos y de cuatro y media a nueve, pero no podía cogerlo, ¿quién cuidaría de los niños? Antes cuando trabajaba, salía de casa, vas y vienes. Pero ahora mis días son aburridos, no tengo ningún sitio donde ir. ¿Dónde voy a salir? ¿Qué voy a hacer? ¿Pasear? Cada día me levanto a las siete, arreglo a los niños y les hago el desayuno, a las nueve los acompaño al colegio y luego voy a comprar si hace falta algo y preparo la comida. Mi hijo tiene beca de comedor, pero mi hija tiene sólo media beca y hay días que viene a comer a casa. ¡No puedo pagar tres euros cada día para el comedor con quinientos euros al mes! Si pago tres euros cada día... ¡Son sesenta euros al mes! Este mes fui a pedir vales de comida a la asistente social, porque este mes me quedé sin nada. Por la tarde, paso a buscar a los niños por la escuela, los llevo al parque y jugamos un poquito, luego vamos al supermercado si nos falta algo y volvemos a casa a ducharnos. Comemos un bocadillo o un poco de espaguetis, algo que se cocine fácil, y a las nueve los niños se van a dormir.

Nuestro piso es muy frío y muy húmedo. Nos pasamos el invierno con toda la habitación llena de mantas, también ponemos una estufa de butano pequeña para poder comer, y es que cuando empieza a hacer frío tengo que cocinar en la habitación, porque en la cocina no se puede estar. No puedo ni duchar a los niños. Nos quedamos todos en la habitación, con la puerta cerrada y la estufa, que me costó ochenta euros, pero creo que debe ser de una mala marca, porque sólo se calienta esta habitación y a los dos días se acaba el butano. Cada tres o cuatro días tengo que comprar la bombona: diez euros, más diez, más diez...

Hace ya un mes que empecé a hacer obras en el piso. Antes sólo había una habitación muy grande, ahora lo tengo dividido en dos; así mis hijos pueden dormir en su habitación. Antes teníamos también toda la instalación de electricidad por fuera, se veían todos los cables. Tuve que traer un chico para repararla. Hemos arreglado la luz, el lavabo y la cocina. Me he gastado mil trescientos euros, todo lo que tenía en mi cuenta, y ahora me he quedado a cero y durante dos meses no podré pagar el alquiler. El dueño dice que va a ayudarme, pero no lo sé. Intentaré no estar más de dos meses sin pagar, porque si no pagas tres, vas al juzgado y te desahucian en seguida.

Además del frío, el otro problema es la humedad. El armario se ennegrece, queda todo negro. Cada año tienes que tirar un armario y traer otro. Por suerte, fui a Cáritas y me traje otro baratito. Pero la humedad, no sé cómo solucionarla. Solo que empiece a hacer frío, el cristal se queda mojado, el armario se queda mojado y todo se mancha.

Ahora estoy apuntada a los pisos que dan en la empresa municipal de vivienda. Tengo diez puntos, pero hay gente que tiene quince y tanto pueden tardar un mes a dártelo, como cinco años. A mí me gustaría vivir fuera de Vic porque ya llevo casi siete años y ahora estoy sin trabajo, creo que aquí es difícil encontrarlo. En Marruecos nunca trabajé, pero aquí sólo hay trabajo limpiando casas y siempre sin contrato.

Cuando tengo algún problema, sólo puedo contárselo a la asistente social, porque no tengo ni amigas ni amigos. Estoy muy contenta con el servicio de asistencia social, son gente muy buena. Fuera nadie quiere saber nada de ti. Sin embargo, ellos te hacen caso, escuchan tus problemas.

En el Sáhara hay veces que estás sentada frente a tu casa y viene alguien y te dice: «¡Toma! diez euros, o veinte euros». Hay pocas veces que pasa, pero pasa. En España esto no pasa nunca. Aquí cada uno quiere su casa y su piso. No quiere saber nada de los otros. No existe lo que en francés se llama la *tendresse*.²⁴ La gente tiene *tendresse* con el otro, quiere al otro. Aquí no se da. Sólo hay un vecino de arriba que trabaja en la obra y siempre cada dos días me pasa dos mil pesetas. Hay veces que compra el pan y me trae un poquito.

Ayer, cuando fuimos al hospital, me lo pasé muy mal. Vi un señor que con cuarenta años se murió y pensé: «Éste al menos tiene familia, hermanos, tíos, vecinos. Si a mí me pasa algo no tengo a nadie. Mis hijos son pequeñitos todavía. Si me pasa algo...». Ojalá no me pase nada y si sucede, que sea al lado de mi familia, cerca de mi madre. Aquí no tengo familia, sólo un primo que está en Lanzarote, pero no puede ayudarme porque no tiene papeles. Es joven, tiene dieciocho años y quiere venir a Vic, pero yo le digo que aquí no hay trabajo y no puedo mantenerlo.

Creo que mi vida en diez años, será diferente respecto a lo que es ahora. Voy a quedarme en España, me da igual en qué ciudad. Tendré los papeles arreglados y un trabajo: en un restaurante, en un almacén, en

24. Ternura.

una fábrica, de cualquier cosa. Si tienes contrato, puedes comprarte un piso con las nóminas y puedes comprar muchas cosas. Ahora compro ropa vieja. Pero, ¿hasta cuándo? No pienso estar siempre así, porque cuando mis hijos crezcan no tendrán nada. Por eso voy a moverme. Si no es en Vic, será en otro sitio, pero, ¡tengo que cambiar mi vida!

ILUSIONES Y PADECERES DE UNA EMIGRANTE/ INMIGRANTE SAHARAUI

La historia que Fátima nos confía, a pesar de ser singular, es una historia mucho más ordinaria de lo que querríamos en nuestros autosatisfechos tiempos. Es una historia que nos interpela e incomoda, cuando no nos rebela, al dejar entrever esa otra cara de la sociedad acomodada y moderna en la que representa que vivimos.

La historia de Fátima es el lacerante y revelador relato de una vida socialmente invisible, irrelevante, cuya cotidiana experiencia es la de la vulnerabilidad y fragilidad social y personal. Un relato en el que podemos apreciar cómo la suerte de todo individuo está conformada por los avatares sociales e históricos, que en el caso de Fátima se concretan, quizás antes que nada, en la colonización española, y después en la consecuente ocupación marroquí del Sáhara occidental y en la miseria y la opresión que éstas han impuesto.

En segundo lugar, es un relato que nos expone detalladamente una de las múltiples situaciones en las que los migrantes —esos sujetos que son al mismo tiempo e indisolublemente emigrantes/inmigrantes— están inmersos, y en cuya producción intervienen de manera destacada las agencias sociorreguladoras, es decir, esas agencias que mediante sus leyes y prácticas administrativas sobre extranjería marcan determinantemente las condiciones y oportunidades de vida de los aquí denominados «inmigrantes». En él, Fátima nos habla también de esos prejuicios y estereotipos, de esas ideas preconcebidas y estigmatizadoras, de esos racismos e insolidaridades que, aunque con episodios de solidaridad, articulan el discurrir de la vida cotidiana y que tantas instancias sociales alientan de múltiples e inusitadas maneras, con sus dramáticas consecuencias de todo tipo: económicas, sociales, laborales, familiares y personales. Nos habla, en suma, de las duras condiciones en las que malvive y en las

que la decisión de salir adelante supone un enorme desgaste físico y mental.

Pero no sólo nos interpela y perturba porque, como tantas otras historias singulares, rompe con el sueño europeo en el que vivimos aletargados, sino porque en su narrar no encontramos ecos de nuestro propio y convencional discurso sobre la «inmigración» y los «inmigrantes». Aunque la historia es en gran parte similar a la de muchos otros, y de que mucho de lo que en ella se nos dice pudiera parecer tópico, abre, con sus irreductibles peculiaridades, una brecha en ese gueto miserabilista y culturalista en el que poco a poco estamos recluyendo a los migrantes, convirtiendo su llegada e instalación en un problema social e identitario. De hecho, en el relato de Fátima oímos hablar de las dificultades, esperanzas y deseos que la trajeron y la mantienen por estos pagos, de las ilusiones y padeceres, de los sueños y esperanzas, de las angustias y miedos, que en uno y otro lugar han compuesto esa vida cruzada, entre otras cosas, por un proceso migratorio en el que aún, y muy a su pesar, está empeñada; que todavía no ha podido dar por concluido, pues no se ha cumplido su aspiración a una vida normal, a una vida digna y, como tal, dignificante.

En contraste con la hoy omnipresente cantinela de la integración social y del mestizaje cultural, que reduce la existencia de los migrantes a una presencia bárbara, siempre supuesta externa, problemática y extraña, las palabras y vivencias que Fátima desgrana en su narración nos confrontan con una existencia que, tras una intrincada trayectoria social y migratoria, se ha asentado —provisonal, pero duraderamente— en un espacio geográfico y social dado. En este sentido, se trata de la existencia de un sujeto, de una, incluso, autodenominada «inmigrante saharai», que está temporalmente afincada en una ciudad media de Cataluña y que, si bien no cabe ninguna duda de que forma parte de su población, por otra, es como si estuviera afuera o enfrente, al habitar sus márgenes, sus periferias sociales. Esto es, constituye, una presencia liminar, excéntrica, necesaria pero al mismo tiempo indeseable, en el seno de una sociedad autocomplaciente que expulsa de sí misma, y no siempre imagi-

nariamente, aquello que no quiere reconocer, aquello por lo que no quiere ser percibida.

Una historia singular, como la que Fátima nos cuenta, permite, por tanto, vislumbrar el tipo de relación que en un determinado agrupamiento humano se mantiene con los sujetos que encarnan las alteridades que lo identifican, y que, lejos de ser particularistas, son de carácter genérico y burocrático. De esta manera, a diferencia de las interrelaciones que supuestamente se darían entre los miembros del propio grupo, en el caso de las relaciones e interacciones con los migrantes, éstos no son considerados como individuos particulares, con los que se mantienen relaciones en función de su propia singularidad, sino que, muy lejos de ello, son siempre la encarnación abstracta de una categoría social, de una condición sociojurídica o étnica que de manera absolutista los engloba y define más allá de sí mismos. De ahí que, insistamos, en el caso de los migrantes lo que se percibe fundamentalmente en ellos no son individuos singulares, que forman parte de diferentes, múltiples e incluso contradictorios agrupamientos humanos, sino extranjeros de un cierto tipo —esto es, a «inmigrantes»—, con su supuesta y absoluta extrañeza y extemporaneidad.

En resumen, frente a esa ubicua miserabilización y etnicización de los migrantes, que, recordemos, se lleva a cabo mediante la atribución de esa categoría abstracta y suavemente violenta que es la de «la inmigración», el relato de Fátima nos confronta con una existencia concreta y fragilizada, con una individualidad negativa, vulnerable y fuertemente atomizada (que, permítaseme el inciso, a pesar de ser producida con leyes, discriminaciones, explotaciones e insolidaridades de todo tipo, no es socorrida sino a través de una caridad esporádica, aunque no por ello despreciable, y de una beneficencia burocráticamente administrada, que desactiva y ha expropiado las solidaridades colectivas, que nos urge reinventar), y que, sin apoyos sociales ni familiares, sobrelleva su individualidad como una carga. Con una individualidad que, excluida de los mecanismos y colectivos protectores, evidencia una etnicización que reduce a los migrantes a su diferencia cultural, convirtiendo así la «cultura» —o, lo que es lo mismo, la tan

traída y llevada «diversidad cultural'—, en una forma de borrar o de oscurecer las múltiples situaciones y estructuras en las que los sujetos están singularmente insertos.

Enrique Santamaría
Profesor del Depto. de Sociología de
la Universitat Autònoma de Barcelona

ADICCIÓN Y ENFERMEDAD MENTAL



Contexto de la entrevista

La asistente social de la zona nos había dado el teléfono de Jaime. Nunca sabremos hasta qué punto él estaba dispuesto a hacer la entrevista o bien accedió porque pensaba que de esta forma le renovarían el PIRMI. De hecho, al final de la entrevista nos insistió en que habláramos con la asistente social para poder mantener los pocos ingresos económicos que obtiene a través de los servicios sociales.

Cuando llamamos a Jaime no tuvo inconveniente en hablar con nosotras, pero nos dijo que prefería que no lo hiciéramos en su casa. Al no poder encontrar un local en su población, cometimos el error de pedirle a la asistente social que nos ayudara a conseguir uno. Aquí es donde se produjo un malentendido y ella, en vez de procurar un lugar «neutro» para la entrevista, llamó a Jaime para convencerle de celebrar la sesión en su casa. Cuando lo volvimos a llamar, él ya dio por sentado que la haríamos allí.

Llegamos al piso de Jaime un día gris de octubre. Su madre nos abrió la puerta y, como ya estaba al corriente de todo, nos acompañó hasta el comedor donde el entrevistado esperaba sentado en un rincón del sofá. Fue también la madre quien se ocupó de coger nuestro abrigo, nos invitó a tomar asiento y nos preguntó si queríamos tomar algo. Jaime continuaba sentado en el sofá, con las manos temblorosas. Nos sentamos delante del entrevistado y su madre, que, para nuestro asombro, se sentó a nuestro lado y permaneció ahí todo el tiempo que duró la entrevista. No sólo estuvo presente, sino que a veces añadía algún que otro comentario para puntualizar o matizar lo que nos contaba su hijo. De hecho, si no habló más fue porque no nos dirigimos explícitamente a ella. Posteriormente, a media conversación, llegó el padre del entrevistado. Éste, después de saludar, se sentó al lado de su hijo y también opinó sobre algunos de los aspectos que iban surgiendo.

Con las manos y la voz temblorosas, Jaime empezó a hablar sin contextualizar, como si ya nos conociéramos y supiéramos todos sus sufrimientos y la importancia que él daba a los distintos elementos de su vida. Fue de esta manera como entramos en su mundo.

El entrevistado nació en 1957 en la misma ciudad en que aún vive ahora. Es el segundo hijo de un matrimonio que tenía que trabajar bastante para llegar a final de mes. Creció con una cierta aversión hacia los estudios de forma que, cuando pudo, a los catorce años, y

sin haber terminado la primaria, se puso a trabajar, y lo hizo en trabajos muy distintos: desde panadero hasta obrero de la construcción pasando por la reparación de electrodomésticos. Con veintiséis años abandonó el hogar de sus padres para casarse y fundar una nueva familia. Los hijos tardaron más de lo previsto en llegar, y para poder tenerlos tuvo que someterse a un tratamiento. Con treinta y cuatro años Jaume tuvo su primer hijo y cinco años más tarde el segundo.

Para Jaume su vida se vino abajo cuando su mujer le dejó. A lo largo de toda la entrevista se distinguen nítidamente los dos períodos en su vida: antes de la separación y después de ella. De hecho, él atribuye todos sus problemas de salud a la separación, aunque cuando se le pregunta explícita y directamente admite que ya había tenido ciertos problemas psicológicos (o psiquiátricos) antes de que su mujer lo dejara.

A lo largo de la entrevista explicó que en el pasado había consumido cocaína y otro tipo de sustancias adictivas, pero en ninguna ocasión habló de su adicción al alcohol. Sin embargo, en su ausencia sus padres nos desvelaron este aspecto de su vida.

Antes de empezar la entrevista, Jaume ya nos había advertido que él sólo disponía de dos horas porque tenía que ir a buscar a sus hijos a la escuela. Así, cuando llegó el momento, se levantó, saludó y partió. Nos quedamos en su casa con sus padres. Ellos tenían muchas ganas de hablar con personas ajenas a su entorno habitual sobre su hijo... Cuando nos fuimos, nos dijeron que les había sido de gran utilidad hablar con alguien, que no fuera ni de la familia ni del barrio ni de servicios sociales sobre los sufrimientos derivados de la situación de su hijo.

Narración de Jaume²⁵

Cada dia em desperto a les set del matí. Esmorzo i em prenc les medicines. Després me'n torno al llit. No torno a llevar-me fins a les nou. A vegades surto a donar una volta, i si no em quedo a l'habitació. A l'hora de dinar m'aixeco un altre cop, i després un altre. Si els meus pares es troben bé i surten o se'n van a ballar, jo em quedo a casa. Tinc un televisor, però mai no l'engego. Normalment sempre estic al llit i només surto de l'habitació per sopar. El psiquiatre em va diagnosticar depressió, diu que és crònica i tinc els nervis tocats. Per moltes pastilles que em prengui, només em calmo mentre em dura l'efecte, perquè quan s'acaba torno a estar altre cop tremolant, i he de tornar al llit. Cada cop vaig enfonsant-me més, i no puc fer-hi res.

Vaig néixer l'abril de 1957. Els estudis no m'anaven bé, així que amb 14 anys vaig decidir començar a treballar en un forn. A la vida he treballat de moltes coses: forner, manyà, manobre, paleta, guàrdia de seguretat, en una farmàcia, escombraire... Sempre pel meu compte, fent «xapusses» aquí i allà. També vaig treballar durant tres anys a la botiga d'electrodomèstics de la meva exdona, i allà amb l'ajut del meu sogre vaig començar a fer de manobre a la construcció.

Vaig conèixer la meua dona en una discoteca, ens portàvem sis anys, i poc després ens vam casar. Fins aleshores havia viscut amb els pares, però després de casar-nos, vam decidir marxar a viure a una altra ciutat. Als trenta-dos anys vaig tenir el meu primer fill i al cap de cinc anys va arribar el segon. En aquella època, anàvem els caps de setmana a un càmping. Hi pujàvem amb el cotxe i jugava amb els nens.

Entre el primer fill i el segon vaig haver de fer un tractament de fertilitat, perquè em van dir que els meus espermatozous eren «coixos» i no pujaven a l'òvul de la dona; em van donar medicines. De mica en mica vaig

25. Hemos respetado la lengua en la que se nos dirigieron las personas entrevistadas, así como sus formas de hablar y sus expresiones con la finalidad de intervenir lo mínimo en las narraciones. La traducción al castellano de esta narración se encuentra en la página 157.

anar-me tornant violent amb la meva dona. Cada dos per tres discutíem per no res, però jo pensava en els fills.

Hi ha dues morts de familiars que m'han trasbalsat molt. La primera va ser la de la meva iaia, però la que potser em va dolre més, va ser la del meu sogre, amb qui tenia molt bona relació. Es va matar a la carretera que va cap a Granollers quan jo tenia uns trenta-vuit anys. Mai no sabrem del cert què va passar. El meu sogre era molt treballador, treballava en una fàbrica d'equipaments per a cotxes i durant trenta anys va anar-hi cada dia, mai no va agafar una baixa, fins que van detectar-li un càncer de mama a la seva dona. Ja havia començat a prendre medicines, i aleshores van haver de donar-n'hi encara més. El metge li va dir: «Vostè no pot treballar en les condicions en què està». Per ell era molt dur no poder treballar. Va estimbar-se el dia en què havien de netejar-li el pit a la seva dona. Ell va discutir-se amb la meva cunyada, va agafar el cotxe i enlloc d'anar pel camí habitual, va agafar una altra carretera i a la segona corba va sortir de cap.

Poc després, vaig començar a prendre drogues amb la meva dona, porros i cocaïna (sempre pel nas) i així vam seguir durant dos o tres anys. El primer cop que vaig provar-les va ser per Cap d'Any. Uns amics ens hi van convidar. Vam tastar-les i ens van agradar. I així el que havia de ser un cop a l'any, va començar a ser cada mes, i de cada mes vam passar a cada setmana, fins que vaig arribar un punt en què me'n sortia o em quedava enganxat per sempre més. Ara fa dos anys vaig dir prou, i ho vaig deixar. Crec que el motiu de la separació amb la meva dona va ser arran d'aquesta decisió. Jo volia deixar-ho estar, però «la meva senyora em deia que no». Ella prenia cocaïna, i imagino que encara deu continuar fent-ho. Però, jo tenia por que el meu fill gran, en Gerard que ja era «grandet», comencés a adonar-se'n. Aquell sí que va ser un dels moments més difícils de la meva vida, prenia Diazepan i sovint anava a fer-me visitar pels metges. Quan ens vam separar, tot va anar molt ràpid. Em van dir que m'havia convertit en un home perillós, perquè un dia vaig arribar a casa i al no tenir claus, me les havia pres la meva dona, vaig decidir entrar al pis saltant a través del pati de la veïna. Un cop dins, em vaig prendre un Diazepan i em vaig calmar. Fins que de cop i volta, van arribar els Mossos d'Esquadra. Em van esposar amb cadenes, al coll i als peus. Recordo que tot el carrer, i l'escala, estaven plens de policies. Semblava que estiguessin buscant a un de l'ETA! Em van detenir i em van tancar. Sentia que no podia estar tancat, picava contra la paret amb el cap fins que van entrar

a la cel·la, em van esposar i em van portar a l'hospital. Allí, em van donar un parell d'injeccions calmants, i em vaig passar tot el dia dormint. Em vaig passar quatre dies dormint a la cel·la. Des d'aleshores ençà, he estat quatre cops ingressat a l'hospital perquè «se me'n va l'olla». Veig coses irreal, crec que el que veig és real, però després me n'adono que no ho és. No hauria de fer-ho i ho faig.

Em sento enfonsat perquè com a home sento que fa molts anys que estic sense una dona. Vaig provar d'anar a una casa de cites d'aquestes i ara tinc «la malaltia», no se m'aixeca i això em preocupa molt perquè sento que així no puc refer la meua vida. Vaig anar al doctor de la seguretat social per fer-me proves i anàlisis. Allà, els metges van veure que havia agafat l'Hepatitis C. Encara ara no es posen d'acord en com l'he pogut agafar, diuen que potser me la deuriem encomanar quan em van operar de l'apèndix. També tinc les «transaminasses» molt altes i tinc una altra malaltia que no sé quina és però que també em dona positiu. A més tinc el fetge tocat, i sobretot els nervis que m'afecten «el coco» i em provoquen tremolors, que vénen i se'n van, sempre igual.

Després de separar-me de la meua dona vaig anar a viure a casa de dos amics, un era borratxo i l'altre drogaaddicte. Els meus pares van decidir que m'havia de traslladar a viure amb ells, perquè si no acabaria pitjor. Des que ens vam separar, havia vist molt poc als meus fills, però ara que visc a casa els pares, els veig un dia per setmana. Mentrestant, se'n fa responsable la meua dona. He anat a un advocat d'ofici per preparar la separació i el divorci, ja fa tres o quatre mesos que estic esperant la trucada de l'advocat per firmar la separació, però de moment res. Tinc també una germana més gran amb qui ens portem tres anys. Està separada i ajuntada amb un altre home i té dos fills un de vint-i-nou i un altre de vint-i-cinc anys.

A part de la família, amb l'única persona amb qui em relaciono és amb una noia que ven coses al mercat i que a vegades l'acompanyo amb el cotxe, que no és meu, sinó d'ella. La porto fins al mercat i l'ajudo a muntar la parada, perquè ella no té carnet. En el fons la veig com a una relació d'amistat. Ens portem vuit anys, i de moment no tinc perspectives de tenir-hi cap altre tipus de relació. Quan hi vaig, em dona alguns diners, trenta euros, que em van bé per treure'm d'algun «apuro».

Ara bé, quan tinc un problema no tinc ningú a qui recórrer. Si algú em demana ajut, li contesto que no puc ajudar-lo perquè prou problemes tinc. No em considero creient, el cert és que no crec ni en mi mateix. Però si he

d'escollir una religió, em considero evangèlic, tot i que vaig fer la comunió catòlica, perquè és la religió a la qual es va «canviar» la meva mare, i així de mica en mica, l'hem anat adoptant tots els membres de la família. Tampoc tinc contacte amb cap associació, ni vaig a cap manifestació, ni he anat mai a votar. Em quedo sempre tancat a casa i d'aquí no surto.

El que més m'agradaria és trobar una noia i ajuntar-me amb ella. Voldria viure amb els meus fills, però amb el que guanyo amb el PIRMI no puc ni llogar un pis. El meu cap sempre està treballant. Tinc quaranta-set anys i el que jo voldria és refer la meva vida. I si no la puc refer que l'Estat em doni «alguna cosa», encara que sigui tres-cents euros segurs cada mes. Perquè d'una altra manera no puc viure.

No puc treballar perquè em poso massa nerviós, quan una cosa no em surt bé la tiro per terra i aleshores l'encarregat em fot «la bulla». Sempre m'estic prenent Diazepan i Vandral per calmar els nervis. Em poso a tremolar i necessito les pastilles. És la depressió que vaig agafar, sento que vaig perdent la memòria. Faig una cosa i al cap d'una estona ja no me'n recordo. Ara m'ho està mirant el neuròleg, a veure d'on em ve.

Les feines que he anat tenint, les he acabat deixant perquè em posava massa nerviós. Cada dia «em fotia» un paquet de Diazepan, de dotze pastilles, i quan acabava el dia encara en necessitava més. Abans de separar-me ja prenia Diazepan. Tot va començar perquè el meu cap veia coses rares, vaig adonar-me que m'estava venint «algo» —i no sabia què— així que vaig anar al psiquiatre i em va dir que estava entrant en una depressió, em van començar a medicar per veure si la podien frenar; després, va venir la separació i tot va accelerar-se al cent per cent. A partir d'aquí ja no he baixat, estic sempre «a dalt».

M'agradaria que l'Estat em podés ajudar perquè jo no puc continuar d'aquesta manera, no puc viure. Estic vivint a casa dels pares i un cop els ho he pagat tot, no em queda ni pel «tabac». Aquest desembre se m'acaba el PIRMI. He intentat diverses vegades que em donessin la llarga malaltia, sense aconseguir-ho. Ara ja fa dos anys, o potser més, que tinc relació amb els serveis socials. Des que vaig començar a tenir problemes i em portaven a l'hospital i m'hi estava vuit o deu dies. D'allà em van passar a l'assistent social per buscar-me una «paga», però me la van denegar. Aleshores l'assistent em va dir: «Vés a l'ajuntament a l'assistent social i li expliques tot el teu cas, portes tot el currículum, tot el que t'han donat els metges i a veure si allí et poden donar una ajuda». Finalment, em van donar aquesta ajuda. Puc dir que estic content dels serveis socials. Però,

tinc por que em tallin l'ajuda per Nadal. En aquest cas hauré de seguir vivint a casa els pares i no els podré donar diners. No en tindrè ni per moure'm!

Fa poc em vaig apuntar a un dels cursos que et fan fer per cobrar el PIRMI, però com que havia d'estar dret, em començava a posar nerviós. Se m'inflaven els peus i m'havia de tornar a prendre Diazepan. Si per anar a treballar, he de sortir amb vuit i nou pastilles de Diazepan tampoc «no és plan».

Traducción de la narración de Jaume

Todos los días me despierto a las siete de la mañana. Desayuno y me tomo las medicinas. Después me vuelvo a la cama. No vuelvo a levantarme hasta las nueve. A veces salgo a dar una vuelta, y si no me quedo a la habitación. A la hora de comer me levanto otra vez, y después otra. Si mis padres se encuentran bien, y salen o se van a bailar, yo me quedo en casa. Tengo un televisor, pero nunca lo pongo. Normalmente siempre estoy a la cama y sólo salgo de la habitación para cenar. El psiquiatra me diagnosticó depresión. Dice que es crónica. Que tengo los nervios tocados. Por muchas pastillas que me tome, sólo me calmo mientras me dura el efecto, porque cuando se acaba vuelvo a temblar otra vez, y tengo que volver a la cama. Cada vez me voy hundiendo más, y no puedo hacer nada.

Nací en abril de 1957. Los estudios no me iban bien, así que con catorce años decidí comenzar a trabajar en una panadería. A lo largo mi vida he trabajado de muchas cosas: panadero, cerrajero, albañil, guardia de seguridad, en una farmacia, como barrendero... Siempre por mi cuenta, haciendo «chapuzas» por ahí... También trabajé durante tres años en la tienda de electrodomésticos de mi ex mujer, y allí, con la ayuda de mi suegro, comencé a hacer de albañil en la construcción.

Conocí a mi mujer en una discoteca. Nos llevábamos seis años. Poco después nos casamos. Hasta entonces había vivido con los padres, pero después de casarnos decidimos marcharnos a vivir a otra ciudad. A los treinta y dos años tuve mi primer hijo y después de seis años llegó el segundo. En aquella época íbamos los fines de semana a un camping. Íbamos con el coche y jugaba con los niños.

Entre el primer hijo y el segundo tuve que hacer un tratamiento de fertilidad, porque me dijeron que mis espermatozoides eran «cojos» y no subían al óvulo de la mujer. Me dieron medicinas. Poco a poco me fui volviendo violento con mi mujer. Cada dos por tres discutíamos por nada. Pero yo pensaba en mis hijos.

Hay dos muertes de familiares que me han desquiciado mucho. La primera fue la de mi abuela, pero la que tal vez me dolió más fue la de mi suegro, con quien tenía muy buena relación. Se mató en la carretera que va hacia Granollers cuando yo tenía unos treinta y

ocho años. Nunca sabremos lo que pasó de verdad. Mi suegro era muy trabajador. Trabajaba en una fábrica de piezas para coches y durante treinta años trabajó todos los días. Nunca cogió la baja, hasta que le detectaron un cáncer de mama a su mujer. Ya había comenzado a tomar medicinas, y entonces tuvieron que darle más. El médico le dijo: «Usted no puede trabajar en las condiciones en que está». Para él no poder trabajar era demasiado. Se despeñó el día que tenían que sacarle el pecho a su mujer. Discutió con mi cuñada, cogió el coche y, en vez de ir por el camino habitual, cogió otra carretera y a la segunda curva se salió de frente.

Poco después comencé a tomar drogas con mi mujer. Porros y cocaína (siempre por la nariz), y así seguimos durante dos o tres años. La primera vez que las probé fue por Fin de Año. Unos amigos nos invitaron. Las probamos y nos gustaron. Y lo que empezó siendo una vez al año, fue cada vez a más. De una vez al mes pasamos a cada semana, hasta que llegué a un punto en el que o me salía o me quedaba enganchado para siempre más. Hace ahora dos años dije basta, y lo dejé. Creo que el motivo de la separación con mi mujer fue a raíz de esta decisión. Yo quería dejarlo estar, pero mi señora me decía que no. Ella tomaba cocaína, e imagino que aún lo sigue haciendo. Pero yo tenía miedo que mi hijo mayor, Gerard, que ya era «mayorcito», empezase a darse cuenta. Aquél sí que fue uno de los momentos más difíciles de mi vida. Tomaba Diazepán y a menudo tenía que ir al médico. Cuando nos separamos todo fue muy rápido. Me dijeron que me había convertido en un hombre peligroso, porque un día llegué a casa y al no tener llaves, me las había quitado mi mujer, decidí entrar en el piso saltando a través del patio de la vecina. Una vez dentro me tomé un Diazepan y me calmé. Hasta que de golpe y porrazo llegaron los Mossos d'Esquadra. Me esposaron con cadenas, en el cuello y en los pies. Recuerdo que toda la calle y la escalera estaban llenas de policías. ¡Parecía que estuviesen buscando a uno de la ETA! Me detuvieron y me encerraron. Y yo no podía estar encerrado. Golpeaba la cabeza contra la pared hasta que entraron en la celda, me esposaron y me llevaron al hospital. Allí me dieron un par de inyecciones calmantes, y me pasé todo el día durmiendo. Me pasé cuatro días durmiendo en la celda. Desde entonces he estado cuatro veces ingresado en el hospital porque se me va la olla. Veo cosas irreales. Creo que lo que veo es real, pero

después me doy cuenta que no lo es. No tendría que hacerlo y lo hago.

Me siento hundido porque como hombre siento que hace muchos años que estoy sin una mujer. Probé ir a una casa de citas de esas, pero ahora con la enfermedad no se me levanta y eso me preocupa mucho porque siento que así no puedo rehacer mi vida. Fui al doctor de la Seguridad Social para hacerme pruebas y análisis. Allí los médicos vieron que había cogido la Hepatitis C. Aún ahora no se ponen de acuerdo en cómo la he podido coger. Dicen que tal vez la cogí cuando me operaron de apendicitis. También tengo las transaminasas muy altas y tengo otra enfermedad que no sé cuál es pero que también me da positivo. Además tengo el hígado tocado, y sobre todo los nervios que me afectan «el coco» y me provocan temblores. Vienen y se van, siempre igual.

Después de separarme de mi mujer fui a vivir en casa de dos amigos, uno era borracho y el otro drogadicto. Mis padres decidieron que me tenía que trasladar a vivir con ellos, porque si no acabaría peor. Desde que nos separamos había visto muy poco a mis hijos, pero ahora que vivo en casa de mis padres los veo un día por semana. Mientras tanto, la responsable es mi mujer. He ido a un abogado de oficio para preparar la separación y el divorcio. Hace tres o cuatro meses que estoy esperando la llamada del abogado para firmar la separación, pero de momento nada. Tengo también una hermana mayor con quien nos llevamos tres años. Está separada y vive con otro hombre y tiene dos hijos, uno de veintinueve y otro de veinticinco años.

Aparte de la familia, con la única persona con quien me relaciono es con una chica que vende cosas en el mercado y a la que a veces acompaño con el coche, que no es mío, sino de ella. La acompaño hasta el mercado y la ayudo a montar la parada, porque ella no tiene carnet. En el fondo lo veo como una relación de amistad. Nos llevamos ocho años, y de momento no tengo perspectivas de tener con ella ningún otro tipo de relación. Cuando voy, me da un poco de dinero, treinta euros, que me van bien para sacarme de algún apuro.

Ahora bien, cuando tengo un problema no tengo nadie a quien recurrir. Si alguien me pide ayuda, le contesto que no puedo ayudarlo porque ya tengo demasiados problemas. No me considero creyente, lo cierto es que no creo ni en mí mismo. Pero si tengo que escoger

una religión, me considero evangélico, a pesar de que hice la comunión católica. Porque es la religión a la que se cambió mi madre, y así paulatinamente, la hemos ido adoptando todos los miembros de la familia. Tampoco tengo contacto con ninguna asociación, ni voy a ninguna manifestación, ni he ido nunca a votar. Me quedo siempre cerrado en casa y de aquí casi no salgo.

Lo que más me gustaría es encontrar una chica y juntarme con ella. Querría vivir con mis hijos, pero con lo que gano con el PIRMI no puedo ni alquilar un piso. Mi cabeza siempre está trabajando. Tengo cuarenta y siete años y lo que yo querría es rehacer mi vida. Y si no la puedo rehacer que el Estado me dé alguna cosa, aunque sea trescientos euros seguros cada mes. Porque de otra manera no puedo vivir.

No puedo trabajar porque me pongo demasiado nervioso, cuando una cosa no me sale bien lo tiro todo por el suelo y entonces el encargado me pega la bulla. Siempre me estoy tomando Diazepán y Vandral para calmar los nervios. Me pongo a temblar y necesito las pastillas. Es la depresión que cogí. Siento que voy perdiendo la memoria. Hago una cosa y al cabo de un rato ya no me acuerdo de lo que he hecho. Ahora me lo está mirando el neurólogo, a ver de dónde me viene.

Los trabajos que he tenido los he acabado dejando porque me ponía demasiado nervioso. Todos los días me tragaba una caja de Diazepán de doce pastillas, y cuando acababa el día aún necesitaba más. Antes de separarme ya tomaba Diazepán. Todo comenzó porque mi cabeza veía cosas raras. Me percaté que me estaba cogiendo algo —y no sabía qué—, así que fui al psiquiatra y me dijo que estaba entrando en una depresión. Me empezaron a medicar para ver si la podían frenar. Después vino la separación y todo se aceleró al 100%. A partir de ahí ya no he bajado. Estoy siempre arriba.

Me gustaría que el Estado me pudiese ayudar. No puedo continuar de esta manera. No puedo vivir. Estoy viviendo en casa de mis padres y, una vez se lo he pagado todo, no me queda ni para el tabaco. Este diciembre se me acaba el PIRMI. He intentado varias veces que me diesen la larga enfermedad, sin lograrlo. Ahora ya hace dos años, o tal vez más, que tengo relación con los servicios sociales. Desde que comencé a tener problemas y me llevaban al hospital, ahí me quedaba ocho o diez días. De ahí me pasaron al asistente social

para buscarme una paga, pero me la denegaron. Entonces el asistente me dijo: «Vete al Ayuntamiento a la asistenta social y le explicas todo tu caso. Le llevas todo el vitae, todo cuanto te han dado los médicos, y a ver si allí te pueden dar una ayuda familiar». Finalmente me dieron esta ayuda. Puedo decir que estoy feliz de los servicios sociales. Pero, tengo miedo que me corten la ayuda para Navidad. En ese caso tendría que seguir viviendo en casa mis padres y no les podré dar dinero. No tendré ni para moverme.

Hace poco me apunté a uno de los cursos que te hacen hacer para cobrar el PIRMI, pero como tenía que estar de pie, me ponía muy nervioso. Se me hinchaban los pies y me tenía que volver a tomar Diazepán. Para ir a trabajar, tengo que salir con ocho o nueve pastillas de Diazepán, ¡tampoco es plan!

PATOLOGÍA DUAL Y CALIDAD DE VIDA

Jaume ha vivido una serie de situaciones y experiencias que pueden resultarnos más o menos familiares: un fracaso matrimonial, un cuadro depresivo, la muerte de un ser querido, o la pérdida de un trabajo. De sus palabras se desprende que lo que realmente condiciona su vida y marca la diferencia con respecto a la de la mayoría de nosotros es el hecho de que convive con una patología dual, es decir, con un trastorno por uso de sustancias, y con un trastorno psiquiátrico asociado.

Para aquellos que desconozcan las características de esta doble patología, cabe decir que ésta consiste en padecer las consecuencias negativas del abuso de sustancias a la vez que un trastorno mental concomitante, que puede haberse desarrollado como consecuencia misma del consumo de drogas, a posteriori, o bien puede haber motivado el inicio del consumo y la posterior adicción.

El hecho de que en este caso los dos trastornos no hayan sido abordados en su conjunto y que, desde un punto de vista terapéutico, su caso haya sido tratado de forma parcial (con ingresos puntuales en el hospital o con la prescripción de medicación psiquiátrica sin tener en cuenta su problema con las drogas) ha contribuido a que, inevitablemente, esta persona se encuentre actualmente incapacitada por un trastorno adaptativo y con una tendencia a la cronificación de su situación.

En mi opinión, ni la tramitación de una ayuda económica ni la aparición de un amor, como reclama y anhela nuestro protagonista, supondrían la solución definitiva para la mejora de su calidad de vida, ya que a medio o largo plazo resultarían insostenibles debido a la problemática de base que presenta, que es, probablemente, en sí misma, el origen de su situación actual y que sólo puede ser tratada a partir de un diagnóstico adecuado y de un tratamiento integral que contemple el problema en su totalidad.

Su caso, desgraciadamente, no es un caso aislado. Cada vez con mayor frecuencia, los profesionales del ámbito de las drogo-

dependencias nos encontramos con personas que presentan una patología dual que únicamente podemos tratar mediante un trabajo multidisciplinar y con la ayuda de unos recursos psiquiátricos especializados, que en la actualidad resultan escasos y cuyos ingresos están condicionados a las listas de espera; en Barcelona contamos con la Unidad de Patología Dual de Martorell y la Unidad de Patología Dual-Alcoholismo de Sant Boi de Llobregat.

Muchos de nuestros ciudadanos consumidores sobreviven en nuestra sociedad inmersos en un mundo gris que poca gente, muchas veces ni siquiera la de su propio entorno, comprende, y que genera una soledad y un sufrimiento que sólo ellos y las personas que les quieren conocen.

Seguramente Jaume no era consciente de lo que supondría la entrada de una sustancia como la cocaína en su vida (un estímulo en su desequilibrio psico-emocional y un factor más en su fracaso matrimonial), pero seguramente tampoco es consciente de lo que ha supuesto y supone su adición al alcohol.

El incremento de personas con problemas asociados al consumo de drogas y la minimización, todavía hoy muy generalizada, respecto a los riesgos que suponen el consumo de sustancias siguen siendo constantes que únicamente podrán ser abordadas a partir de una política en educación sobre drogas que sea realista, objetiva y que forme a las personas para que éstas puedan hacer un consumo responsable.

La realidad nos demuestra que mientras la desinformación y la insolidaridad ciudadana impidan la implementación de recursos para personas con problemas derivados del consumo de drogas, mientras continúen poniéndose en marcha campañas preventivas sobre drogas, de dudosa calidad pedagógica, y mientras los profesionales de la red socio-sanitaria no dispongamos de formación y recursos para poder efectuar detecciones, diagnósticos y derivaciones adecuadas a personas como Jaume no les podremos dar respuestas a las preguntas y problemas que nos planteen para poder disfrutar de la calidad de vida que merecen.

Irene Andrés López

Educadora social en el ámbito de las drogodependencias

DEBILIDAD DE REDES SOCIALES Y DE APOYO



Contexto de la entrevista

La responsable del Centro de la Mujer, ubicado en el Centro Cívico del barrio, nos puso en contacto con María José. Le había comentado nuestro proyecto y que necesitábamos contactar con personas para entrevistar; personas que tuvieran el tiempo y las ganas de contarnos su vida.

María José llegó un poco cansada a la sala del Centro Cívico donde nos habían concertado la entrevista. Se ayudaba de una muleta para andar y de un talón ortopédico, ya que a causa de una poliomiélitis infantil tenía un pie más pequeño. Los trabajos que había desarrollado a lo largo de su vida para poder subsistir, el embarazo de su único hijo (al que tuvo que hacer frente sola), así como toda la fase de madre soltera trabajadora habían ido deteriorando la salud ya precaria de María José de tal modo que ahora el estado actual de su columna vertebral y piernas le impedían que aguantara demasiado rato de pie.

Mientras se quitaba el jersey, dejaba la bolsa en una silla y apoyaba la muleta en la mesa, nos iba comentando la importancia que tenía para ella la entrevista. Era, en su opinión, una gran oportunidad para poder contar aspectos de su vida que concebía como injusticias sociales y que nunca había tenido la ocasión de dar a conocer públicamente: «ya sé que lo que diga no solucionará nada de mi vida, pero si por lo menos puede ayudar a alguien a no tener que pasar por lo mismo, pues ya estará bien.»

Cuando se sentó sacó del bolso un papel en el que había apuntado algunas cosas. No quería —nos dijo— olvidarse de nada. De hecho no le hicieron falta sus anotaciones ya que ni siquiera ojeó el papel en las tres horas que duró este primer encuentro. Su discurso avanzaba firmemente, con explicaciones largas e interesantes que ilustraban claramente el mensaje que quería darnos. Al final de este primer encuentro y viendo que aún quedaban muchas cosas por contar, le propusimos continuar otro día. María José no sólo no tuvo ningún inconveniente, sino que además propuso que fuéramos a ver su nuevo piso.

Unas horas antes de la que tenía que ser nuestra segunda cita, María José nos llamó para cancelar la entrevista, puesto que su hijo había tenido un accidente y se había roto el pie. Así que la propusimos para otro día de la semana siguiente. Cuando llegamos, ella

ya nos estaba esperando con impaciencia. Lo primero que hizo fue mostrarnos su piso de nueva construcción. Éste estaba provisto de un ascensor, lo cual era ya imprescindible para María José dado su estado de salud y más teniendo en cuenta que es degenerativo. Hacía un año más o menos que había adquirido la nueva vivienda pero aún no había conseguido vestirla de muebles, cortinas, lámparas... De hecho, eso era lo que nos quería mostrar: su pobreza ilustrada en los sesenta metros cuadrados de su casa. Todo estaba limpio y ordenado. Los rayos de sol que entraban por la ventana daban el toque alegre a las paredes blancas sin adornos.

En esta segunda ocasión María José acompañaba su narración con las pocas fotos que tenía de sus hermanos y de su único hijo. Cuando casi terminábamos entró Pedro, su hijo. Tímido pero simpático nos saludó brevemente. Él viviría en casa de su madre hasta que no se hubiera recuperado del accidente.

Narración de María José

Nunca he vivido, siempre he malvivido. Mi vida ha sido el trabajo. Era pobre y sabía que si dejaba de trabajar me iba a convertir en lo que ahora soy: más pobre todavía. No sé lo que es ir al cine, comprar una revista, ir al bar a tomar un café. Lo que más me ha marcado en la vida ha sido el nacimiento de mi hijo. Él es el motor que me ayuda a seguir luchando, pero estoy cansada. Mis problemas son la paga y la incapacidad.

Nací hace cincuenta y cinco años en Ceuta, en una familia con seis hermanos: tres chicos y tres chicas, yo era la pequeña. Tuve una infancia feliz a pesar de que éramos pobres. En la guerra lo pasamos muy mal, no teníamos ni agua ni aseos. Íbamos a la fuente a coger el agua y para bañarnos utilizábamos un tubo que iba a parar a un vertedero. Sin embargo, mi familia era muy instruida para la época. Mi madre tenía mucha sensibilidad por la cultura, le gustaba mucho leer y nos animaba a ello, así todos los hermanos fuimos a la escuela. Yo era muy buena estudiante y siempre sacaba muy buenas notas, por lo que ella hubiera querido que estudiase magisterio. Pero teníamos poco dinero y tras estudiar dos años

en la escuela de Artes y Oficios, donde aprendí a coser con la ayuda de mi madre, que era sastra, tuve que dejar la escuela y ponerme a trabajar.

Mi padre nació en un pueblo de la provincia de Málaga. También sabía leer y escribir, aunque nunca fue a la escuela, porque a los siete años empezó a trabajar, siempre fue muy trabajador y a él le debo el haberme enseñado dos virtudes: la honestidad y la justicia. Trabajaba de jardinero para el Ayuntamiento y cuando acababa comía y se iba a cultivar un campo a las afueras de Ceuta, en una zona que ahora pertenece a Marruecos. No regresaba a casa hasta bien entrada la noche. Era muy buena persona, no fumaba ni bebía, un hombre sano, pero el mayor defecto que tenía era su carácter, muy chapado a la antigua, muy machista, y mi madre sufrió mucho por ello. Se casaron cuando ella era todavía muy joven, tenía dieciséis años. No es que la maltratara físicamente, aunque algún tortazo sí que le dio, pero no hace falta que te peguen para que te sientas mal, a veces los maltratos psicológicos se sufren más.

Como otras personas de mi edad, contraí la poliomielitis infantil y desde entonces arrastro esta minusvalía que con los años ha contribuido a que mi salud se fuera agravando. Tengo una pierna más delgada, más corta y el pie más pequeño. Siempre me he sentido muy acomplejada por ello, esto ha dificultado mi relación con los hombres y ahora tengo graves problemas de salud, pero nunca me he resignado y siempre he querido hacerme la fuerte, ya de pequeña iba a la fuente a por agua, incluso cuando llovía.

Yo quería seguir estudiando, tenía una beca, pero mi madre enfermó de cáncer y sufrió mucho hasta que murió, cuando yo tenía quince años. Entonces pasé a querer a mi padre con locura, él siempre me protegía, me cuidaba mucho, era su ojito derecho. Mis hermanos emigraron a Barcelona y me quedé con él y con mis dos hermanas. Una era un poco rebelde, salía con su novio, y mi padre no lo toleraba: no podía ni pintarse los labios y si se hacía de noche tenía que regresar a casa, aunque fuesen las siete de la tarde.

En esa época teníamos que arreglarnos con muy poco dinero. Mi madre siempre había llevado la casa, nos decía cómo teníamos que sentarnos, cómo caminar y cuando murió pasé a ocuparme yo de todo: llevaba la casa y cosía. A los dieciocho años empecé a trabajar para la gente del barrio, haciendo vestidos. Me levantaba a las siete, arreglaba la casa, iba a comprar y me ponía a coser hasta la noche, cuando llegaba mi padre. Pero las cosas empezaron a torcerse; porque era joven, tenía ganas de

salir y él no podía soportarlo. No le gustaba que no estuviésemos en casa. Recuerdo un día que había salido con mis amigas, y cuando volví, lo encontré esperándome en mitad de la calle, me estremecí. A raíz de ahí, le cogí miedo. No podía salir y sufría mucho, porque no tenía una vida normal. Mis tres hermanos vivían en Barcelona y se las arreglaban: uno hacía de sastre, el otro de cocinero y el otro de pintor. Una de mis hermanas decidió venirse a vivir a Barcelona y la otra se casó, quedándose a vivir cerca de nosotras, en Ceuta. Así me quedé sola con mi padre, no lo soportaba, me protegía demasiado.

A los dieciocho años no había tenido todavía un novio, era muy mona. Me arreglaba, y escondía mi minusvalía poniéndome trampitas en los zapatos. Un verano vine de vacaciones a Barcelona, con mis hermanos y mis tíos. Me gustó muchísimo la ciudad. La segunda vez que volví de vacaciones decidí quedarme, era en 1970 y tenía veinte años. Me acogió en su casa uno de mis hermanos que tenía cuatro hijos y vivía en el Verdum, tuve que compartir una habitación pequeña con una de mis sobrinas.

Empecé limpiando en distintas casas, cosiendo en una tienda, en una camisería, en un taller de confección de bañadores y en otro taller en otro barrio. Fue una época de mucha movilidad, cambiaba mucho de trabajo y de casa: viví con mis dos hermanos y con mi hermana, pero todos tenían hijos y nunca había sitio. Al cabo de un tiempo me trasladé a la Guineueta con una compañera de trabajo, encontramos un sótano, donde podíamos vivir y trabajar cosiendo. Pero no me gustaba vivir allí, siempre me ha gustado el sol, la luz. Así, en 1974 decidí comprarme un piso, me pidieron setecientas mil pesetas, que en esa época era mucho dinero, pero me permitieron pagarlo en siete años. Mi padre a regañadientes me dio cien mil pesetas, luego me ayudaría con cien mil más, y cada mes tenía que pagar una letra de siete mil quinientas pesetas. No fue fácil, hasta tuve que empeñar y luego vender las cuatro joyas que tenía de mi familia. El piso era un ático muy pequeño, pero me encantó porqué tenía sol y desde allí veía el mar y media Barcelona. El problema es que cada día tenía que subir cuatro pisos por una escalera muy pequeña y poco a poco empecé a tener dolores, el pie me dolía cada vez más. Además, como el piso era de los años cincuenta, las estructuras estaban muy mal y siempre se estropeaba algo.

Durante toda mi vida había tenido una salud muy buena, pero con el nacimiento de mi hijo empezó a empeorar. Por esa época se trasladaron a Barcelona mi padre y mi hermana, que se había quedado viuda y tenía una pensión muy baja. Mi piso era muy pequeño y no pude acogerles,

hasta que mi hijo creció un poquito y pude ofrecerle mi habitación a mi padre para que allí se alojase, mientras yo dormía en el sofá. Estuvo con nosotros hasta que murió, en 1994.

Con los hombres siempre he tenido dificultades para relacionarme, los trataba de usted. Era muy presumida e intentaba que no se dieran cuenta de mi minusvalía. Mi primer novio lo conocí en Ceuta, pero no fue hasta que me vio aquí que empecé a gustarle. El problema fue que emigró a Alemania, estuvimos dos años relacionándonos, viéndonos sólo unos días en Navidad y en verano, casi nunca me escribía. Cuando venía era muy cariñoso y alegre, pero me dejó sin darme ninguna explicación y eso representó para mí un gran fracaso. Empecé a salir sola, iba mucho a bailar, me vuelve loca el baile, me teñí de rubio, iba con el pelo rizado y minifaldas. En esta época conocí al padre de mi hijo, que trabajaba como ascensorista. Era muy bohemio, no quería ataduras, sino vivir tranquilo y libre. Me enamoré de él, pero cuando llevábamos unos meses me dijo lo mismo que el otro: que él no era un hombre para mí. Se marchó a Valencia y fue distanciándose de mí, a los veintinueve años me quedé embarazada, y como él no quería casarse conmigo, lo dejé. Él hubiera querido que mi hijo tuviera sus apellidos, pero como que no quería asumir responsabilidades me opuse, finalmente nunca me ayudó económicamente y con los años perdimos el contacto.

Siempre he estado orgullosa de ser madre soltera y tuve claro que quería que mi hijo supiera la verdad: que su padre se fue a Valencia, donde se casó y tiene dos hijos. Mi hijo representa para mí una pasión, el motor para seguir luchando. A veces he pensado que si no lo hubiera tenido mi vida habría sido más fácil, quizás no habría trabajado tanto, pero no la cambiaría.

Recuerdo que cuando fui a ver el ginecólogo para hacerme las pruebas, antes de decirme los resultados, me preguntó si realmente quería tenerlo. Me impresionó mucho, porque yo no quería abortar. Para mí formar una familia era muy importante y a pesar de que no me he casado, de que sigo sola, he tenido un hogar, yo lo he creado. Pero en ese momento, cuando quedé en estado, tenía mucho miedo de contárselo a la familia por el «qué dirán». Primero se lo dije a mi hermana mayor y luego a mis hermanos, a los que no les sentó nada bien. Además, perdí el trabajo que tenía en el taller, me echaron cuando empezó a notarse el embarazo. En un primer momento me las arreglé con el paro y la ayuda familiar, pero no era suficiente. Tenía en casa una máquina de coser; mi

hermano, el que trabajaba de sastre, me instaló un motor más potente para poder coser más rápido y mejor pero, aun y así, no era como las del taller. Por ello, me compré una máquina de segunda mano, me costó ochenta mil pesetas, estuve dos años pagando letras. Cosía y aprendía catalán escuchando Radio 4. Me llevaba a mi niño pequeño en una sillita que me dio su tía, porque no podía separarme de él, no quería dejar a mi hijo en un colegio interno e ir a verlo los fines de semana. Ahí empezó el calvario: cogía a mi niño con la sillita; iba a comprar al mercado; subía los cuatro pisos con el niño, el carrito de la compra y la costura, que eran unas bolsas inmensas llenas de ropa que pesaban mucho. Todo eso supuso un trabajo enorme para mí.

Mientras duró el paro, pude ir trampeando, el problema fue cuando se acabó, porque no encontraba trabajo, hasta que encontré una casa que hacía vestidos más finos, más bonitos, pero de todas maneras siempre mal pagados. Tenía que estar todo el día delante de la máquina. Llevé a mi hijo a la guardería primero y luego a la escuela, y cuando regresaba le daba la merienda, y me ponía otra vez a coser. Lo pasaba mal por los vecinos, porque la máquina era muy ruidosa, así que para no molestarlos me guardaba las prendas que tenía que coser a mano para la noche. Dormía muy pocas horas, tomaba mucho café y seguía cosiendo; cuando me vencía el sueño, me lavaba la cara, tomaba otro café y así hasta que no me aguantaba en pie. A la mañana siguiente tenía que levantarme a las seis y algunos días incluso a las cuatro, casi no dormía.

La confección en casa estaba muy mal pagada y nunca tuve un contrato. El trabajo era muy intermitente ya que dependía de la demanda. Durante los dos o tres meses de verano había muy poco trabajo, a veces ninguno. Aprovechaba entonces para llevarme a mi hijo a la playa, al zoológico, al parque Güell. Lo pasaba muy mal porque no teníamos dinero y cuando había «faena», en Navidades y en Semana Santa, tenía que quedarme muchas horas cosiendo. Cuando mi hijo era muy pequeño, mi hermano, el sastre, se lo llevaba con su familia a un terreno y yo me quedaba en casa cosiendo. Pero llegó un momento en que la confección vino a menos, era difícil encontrar «faenas». Para ganar dinero me dediqué a vender *tupperwares*. Siempre iba cargada con un cesto inmenso lleno de plásticos.

En 1987 mi hermana y mi cuñada, que trabajaban en una empresa de limpieza, hablaron con la encargada para que me contratara. Trabajábamos limpiando ambulatorios, durante tres años me iban renovando el contrato.

Estaba contenta porque tenía un buen horario y como mi hijo tenía ocho años ya podía ir y venir solo de la escuela y mi hermana le hacía la comida. Pero en 1990 nos quitaron el trabajo. Un médico del ambulatorio me preguntó si quería ir a su casa a limpiar y otra doctora me pidió que cuidara de su niña. Me gustaba, pero me pagaban muy poco y tenía que ir trabajando en lo que salía, combinando contratos de dos y tres meses, empleos muy duros y siempre mal pagados. Por ejemplo, durante tres meses tuve que ir por la noche a limpiar en La Caixa, ocho horas seguidas sin parar. En esa época trabajaba doce horas, a veces incluso catorce o quince. Limpiaba de noche un ambulatorio, acababa a las ocho de la mañana, y de allí me iba directamente a limpiar a una casa particular; en toda la jornada sólo podía tomarme un café con leche en casa de esa señora. Finalmente, cuando llegaba a casa, empezaban los dolores y le pedía a mi hijo que me diera masajes por «cien pesetillas». Fui al médico y me dijo que no podía trabajar con ese pie. Me mandaron al psiquiatra y a la asistente social, pero no me resolvieron nada. La salud se me resentía, iba a limpiar con la muleta. Si en aquella época hubiera conocido los servicios sociales, quizás podría haber hecho un curso, formarme y encontrar un trabajo que pudiera hacer sentada. Pero seguí en la limpieza hasta que el médico me dijo que ya no podía seguir haciendo este trabajo, por la lumbalgia que me afectaba la columna vertebral y porque ya no podía caminar.

No tenía dinero y la asistente me hizo los papeles para ir a Cáritas, donde te dan comida una vez al mes, pero tienes que hacer cola para que te la den y no me gustaba esa situación. Me daba vergüenza y además a las personas mayores sólo nos daban tres o cuatro paquetes.

En 2000 mi hijo ya se había ido de casa y yo llevaba mucho tiempo de baja. Un día, volviendo de su casa, intenté subir la escalera, y me di cuenta que ya no podía: me eché a llorar. ¡No podía vivir ni en mi casa! Y fui a la asistente que me dijo que había una lista de espera muy larga para conseguir un nuevo piso, que podrían dármele, pero tenía que entregar el antiguo y pagar el otro. Entonces vendí el piso donde vivía y me fui a vivir con mi hijo, pero él tenía una novia y me sentía un estorbo. Tenía miedo de irme gastando el dinero, y encontrarme en unos años sin ahorros y sin lugar donde vivir. Todavía soy demasiado joven para los pisos de tercera edad, sólo los dan a partir de los sesenta años. Mi hijo me animó a buscar casa y, con su aval, decidí embarcarme en una hipoteca, para comprar uno nuevo. Aunque este piso supone para mí una alegría, lo estaré pagando hasta que me muera. Por eso, muchas veces me deprimó, porque tengo

que ir a comprar y no tengo dinero. Soy una persona vitalista, pero el año pasado llegó un momento en que pensé que ya no merecía la pena seguir viviendo. Pero mi hijo me necesita, siempre me he ocupado de su bienestar, cuando era pequeño hice todo lo posible para que creciera normal: lo llevé al *esplai*,²⁶ a las colonias, al *casal de joves*²⁷ (porque siempre ha tenido inquietudes sociales). Le he dado estudios, fue a los colegios públicos del barrio, a pesar de que el comedor y los libros supusieran para mí un gasto enorme. Siempre fui la última en pagarlos, y cuando no me llegaba el dinero tenía que pedirlo prestado.

Cuando llegó al instituto no le fue nada bien, yo no podía ocuparme de que estudiara, porque tenía mucho trabajo y estaba preocupada por nuestra situación económica. Así que dejó el instituto y se fue a la escuela taller del barrio a aprender el oficio de soldador. Este verano mi hijo se quedó en paro, estuvo en una ETT poco tiempo, pero el encargado le llamó para decirle que a pesar de que les gustaba mucho cómo trabajaba, ahora no había trabajo y que ya lo volverían a avisar. Nos quedamos sin ingresos y le hemos visto otra vez las orejas al lobo. Ahora ha conseguido que lo contraten como soldador en unos astilleros de una empresa privada de Barcelona.

Le he inculcado a mi hijo la necesidad del ahorro y ahora si le sobra me ayuda. Es el único que me ha ayudado. Mis hermanos nunca, tampoco me gusta recurrir a las amistades, porque no les tengo suficiente confianza, así que si necesito ayuda económica se la pido a mi hijo.

El año pasado durante todo el invierno casi no podía caminar, tuve un dolor inmenso. Cuando bajan las temperaturas me duelen las manos, no puedo hacer media, labores, limpiar, fregar, también me duele la espalda. Ahora le temo al invierno: me despierto muchas veces por la noche, me cuesta dormir. Si he dormido bien me suelo levantar a las siete y media, si no, a las diez, y las primeras horas del día estoy muy cansada. Si tengo ganas me arreglo y voy a la piscina, que me relaja; después, me siento a leer y, si no, veo un programa de televisión o escucho la radio. Luego, me pongo a hacer la comida, tengo siempre que controlarme con la comida. Porque cuando me siento mal, como mucho. Ahora tengo dos gatos que

26. Esplai: agrupación juvenil dedicada a la educación en el tiempo libre parcelada a las asociaciones de Scouts.

27. Espacio municipal de encuentro, reunión y ocio de jóvenes.

me hacen compañía y hablo con ellos; dan trabajo, pero también mucho cariño. Tengo miedo, porque mi enfermedad es degenerativa, cada día estaré peor, y a pesar de que ahora me siento más animada, necesito cada vez más ayuda para todo. Mi hijo me tira las basuras, me ayuda: no sé lo que haría si no tuviera a mi hijo cerca. Vivo sola, pero me estoy planteando la posibilidad de alquilar una habitación de mi piso, para poder llegar mejor a fin de mes.

Ayer me miraba al espejo y pensaba: «no tengo que estar triste». Pero me está costando mucho. El año pasado no podía ni hablar, no salía ni a la calle. Siempre estaba llorando. He estado dos años con tratamiento psicológico, medicándome por la depresión, me encontraba fatal y empecé a engordar, gané muchos kilos. Cada vez que venía la depresión me daba por comer. No hablaba, no tenía ganas de salir ni de arreglarme, siempre llorando. Cuesta asumirlo. Siempre he pensado que la gente tiene que espabilarse. He sido una mujer luchadora contra las injusticias: he trabajado duro, he asistido a manifestaciones que se hacían en el barrio (porque cuando llegamos aquí las calles no estaban asfaltadas, todo era barro) e, incluso ahora, que dispongo de más tiempo, me he afiliado a la agrupación local de un partido de izquierdas. No fui a pedir ayuda hasta que me encontré en una situación de la que no podía salirme sola. He visto gente que está mejor que yo y la han ayudado. No entiendo por qué unos reciben más derechos que otros, para mí en la pobreza todo el mundo es igual. Por ello me ha dolido mucho el papel de las administraciones, que cuando más lo necesitaba, no me ofrecieron ayuda.

No entiendo por qué, con todo lo que tengo, la administración no me da la incapacidad absoluta. Esta situación me ha sumido en una depresión. Ahora tengo que asumir que soy una minusválida: llevar una muleta, botas ortopédicas. Me ha costado dos años reconocerlo. No tengo nada en mi cuerpo que no me duela: artrosis en las manos, lumbalgia degenerativa y la rodilla de la pierna derecha, donde no tengo la poliomielitis y que siempre he tenido que forzar, y tengo que llevar botas ortopédicas y ayudarme con la muleta. Me encuentro fatal, no quiero moverme, no tengo ganas de salir a la calle. Muchas veces me digo a mí misma «sólo por mi hijo». Y cuando fui al psiquiatra me dijo: «bueno, y ¿por qué viene usted aquí? «Porque yo no puedo hacer nada.» «Tiene que dirigirse a la asistente social». Siempre es el mismo problema: la paga y la incapacidad. Estoy en una fase en que ya no tengo ganas de luchar, estoy muy cansada. A mí ya no me importaría morirme, pero sigo por mi hijo.

El problema es que durante el día no puedo estar de pie, ni sentada fija, ni caminando. Por esto no salgo mucho y si lo hago voy en autobús, porque si tengo que coger el metro y no hay ascensor, no puedo subir y bajar las escaleras. El Ayuntamiento me ofrece un taxi para personas disminuidas, lo puedo coger una vez al día, por si tengo que ir al médico o a hacer una visita familiar; pero me cuesta un euro ir y otro volver, para mí supone mucho. Tampoco es fácil moverse por el barrio, porque la mayoría de calles tienen cuestas.

El año pasado mejoró un poco la depresión, pero la tristeza es tan grande. Empecé a cobrar doscientos setenta y tres euros, este año he cobrado doscientos ochenta y ahora me han subido la pensión a trescientos ochenta euros, pero en la Seguridad Social me han dicho que éste es el importe que cobraré hasta que me muera. Me siento maltratada por las instituciones. Fui a la Generalitat a que me dieran la incapacidad absoluta, he ido dos veces a los tribunales, pero siempre me la han denegado. Probablemente ésta es la razón que me sume en la depresión: la pobreza.

EL PRECIO VITAL DE LA MONOMARENTALIDAD

La historia de Isabel no dista mucho de la que podríamos recoger de otras mujeres de su misma época y condición social: una adolescencia marcada por el clima de conservadurismo reinante en el régimen franquista y el contagio de la epidemia de poliomielitis infantil; la posterior migración interior en busca de mejores oportunidades, el asentamiento en barrios de aluvión en la periferia barcelonesa y la participación en las luchas por su dignificación; el impacto de la crisis del textil en el empleo femenino y una salud precaria a causa de una extenuante doble jornada laboral. Sin embargo, ninguno de estos factores explicaría por sí solo la trayectoria de exclusión social de Isabel, si no fuera por su recombinación con un elemento que emerge continuamente en su relato: la penalización de su opción por crear un hogar monomarental.

En el contexto social marcado por la férrea división sexual del trabajo (varón sustentador/ama de casa) la elección de constituirse en cabeza de familia femenina constituye una desviación respecto a las normas imperantes que es penada socialmente. Su voz es un claro reflejo del doble rasero social respecto a la maternidad: mientras se ensalza como valor fundamental, su naturalización como vínculo afectivo reifica el rol subalterno de las mujeres, desconsiderando su aportación a la sustentabilidad social y coetáneamente desresponsabilizando a los hombres del trabajo reproductivo. A esta situación, ya de por sí discriminatoria, cabe añadir las dificultades de conciliar vida laboral y vida familiar en un contexto de desigualdad de género que se acrecienta de forma exponencial en el caso de tratarse de un hogar cuya principal fuente de ingresos sea femenina.

Lejos de aceptar una posición victimizadora, la biografía de Isabel ejemplifica su lucha constante por ser reconocida socialmente: desde las dificultades de relación con los hombres a causa del defecto físico originado por la poliomielitis, hasta la actual reclamación a servicios sociales a fin de que se le reconozca la

invalidez permanente, tras haber alcanzado un estadio donde el deterioro de su salud la imposibilita para trabajar.

A pesar de que la biografía de Isabel nos indica la existencia de un componente de pobreza heredada propia del contexto social de posguerra, la motivación principal que condujo a Isabel a emigrar no fue únicamente económica, sino el deseo de escapar de un autoritarismo paterno que le incapacitaba desarrollarse como persona. Sin embargo, y tras una trayectoria similar a la de otras mujeres migrantes de su época, reagrupamiento con los hermanos y búsqueda de casa y trabajo, tras quedarse embarazada decide fundar una familia con su hijo sin la presencia del varón sustentador. No obstante, esta opción por trazar su propio proyecto vital choca con los valores establecidos acerca de cómo debe constituirse un hogar: es despedida del trabajo que le permitía disponer de una fuente estable y regular de ingresos, criticada por los familiares y sin los recursos y prestaciones públicas necesarias debido al conservadurismo de la administración franquista. Isabel se encuentra en la vicisitud de tener que instalarse en el trabajo sumergido a domicilio para poder hacerse cargo de su hijo, lo que conllevará una situación de autoexplotación extrema que acabará deteriorando progresivamente su salud. Su situación económica se agravará como consecuencia del proceso de reestructuración productiva que conlleva la crisis del textil catalán, lo que supondrá el descenso en la estructura social de un sector que empleaba mayoritariamente fuerza de trabajo femenina, siendo las más perjudicadas aquellas que desarrollaban su actividad en los márgenes del sector de forma intermitente y sumergida. Como otras mujeres empleadas en el sector, Isabel se encuentra con una edad avanzada, sin prestación de desempleo y sin posibilidad de insertarse en otro sector laboral, excepto la limpieza, por la falta de cualificación. Inicia así un último tramo de vida laboral en un contexto de precarización y flexibilización que comportará el definitivo deterioro de su salud hasta el punto de encontrarse incapacitada para trabajar.

La autocomprensión de su propio ciclo vital está marcada por una fuerte idea de justicia social equitativa. No en vano ha participado en diferentes luchas vecinales y hoy en día, a pesar de

su salud, se ha inscrito como militante en la agrupación barrial de un partido de izquierdas y participa de las actividades del centro cívico. Sin embargo, Isabel considera que tanto la sociedad como la administración pública no reconocen sus esfuerzos por desarrollar un proyecto socialmente valorado: haberse sobreesforzado trabajando para construir un hogar. En este sentido, su reclamación de la prestación de invalidez permanente no tiene un sentido únicamente económico, sino de dignificación de su propio proyecto vital. La imposibilidad de alcanzar el reconocimiento deseado la ha sumido en una depresión, que se añade a las distintas dolencias (artrosis y lumbago) derivadas de su trayectoria laboral en el trabajo sumergido realizado en el domicilio y las dificultades para desarrollar en estas condiciones un hogar monomarental.

IGOP

V. DESVELANDO LA TRASTIENDA DE LA INVESTIGACIÓN

Este capítulo tiene por objeto presentar las elecciones, inquietudes, dudas y debates que nos acompañaron a lo largo del proceso de investigación y elaboración del libro.²⁸ Se trata de una doble apuesta: ética y metodológica. Por un lado, pretendemos ofrecer al lector herramientas de comprensión y análisis, explicitando la trastienda en que se desarrolló el proceso de investigación y, por otro lado, queremos explicar los porqués y los cómo que sustentan las elecciones tomadas, desarrollando un ejercicio de autoreflexión que nos parece pertinente.

Para acercarnos a estos objetivos, hemos optado por partir de lo abstracto para alcanzar lo concreto; es decir, ubicar nuestras prácticas en los debates epistemológicos y metodológicos actuales, a fin de problematizar nuestros quehaceres investigadores.

Medir, explicar, comprender

Nuestra opción²⁹ por el paradigma de exclusión, frente al tradicional de pobreza, tuvo especial relevancia en las decisiones metodológi-

28. Agradecemos los comentarios y sugerencias metodológicas que nos han brindado Barbara Biglia, de la Facultad de Psicología de la Universitat de Barcelona, y Félix Vázquez, profesor titular del Departamento de Psicología Social de la Universitat Autònoma de Barcelona.

29. Para una justificación teórica de esta elección véase el capítulo «Juego de miradas sobre la exclusión social».

cas tomadas, ya que la elección de uno u otro paradigma no afecta tan sólo a la comprensión, sino que influye en las distintas aproximaciones al objeto de estudio. Así, quienes privilegian el concepto de pobreza como variable explicativa, al considerarla estrechamente relacionada con el nivel de renta, la construyen como un fenómeno cuantificable. En este sentido, los debates giran alrededor de dónde se sitúa el umbral de pobreza y cómo son construidos los indicadores específicos, sin cuestionar el hecho que *la población pobre se puede contar*. A su vez, quienes realizan una aproximación de tipo cualitativo, consideran la pobreza como un estado que genera sus propios vínculos y patrones homogéneos; postulando incluso la existencia de una cultura de la pobreza.³⁰ Quienes siguen este enfoque consideran que *la población pobre se puede explicar*.

Sin embargo, si optamos por el paradigma de la exclusión social, como es el caso de la presente investigación, estas aproximaciones metodológicas se nos revelan como inadecuadas.

La eficacia del método cuantitativo se ve limitada por la multidimensionalidad y multifactorialidad del fenómeno analizado, que dificultan la construcción de indicadores (que no pueden pivotar exclusivamente sobre el ámbito económico) que deberían diseñarse en función de la complejidad del fenómeno a examinar. Por ello será necesario tener en cuenta distintas dimensiones de la vida de las personas e intentar recoger las interacciones que se dan entre ellas.

Si, en cambio, optamos por una aproximación cualitativa, no podemos pretender explicar la exclusión a partir de un estudio de casos, dado que no existe una esencia de «la exclusión» ni un

30. Término acuñado por Oscar Lewis, que combinó el método biográfico con la observación participante a fin de describir las condiciones de vida de «los pobres» partiendo del estudio profundizado de caso. En una de sus obras más famosas, *Los hijos de Sánchez*, Lewis (1964) describirá la condición de vida de los pobres partiendo del análisis de una agrupación familiar mexicana, lo que constituirá una revolución en el uso del método biográfico, al incorporar los «relatos de vida cruzados» encadenando las narraciones realizadas por el progenitor con la de sus hijos. A pesar del reconocimiento de su gran valor metodológico, el trabajo de Lewis ha sido criticado por defender una visión esencialista de la pobreza que funcionaría como un universo aislado con sus propios valores y normas de autorreproducción (Pujadas, 1992: 25-26).

conjunto poblacional delimitable que podamos definir como «los excluidos».

En otras palabras, nuestra opción por el concepto de «proceso dinámico» asociado a la exclusión, frente al «estado» vinculado al paradigma de la pobreza, cuestiona la existencia de una cultura homogénea de la pobreza y la posibilidad de inferir a partir de los estudios de caso, patrones comunes generalizables al conjunto del colectivo. A lo sumo, y dado el carácter heterogéneo, fragmentario y discontinuo que presentan los distintos procesos de exclusión, podemos apuntar la existencia de múltiples perfiles: «[entendemos por perfiles de exclusión social] las condiciones específicas de desigualdad, precariedad o desventaja acumulada que se producen con frecuencia en ciertos segmentos de población o colectivos concretos» (Subirats, 2005: 7).

La exclusión social supone así un reto epistemológico y metodológico que hemos intentado afrontar a partir de un cambio de mirada acorde con el giro interpretativo desarrollado en el seno de las ciencias sociales, que problematiza el ideal positivista basado en la creencia de que es posible explicar de forma causal las leyes que rigen el orden social (de forma análoga a como la física newtoniana explica el cosmos). Este giro nos lleva a rehuir la pretensión de ofrecer una definición esencialista de qué entendemos por exclusión social, y a desarrollar en cambio un ejercicio de interpretación que, partiendo de nuestra mirada situada y responsable,³¹ intente romper la dicotomía: sujeto de investigación/objeto investigado. En este sentido, hemos querido crear un texto multivocal que pueda ser útil a fin de abrir distintas comprensiones acerca de cómo son vividos distintos procesos de exclusión social.

31. Lo que no debe confundirse con una defensa del relativismo, sino en palabras de Haraway (1991): «La alternativa al relativismo son los conocimientos parciales, localizables y críticos que admiten la posibilidad de conexiones llamadas de solidaridad en la política y conversaciones compartidas en epistemología. El relativismo es una manera de no estar en ningún sitio mientras se pretende igualmente estar en todas partes. La igualdad del posicionamiento es una negación de responsabilidad y de búsqueda crítica. El relativismo es el perfecto espejo gemelo de la totalización en las ideologías de la objetividad».

Una apuesta por la polifonía

La elección del formato del libro intenta reflejar la complejidad del fenómeno estudiado. Así, fieles a la premisa de que no existe una definición unívoca de la exclusión social, hemos optado por articular sus distintas partes a modo de rompecabezas.

Para ello hemos intentado ensayar otros formatos de escritura y presentación que permitan tejer un texto coral, mezclando las narraciones de las trayectorias de vida con piezas informativas, comentarios y presentaciones; de manera que sugieran al lector posibles sendas, sin fijar caminos; quizás así las lecturas posibles sean más ricas y complejas, contradictorias y confusas, y se parezcan algo más a la «realidad» que pretendemos recoger. Es por ello que hemos pretendido construir el libro como una obra abierta, en la acepción otorgada por Umberto Eco (1966), cuyo sentido final dependerá de la interpretación singular que cada lectura suscite.³² Invitamos a los lectores a comprender y analizar por sí mismos y a no limitarse con una recepción pasiva de los contenidos de la investigación.

El carácter polifónico del texto tiene por eje las once narraciones, que no son presentadas como relatos paralelos a fin de preservar su singularidad y mantener su unidad de sentido. Se trata de reconstrucciones escritas de cómo son percibidas las trayectorias de exclusión social por sus protagonistas.

Sin embargo, tendríamos que ser precavidos en su lectura, ya que como mostraremos en los siguientes apartados, su elaboración es fruto de una *cuádruple interpretación*: la que el interlocutor realiza de su propia vida en el contexto de la entrevista, su transcripción, su reelaboración en forma de relato y la que el lector extraiga de su lectura. Asimismo, sería un ejercicio de poder por nuestra parte pretender que con la presentación de estos relatos damos «voz a los sin voz». Tal como ha puesto de relieve Spivak (1988), no podemos dar voz a lo subalterno sin llevar a cabo un ejercicio de suplantación, o sea, una forma más sibilina de colonizar al «otro en cuanto

32. Eco utiliza el término «obra abierta» para referirse a una obra de simbolismo genérico susceptible de ser acabada desde diferentes perspectivas sin restringirse a un específico sistema de interpretación.

otro» que invisibiliza la relación de poder entre sujeto investigador y sujeto investigado. Reconocemos que todo proceso de investigación constituye una relación de poder, que debe ser asumida a fin de problematizar nuestros sesgos y adoptar una disposición autorreflexiva sobre el conjunto del proceso. Sin embargo, consideramos que la posibilidad de editar este libro pueda servir para proyectar luz sobre experiencias de vida que a pesar de su proximidad han sido invisibilizadas. Y es que literalmente nuestros personajes podrían ser nuestros vecinos, hasta nosotros mismos —jóvenes, precarios— podríamos ser protagonistas de este libro y reescribir nuestras historias en clave de trayectorias de vulnerabilidad.

El valor de lo vivido

Con el objeto de profundizar nuestra mirada caleidoscópica sobre la exclusión, nos propusimos abordar el estudio de distintas trayectorias de vida a fin de comprender la pluralidad de itinerarios vitales que pueden conducir a una situación tipificada de exclusión.³³ Con este propósito, la construcción de narrativas biográficas se nos reveló como una herramienta adecuada por su capacidad de producir significados compartidos y ubicar temporalmente los factores de ruptura y acumulación que han marcado cada uno de los itinerarios.

El uso del método biográfico como herramienta de estudio de situaciones de exclusión social tiene una larga historia que cabe remontar a la tradición de la Escuela de Chicago, cuyas monografías constituyeron una revolución y una sistematización del método cualitativo desarrollando estudios tan importantes como el de William Thomas y Florian Znaniecki (1958). Estos autores, a partir de análisis de documentos personales, reconstruyen tanto las circunstancias políticas, económicas y socioculturales del área rural polaca como los procesos de inserción/marginación de los inmigrantes polacos

33. A diferencia de otras aproximaciones donde el excluido es analizado y construido en tanto que otro, nuestra voluntad en la presente investigación es utilizar la exclusión social como elemento de interpelación que atraviesa nuestro inmediato entorno y al que no somos ajenas.

en Estados Unidos. Sin embargo, el cultivo de este método quedó ensombrecido tras el giro funcionalista de la sociología norteamericana, que trajo consigo la hegemonía del método cuantitativo. Salvo excepciones, como las investigaciones de Oscar Lewis (1964), no será hasta la crisis del modelo positivista y el giro posmoderno en ciencias sociales que el método biográfico será revalorizado y experimentará una gran expansión transdisciplinar en el campo de las ciencias sociales, y muy especialmente en sociología, antropología y psicología social, en concordancia con «la revalorización del actor social (individual o colectivo) no reducido a la condición de dato o variable sino convertido en sujeto de configuración compleja, en protagonista del acercamiento que desde las ciencias sociales quiere hacerse de la realidad social» (Pujadas, 2005: 225).

Desafortunadamente, el hecho que este método haya sido cultivado desde diferentes disciplinas y tradiciones sin establecerse un hilo de continuidad y sedimentación, ha ido en detrimento de su clarificación conceptual. Así, si bien existe un consenso básico en diferenciar sus distintas técnicas (la biografía, la autobiografía, el relato de vida y la historia de vida), no existe un acuerdo preciso acerca de sus diferencias y matices.

Así, por ejemplo, si bien la distinción entre biografía y autobiografía puede establecerse a partir del hecho que la elaboración del relato biográfico sea realizada directamente por el propio sujeto o por un tercero (el investigador), el problema surge al delimitar qué entendemos por relato de vida o historia de vida. En opinión de Pujadas el relato de vida consistiría en «la historia de una vida tal como la persona que la ha vivido la cuenta» (1992: 13), «la transcripción literal de las sesiones de la entrevista» (2004: 227), mientras el concepto de historia de vida «se refiere al estudio de caso referido a una persona dada, comprendiendo no sólo su *life story* [relato de vida], sino cualquier otro tipo de información adicional que permita la reconstrucción de dicha biografía de la forma más exhaustiva y objetiva posible» (1992: 13), o, como matiza en un escrito posterior, «el texto final que se ofrece al lector» (2005: 227).

Si atendemos a estos criterios, los relatos recopilados en la presente investigación no pueden ser considerados relatos de vida, ya que no se trata de transcripciones literales de las entrevistas; pero, sin embargo, no nos atreveríamos a definirlos como historias de vida, ya

que no hicimos uso de documentación adicional para completar el texto de las entrevistas. Por este motivo, y acorde con cierta tradición anglosajona, decidimos denominarlas «narrativas biográficas», entendidas como reconstrucciones significantes de las trayectorias de vida marcadas por situaciones de exclusión social obtenidas mediante la técnica de entrevista, sin contrastar la información generada con otras técnicas de investigación.

La novedad de esta aproximación no reside en el uso del método biográfico para el análisis de las trayectorias de exclusión, utilizado recientemente en distintas monografías aparecidas en el Estado español (por ejemplo, J.M. Tortosa, 2002 y Lenkow *et al.*, 2000), sino en dar mayor realce a la exposición de los relatos recopilados, frente al momento explicativo para, tal y como hemos expuesto anteriormente, abrir el círculo de la interpretación al lector.³⁴

Recolectar datos o construirlos

Siguiendo con nuestra voluntad de mostrar la cocina de la investigación, consideramos importante ofrecer ahora algunas pinceladas acerca de cómo se desarrolló el proceso. La investigación de campo consistió en la realización de veintiuna entrevistas semiestructuradas realizadas en cuatro poblaciones catalanas entre septiembre y diciembre de 2004. Los interlocutores fueron contactados a través de conversaciones previas con técnicos de la red de servicios sociales, animadores comunitarios, profesores de instituto de enseñanza secundaria y de la explotación de las redes personales de las propias integrantes del equipo. El diálogo³⁵ se estableció a partir de un guión previo diseñado específicamente para cada caso. Sin embargo, su desenlace no adoptó la forma estandarizada, sino que las temáti-

34. Nuestra inspiración inicial fue la obra de Pierre Bourdieu (dir.) (1999), *La miseria del mundo*, Akal, Madrid. No obstante, y sin pretendernos medir con su elaborada metodología y cuidada presentación, preferimos ofrecer los casos en forma de narrativas individuales en vez de realizar selecciones de las transcripciones obtenidas.

35. El tiempo dedicado a la entrevista osciló entre dos y cuatro horas, y algunas de ellas se alargaron a dos sesiones.

cas afrontadas fueron apareciendo y desapareciendo en función del transcurrir de la conversación.

A menudo se considera la entrevista como una técnica de mera recogida de datos, pasando por alto el hecho de que surge a partir de la interacción entrevistador/entrevistado, donde no sólo las preguntas, sino el contexto (físico y subjetivo), las expectativas y la relación establecida influyen en el material obtenido, a lo que cabe añadir las transformaciones que se producen en el proceso de transcripción. Por ello, de acuerdo con Fontana y Frey (2003: 93), concebimos la entrevista como un proceso de negociación y construcción compartida de significados a partir de la interacción producida a través de un diálogo entre el entrevistador y el interlocutor en un contexto determinado.

Se procuró que las entrevistas se desarrollaran en un contexto (*setting*) familiar que facilitara la relación (*rapport*). En este sentido, tal como postula la investigación feminista (Fontana y Frey, 2003:83), la subjetividad del investigador (y su adscripción a un género, etnia o clase social) no desaparece detrás del magnetófono, sino que interviene directamente en la producción textual de significados, por lo que el resultado final no es atribuible únicamente a la experticia de la investigadora, sino que es construido dialógicamente, por lo que todo proceso de investigación es fruto de una autoría compartida.

Hay que remarcar que el propósito de trabajar las entrevistas a través de la producción de narrativas³⁶ no fue previo al desarrollo del trabajo empírico, sino una decisión metodológica posterior, tomada a partir del análisis preliminar de los interesantes datos aportados por éste. De hecho, las entrevistas se realizaron en el marco de una investigación más clásica y por ello se contactó con múltiples interlocutores, en lugar de hacer entrevistas en profundidad a un número más restringido de sujetos. Esta eventualidad ha afectado el proceso de construcción de narrativas, que han contado con un material de partida muy variado, y quizás en algunos casos insuficiente, aunque no por ello menos interesante y sobre todo sugerente.

36. Entendemos por narrativa el relato en primera persona elaborado a partir del análisis de las transcripciones de las distintas entrevistas y cuya finalidad es textualizar los sentidos expresados en el transcurso del diálogo oral.

La construcción de narrativas

A partir de un análisis preliminar de la transcripción de las entrevistas, decidimos hacer una selección de aquellas que mejor se adaptaran a los siguientes criterios: significatividad de las informaciones presentadas, adecuación para ser presentadas en formato narrativo y heterogeneidad de las situaciones contenidas.

La producción de narrativas constituyó el momento más complejo y discutido del proceso, en tanto que no existe ninguna receta específica para su desarrollo, sino que depende de la capacidad del «narrativizador» para reescribir el texto de la entrevista con el fin de intentar reconstruir el sentido del informante, organizándolo y transformándolo para que sea accesible para la persona lectora. Dados los objetivos de la investigación, en su elaboración hemos hecho especial hincapié en el aspecto procesal, remarcando los factores de discontinuidad y acumulación que afloraban de las distintas trayectorias de vida. Así, la narrativización no consiste únicamente en hacer inteligible el lenguaje oral manteniendo la consonancia con el registro del interlocutor, sino en desarrollar un proceso de interpretación, en que hablante y narrativizador intervienen como sujetos productores de conocimiento.

Acorde con esta perspectiva interpretativa, hemos querido diferenciar la producción de narrativas del debate positivista acerca de la veracidad de los testimonios (entendida como correspondencia con los hechos acaecidos). Nuestra decisión a este respecto ha sido rehuir el verificacionismo y mantener en la narrativización las contradicciones e incongruencias temporales que aparecieron en las entrevistas, no con voluntad estigmatizadora sino a fin de reflejar que estas mismas contradicciones son el resultado de que nuestras identidades no son estables ni congruentes, sino contradictorias y en constante proceso de redefinición (Tierney, W., 2003: 309). Así, desde una perspectiva socioconstruccionista,³⁷ la verificación de los hechos recogidos en las narrativas tiene menos importancia que la comprensión de los cambios de significado por parte de los indivi-

37. Para una introducción al socioconstruccionismo remitimos a Burr, Vivien, *An introduction to social constructionism*, Routledge, Londres, 1995.

duos concernidos y cómo estos son localizados histórica y culturalmente (Kohler, C., 2002: 697).

Si las narrativas no ahondan en la producción de verdades, cabe preguntarse qué valor añadido pueden aportar. Lo que diferencia al método narrativo del método historiográfico no reside en corroborar si los hechos sucedieron tal como la persona los narra (basándose en unos datos supuestamente más objetivos que las palabras y los recuerdos de quienes nos los cuentan), sino en la interpretación que el encuentro entre diferentes subjetividades generan de forma dialógica acerca de su trayectoria vital. Así, lo que en un principio podría parecer un obstáculo constituye una riqueza, un campo de posibilidades de interpretación y análisis que nos aproxima a la cotidianeidad de estas subjetividades, cómo perciben su vida pasada y qué efectos tiene sobre el momento presente.

Finalmente, consideramos oportuno explicar brevemente los criterios éticos en que basamos nuestra investigación: el consentimiento de los interlocutores, el anonimato en los nombres, lugares y circunstancias que pudieran afectar la privacidad de las personas entrevistadas y la adopción de un enfoque no victimizador de las subjetividades presentadas.

El acabado final

Una vez elaboradas las narrativas, decidimos incorporar en el libro piezas breves elaboradas por distintos expertos que sirvieran para enriquecer su lectura y conectarlas con algunos de los temas más candentes en el debate académico y político acerca de la exclusión social.

Sin embargo, no deben interpretarse como guías de lectura, sino como sugerencias y contrapuntos que puedan ser útiles para generar posibles lecturas. Con la misma intención, hemos querido ofrecer al lector una presentación breve de cada una de las narrativas donde se explica el contexto en que se produjo la entrevista junto a una pequeña introducción al personaje, con el objetivo de complementar las narrativas con aspectos relativos a su cotidianeidad o la marcha del diálogo, cuya riqueza se encontraba más allá del material grabado.

Nuestro objetivo con la edición del presente libro es el enriquecimiento de la mirada poliédrica de la investigación social partien-

do del método biográfico y del empleo de narrativas para mostrar distintas trayectorias de vida que se ubican al borde de la exclusión. Por una parte, consideramos que la presentación de las distintas narrativas nos podía ser útil para aumentar nuestra comprensión sobre el fenómeno estudiado y, por otra, quisiéramos que este libro sirviera para interpelarnos sobre la realidad y vecindad de la exclusión, desde una perspectiva no victimizadora y no cosificadora. Para nosotros, el principal valor del trabajo realizado reside en el hecho de remover nuestras seguridades (como investigadores y como ciudadanos). Por ello, nuestra mayor satisfacción residiría en el hecho de haber alcanzado este mismo efecto sobre algunos de sus lectores.

Bibliografía

- BEVERLEY, John (2003), «Subalternity and Narrative Authority» en Denzin, N. K. y Lincoln (eds.), *Strategies of Qualitative Inquiry*, Sage, Londres.
- BOURDIEU, Pierre (dir.) (1999), *La miseria del mundo*, Madrid, Akal.
- DE MIGUEL, Jesús M. (1996), «Auto/biografías», *CIS: Cuadernos metodológicos*, Madrid.
- DENZIN, Norman K. (1994), «The art and politics of interpretation» en Denzin, N.K. y Lincoln (eds.), *Handbook of Qualitative Research*, Sage, Londres.
- ECO, Umberto (1966), *Obra abierta*, Seix Barral, Barcelona.
- HARAWAY, Donna (1991), *Ciencia, cyborgs y mujeres: la reinención de la naturaleza*, Cátedra, Madrid.
- FONTANA, Andrea y FREY, James H. (2003), «The Interview: From Structured Questions to Negotiated Text» en Denzin, Norman K. Y Lincoln, Yvonna S., *Collecting and Interpreting Qualitative Materials*, Sage, Londres.
- JANESICK, Valerie J. (2003), *The Choreography of Qualitative Research design: Minuets, Improvisation and Crystallization en Denzin, N.K. y Lincoln (eds.), Strategies of Qualitative Inquiry*, Sage, Londres.
- KOHLER RIESSEMAN, C. (2002), «Analysis of personal narratives» en Gubirum, J.F, y Holstein J.A. (ed.), *Handbook of Qualitative Research: Context and Method*, Sage, Londres.

- KONG, Travis, S.K. MAHONEY, Dvan y PLUMMER, Ken (2002), Queering the interview, en Gubrium J.F. y Holstein J.A. (ed.) *Handbook of Qualitative Research: Context and Method*, Sage, Londres.
- LEMKOW, Louis, TEJERO, Elisabeth y TORRABADELLA, Laura (2000), *Costos biogràfics del benestar*, Editorial Mediterrània, Barcelona
- LEWIS, Oscar (1964), *Los hijos de Sánchez*, México, Joaquín Mórtiz.
- PUJADAS, Joan Josep (coord.) (2004), *Etnografia*, Editorial UOC, Barcelona.
- (1992), *El método biográfico: El uso de historias de vida en ciencias sociales*, CIS, Madrid.
- PUNCH, Maurice (1994), «Politics and ethics in qualitative research» en Denzin, N.K. y Lincoln (eds.), *Handbook of Qualitative research*, Sage, Londres.
- SPIVAK, Gayatri Chakravorty (1988), Can the Subaltern Speak? en «Marxism and the interpretation of culture», University of Illinois, Illinois, pp. 271-313.
- SUBIRATS, Joan (dir.) (2005), *Perfils d'exclusió social urbana a Catalunya*, Servei de Publicacions, Universitat Autònoma, Bellaterra.
- TIERNEY, William G. (2003), *Unadunited Courage: Life History in Postmodern Challenge* en Denzin, N.K. y Lincoln (eds.), *Strategies of Qualitative Inquiry*, Sage, Londres.
- THOMAS, William I. y ZNANIECKI, Florian (1958), *The Polish Peasant in Europe and America*, Dover Pub, Nueva York.

Fragilidades vecinas es una apuesta para dar a conocer la trayectoria vital de distintas personas que viven situaciones de vulnerabilidad o exclusión social y mostrar cómo la cercanía física y de las experiencias relatadas respecto a la considerada normalidad es mucho mayor de la que en un primer momento imaginamos. Su objetivo es acercar la cotidianidad de estas situaciones a una gran diversidad de públicos. No se pretende desarrollar un análisis cerrado y exhaustivo sobre la exclusión social, sino más bien mostrar, mediante narrativas biográficas, cómo las trayectorias vitales son útiles para comprender la heterogeneidad de manifestaciones y encarnaciones de este fenómeno.

El lector es invitado a entrar en el mosaico de experiencias biográficas narradas en primera

persona acompañadas por una presentación y un comentario que han sido realizados por personas directamente relacionadas con las políticas públicas o con la investigación social. Un collage de historias que, resiguiendo los múltiples hilos de Ariadna, envuelve unas vidas marcadas por la fragilidad y de las que muchas veces se aparta voluntariamente la mirada.

El área de exclusión social del Instituto de Gobierno y Políticas Públicas (IGOP) se creó el año 2000 ante la necesidad de estudio y de incidencia de una problemática social actual cada vez más intensa y preocupante: la exclusión social. Un equipo de investigadores e investigadoras trabajan en el campo de la exclusión social tanto desde un punto de vista sociológico como político.

Icaria  Antrazyt

ANÁLISIS CONTEMPORÁNEO

ISBN 84-7426-840-0



9

788474 268409